

# Miriam es anoréxica

Este libro es una novela y los personajes que aparecen son ficticios. Pero podría ser una crónica real, porque muchas jóvenes están viviendo hoy en día los problemas de Miriam. Es una historia escalofriante, en muchos aspectos y, sin embargo, tan normal, tan frecuente, que podría sucederle a cualquiera de tus compañeras.



Marliese Arold

Marliese Arold nació en 1958 en Erlenbach am Main (Alemania). Después del bachillerato estudió en la Escuela Superior de Biblioteconomía de Stuttgart, y se especializó en Bibliotecas Infantiles. En 1985 se publicaron sus primeros libros infantiles y desde entonces su obra ha ido traduciendo a diversos idiomas.

Miriam es anoréxica  
Marliese Arold  
71

# Miriam es anoréxica

Marliese Arold

6.<sup>a</sup> edición

PERISCOPIO

debé



debé



## *Capítulo uno*

**D**espués del primer recreo teníamos Gimnasia, y a la señorita Bliesel se le ocurrió la idea de volver a atormentarnos con las barras asimétricas.

De todos los aparatos de gimnasia, el que más odiaba eran las barras asimétricas. Me parecía absurdo enroscar los brazos y las piernas en distinto orden en torno a dos barras y después hacer oscilar no sé cómo el resto del cuerpo. El ser humano no estaba hecho para eso.

Era la misma tortura que los dos años anteriores. Probablemente la señorita Bliesel no se sabía ningún otro ejercicio. A mí me tocaba la tercera. Me llamó antes de que pudiera escabullirme en los servicios.

El año pasado aún logré hacer el ejercicio, sabe Dios cómo. Pero esta vez no me salía el giro. Colgaba de las barras y me agobiaba. Al hacer el molino, mi pierna derecha no llegaba lo bastante alto. Me sentía agotada, y mis brazos estaban cada vez más flácidos.

—¡Vamos, Miriam, más impulso! —me animó la señorita Bliesel.

¡Como si no hiciera ya todo lo posible! Sudaba como un cerdo, y me daba cuenta de que me estaba convirtiendo en el centro de atracción.

A mis espaldas, empezaron las risitas.

—¿Se puede abolir la fuerza de gravedad? —murmuró alguien.

Tania, por supuesto. ¡Asquerosa cotorra! En alguna ocasión, había oído decir que me gustaban las historias de ciencia ficción. Desde entonces me tomaba el pelo constantemente.

—¡Qué graciosa! —murmuré, pero me enfadé de todos modos.

¡Ya le enseñaría yo!

Otro intento.

Esta vez la pierna se mantuvo en el aire, y tuve la sensación de que podría hacer el molino.

¡Sí, sí, ahora, ahora!

Mi pierna oscilaba como un cuerpo extraño en el espacio vacío, en tierra de nadie, entre arriba y abajo. Las posibilidades estaban cincuenta a cincuenta.

La clase contuvo el aliento.

Mi pierna se movió un milímetro en la dirección equivocada. Fue suficiente. Me vi arrastrada hacia abajo por mi propio peso. Implacablemente. Pesada como el plomo.

Me golpeé la corva contra la barra. El dolor hizo que se me saltaran las lágrimas. Ojalá me hubiera roto un tendón. Ya no tendría que hacer gimnasia durante el próximo trimestre.

—¿Qué pasa con los abdominales, Miriam? —preguntó la señorita Bliesel—. Más tensión. Vamos, un intento más.

Cuando le oí decir *abdominales*, habría podido matarla. Así que también ella se había dado cuenta de lo gorda que me había puesto desde el año pasado. Seguro que todo el mundo lo veía. Menos mi madre. Ella seguía afirmando que los vaqueros habían encogido al lavarlos. Probablemente seguiría diciéndolo cuando pesara cien kilos.

Estaba harta; solté la barra y salté a la alfombra.

—¿Qué haces, qué haces? —protestó la señorita Bliesel, que no soportaba a los holgazanes.

—Tengo las manos resbaladizas, no me puedo agarrar —dije.

—¡Entonces ponte talco!

Hice una mueca y fui a la fuente del talco. No era por el talco. Aunque me embadurnara con él hasta el codo, no cambiaría el hecho de que pesaba cincuenta y ocho kilos.

Dieciséis libras, cincuenta y ocho mil gramos.

Lenta y minuciosamente, me blanqueé las palmas de las manos con talco, como si no hubiera nada más importante en el mundo. Mi estrategia de caracol tuvo éxito. La señorita Bliesel dejó de prestarme atención y llamó a Tania a las barras. Miré por el rabillo del ojo. Estaba claro que Tania iba a volver a montar un numerito como si fuera candidata a los próximos Juegos Olímpicos.

Bueno, empieza el espectáculo. Esa sonrisa arrogante. Tania saluda al resto del mundo, en especial a

los fracasados en el deporte, ¡como yo! Le deseaba de todo corazón que se cayera de golpe sobre sus repugnantes morros.

Pero, naturalmente, Tania no se cayó, ni siquiera cometió un error. Una sólo podía ponerse verde de envidia. Ella y las barras no eran enemigas, sino compañeras. Envolvía sin esfuerzo su cuerpo en torno a ellas, rebotaba en los largueros, no había ninguna interrupción, ninguna pausa, ningún fallo. ¡Un auténtico placer para la vista, si no se hubiera tratado precisamente de la repugnante Tania!

La señorita Bliesel resplandecía de orgullo y decía:

—Mirad a Tania, queridos. Al fin y al cabo no se ha perdido todo.

No pude soportarlo más. La diferencia no podía ser mayor. Primero yo, luego la legendaria Tania... Mi derrota era absoluta. Me acometió una furia salvaje y, como no podía escapar de la clase, corrí a las duchas.

No había en todo el colegio un lugar menos romántico. Los azulejos amarillos eran espantosos. Todo el que entraba allí parecía sufrir ictericia. Cuando me miré al espejo, el resultado fue inmisericorde.

¡Dios mío, qué gordo se veía mi rostro! ¡Michélin-Miriam, la reina del tocino! Si apretaba la mandíbula contra el pecho, me salía una papada como la de mamá. Hacía mucho que mi tripa ya no era «mi tripita», sino un tambor. Y mis pechos eran un desastre. De hecho, había un par de chicas en mi clase que envidiaban mi volumen de pecho. Les hubiera dado gustosamente la mitad. ¡Idiotas, que confundían cantidad con calidad! Los pechos grandes eran cosa de familia. Mamá

y la abuela necesitaban la talla D de copa. Yo seguía apretando mis senos en la B. El día que tuviera que pasar a la copa C me pegaría un tiro en la sien. A pesar del sujetador deportivo, se tambaleaban y temblaban al correr como un terremoto de la escala cinco. Aún odiaba más a Tania por ser tan delgada. Por delante era casi como un chico. Jamás necesitaría un sujetador.

¡Tenía que adelgazar, como fuese! Por lo menos ocho kilos. Quería pesar cincuenta kilos, como hacía dos años. Ni un gramo más.

Automáticamente, pensé en mamá. ¡Ella y sus regímenes! Decía que ningún régimen de adelgazamiento estaba hecho para ella, así que los dejaba al cabo de tres días como máximo. No era para sorprenderse. Siempre compraba en la farmacia unos polvos asquerosos, los mezclaba con agua y se bebía esa cosa grisácea como sucedáneo de la comida. Se supone que dentro de la bebida estaban todas las sustancias minerales y las vitaminas que el cuerpo necesita. Sabía absolutamente repugnante, lo había probado. Yo no me habría tragado ese engrudo dos veces. ¡Mejor no comer nada que alimentarnos durante una semana a base de química! Y encima esa porquería tenía calorías.

Me succioné las mejillas y observé mi imagen en el espejo. Mucho mejor. Mi rostro era más estrecho y más expresivo. Contraje el vientre, me aplasté los pechos y me contemplé de perfil. Con cincuenta kilos, tendría mi figura ideal.

Abrí el grifo a toda prisa, porque Ángela entraba corriendo.

—¿Todo en orden?

Probablemente la señorita Bliesel le había encargado que me echara un vistazo.

—Me siento mal —mentí—. Mi hermana tiene gripe gastrointestinal, quizá me la ha contagiado.

Ángela retrocedió visiblemente.

No dije que Jenny había estado enferma hacía ya tres meses.

—Bueno, entonces... —dijo Ángela—. Ahora vamos a jugar al balonmano. No tienes que jugar si no estás bien.

La seguí al gimnasio. Estaban llevando las barras y las esterillas al cuarto de aparatos. Me senté junto a Silke en el banquillo que había al lado de las espaldas. Silke no hacía gimnasia casi nunca, ni idea de por qué. No podía tener la regla tan a menudo. Tampoco quería preguntarle. Si no hablaba voluntariamente del asunto, tendría sus razones.

—¿Quieres? —Silke me ofreció un tubito de caramelos—. Están muy buenos.

—Gracias.

Disolví con placer el caramelo en la lengua. Sí que estaba rico, una mezcla de naranja y limón. Sólo después se me ocurrió que también tenía calorías. Me irrité. Si quería perder peso, debía prestar más atención. Había que empezar por detalles así.

Por suerte, Bliesel me dejó en paz. Seguro que alguien le había contado la historia de mi trastorno gástrico, porque ni siquiera me preguntó si quería jugar al balonmano.

Vi cómo las demás formaban equipos. Naturalmente, Tania volvía a llevar la voz cantante, y eso que era peor

tiradora que yo. Mis disparos a puerta eran bastante temidos. Si tiraba con fuerza, resultaban imparables. Cuando hubiera ocasión le daría a Tania en mitad de la cara, por supuesto por accidente. De algún modo tenía que vengarme de la humillación de las asimétricas.

Silke no tenía ni idea de mis tenebrosos pensamientos. Me sonrió, y yo automáticamente le devolví la sonrisa. Silke era amable, simpática y servicial, pero de algún modo resultaba extraña. No pertenecía a ningún grupo, y tampoco tenía verdaderas amigas. Era de esas personas que, simplemente, no llaman la atención. Aunque llevábamos años en la misma clase, no sabía prácticamente nada acerca de ella. Tampoco se me ocurría de qué podía hablar con Silke. No tenía nada en común con ella. Silke me ofreció otro caramelo. Esta vez lo rechacé.

—Gracias, tómatelo tú. Te hace más falta que a mí.

Lo dije sin pensar, pero en el acto me di cuenta de que había hecho algo mal. No tuve más que mirar la cara de Silke. Estaba literalmente como el mármol. ¡Dios mío, quizá era muy sensible! ¿Había dicho algo malo? Naturalmente, en seguida sentí remordimiento de conciencia.

—Quiero decir... —me di unos golpecitos en la tripa— que estoy demasiado gorda.

Así era siempre. Tenía que disculparme y buscar mil explicaciones cuando algo iba mal. ¡Lo importante era no chocar ni herir a nadie! En eso me parecía a mamá. Necesitaba tanto la armonía como yo. Tragarse el enfado, transigir, sonreír. Sólo con mi hermana Jenny tenía bronca continua, pero es que una tiene que tener

su límite en algún sitio. Y a la pequeña, a sus diez años, le dejaban hacer más cosas que a mí a su edad.

Silke no me dirigió la palabra. Hizo como si no hubiera nada más interesante que ese tonto partido de balonmano. Muy bien, desde luego yo no iba a insistirle.

El equipo de Tania ganó. Besito aquí, besito allá, ¡terrible! Una auténtica estrella, siempre lo supe. ¡Sólo era cuestión de tiempo que empezase a repartir autógrafos!

Por fin sonó el timbre del recreo. Mi estómago reaccionó con rapidez.

No, muchacho, esta vez tengo que defraudarte, ¡ahora estamos a dieta! ¡Al fin y al cabo, no quiero parecerme a mamá ni a la abuela!

Aun así, eché un vistazo a ver qué llevaba. Mamá me había preparado un sándwich doble de fino paté. Siempre cuidaba que Jenny y yo comiéramos algo en el recreo. Su lema era: «Sólo si tenéis algo en el estómago podréis concentraros correctamente». ¡Si fuera por cantidad, yo tendría que ser la mejor de la clase!

Miré unos instantes el pan y en seguida me entró un apetito gigantesco. Un reflejo..., exactamente igual que en los experimentos de los que nos habían hablado hacía poco en clase de Biología. A un perro le dan de comer siempre que suena un timbre. Al cabo de un tiempo, empieza a babear cada vez que suena..., aunque no le den de comer. A mí me pasaba lo mismo. El timbre del recreo, el ruido de las bolsas, y se me hacía la boca agua. Como a un animal.

Envolví el pan de nuevo y lo metí en la mochila. En realidad no me costó trabajo y me sentí orgullosa de

haber podido renunciar tan fácilmente a él. ¡Era increíble la cantidad de veces que me había metido sin pensar en el cuerpo todos esos sándwiches, sin tener hambre! ¡Cuántas calorías habrían sido! Resistí igual de bien sin bocadillo.

Pero cuando corría por el patio, el estómago me gruñía como loco. Tuve que repetirme continuamente que no quería comer nada. Se convirtió en una idea fija. Y todos a mi alrededor comían a dos carrillos. Tania se pelaba una mandarina. El aroma hizo que me temblaran las rodillas. Adoraba las mandarinas y podía comerlas a toneladas. Iris hincaba el diente a una manzana verde. Félix tenía una bolsa de patatas fritas y me la tendió. Negué con la cabeza. Félix levantó las cejas.

—¿Estás enferma?

—Gastritis —murmuré.

Qué práctica podía ser una excusa como ésa. Entre tanto, yo misma estaba empezando a creérmela. Me sentía realmente mal. Me llegaba el estómago a las rodillas. «¡Hambre, hambre, hambre!», anunciaban las neuronas de mi cerebro.

Qué tontería. Sólo porque no me tomaba un bocadillo, mi cuerpo reaccionaba con el pánico. ¡Tenía que intentar pensar en otra cosa!

Una chica de primero pasó de largo, abriendo un paquete de galletas de chocolate que había comprado en la cafetería.

¡Galletas de chocolate! Crujiente barquillo relleno de delicada crema de chocolate con sabor a nuez.

¡Nueces!

¡¡Chocolate!!

¡¡¡Galletas!!!

Ya estaba delante del quiosco, sacando el monedero. «¡Buitre idiota!», me despellejaba con el pensamiento. «¡Ya estás flaqueando!»

Mi otro yo se defendió en seguida: «Sólo voy a comer una galleta, no todo el paquete».

¿Había algo más sabroso que las galletas de chocolate? Esa apetitosa crema de chocolate con nueces... Y luego ese sonido irresistible cuando la galleta se rompía entre los dientes...

Me lo imaginé todo. Aún había tres paquetes en la estantería, los había descubierto. ¡Ojalá que los chicos que iban delante de mí no me quitaran las galletas!

Pero no, los dos muchachitos no hacían más que ton-tear, y al final optaron por la limonada. Debían de ser de segundo curso, calculé. Uno se parecía a Kevin, el protagonista de *Solo en casa*. El otro era bajito y moreno. Cogieron sus botellas de limonada, les metieron las pajitas y se volvieron. Kevin, mirando mis pechos, gritó:

—Ey, Arno, ¿son de verdad esas tetas?

Los chiquillos se sentían muy valientes al decirlo. Normalmente, ese comentario me hubiera resbalado. ¡Qué podía importarme lo que pensarán unos tontos de segundo! Pero hoy no era mi día. Era como si alguien me hubiera dado un puñetazo. No me gustó nada. Todo el mundo se burlaba de mí.

Y encima era cierto, mis pechos eran grandes y llamativos. ¡Estaba demasiado gorda!

En vez de comprarme galletas, me escondí en el baño y lloré. Iba a ponerme a dieta hasta que pesara cincuenta kilos. Lo juré ante mi imagen en el espejo.



Después del recreo teníamos Inglés. Todos los de cuarto de Secundaria hacían un viaje en ese curso. Nosotros, los de cuarto C, queríamos ir a Londres. La señorita Strang discutía el programa con nosotros. Se guardó la sorpresa para el final.

—Aparte de ir yo, es probable que viaje con vosotros el señor Wertlich —hizo estallar la bomba al fin.

—¡Guau, nuestro Bobby! —chilló Ania encantada. Todos rieron y aplaudieron.

Me sentí feliz. El señor Wertlich nos había dado Inglés el año anterior. Casi todas las chicas de nuestra clase estaban locas por él, y yo no era una excepción. Hubiera hecho cualquier cosa por Bobby, y el Inglés se convirtió en mi asignatura favorita. Con Bobby, estudiar era puro placer. Era el profesor más encantador del colegio. Cuando me sonreía, soñaba noches enteras con él. Había sido mi amor secreto. Por desgracia, en cuarto teníamos de Inglés a la señorita Strang, y la clase con ella no era ni la mitad de divertida.

Pero ahora Bobby iba a venir a Londres con nosotros. ¡Bravo!

Garabateé algo en un trozo de papel. Quedaban ocho semanas hasta el viaje. Para entonces tenía que haber alcanzado mi peso ideal. Un kilo menos por semana. Alrededor de ciento cincuenta gramos al día. ¡Sonaba ridículamente sencillo! ¡Tenía que lograrlo!

No pude escuchar cómo la señorita Strang hablaba de la Torre de Londres y de las joyas de la corona que íbamos a ver. «¡Bobby, Bobby, Bobby!», latía mi corazón. Al principio era el señor Schröder el que iba a acompañarnos a Londres. Pero el fin de semana ante-

rior se había roto los ligamentos de una rodilla jugando al fútbol y tenía que operarse. Tardaría tres meses en estar recuperado del todo. Y por eso venía Bobby, ¡yuppi!

Ninguno de nosotros soportaba a Schröder. ¡Era un aguafiestas! Un auténtico gruñón. Nos hubiera echado a perder el viaje. ¡Con qué cara de dolor iba por el mundo! Decían que su mujer tenía un amante. Seguro que había algo de cierto en eso. Seguro que la pobre quería un poquitín de alegría en la vida. Me asombró que Schröder jugara al fútbol en sus ratos libres. No le hubiera creído capaz.

Nadie en nuestra clase lamentó que estuviera en el hospital. Como mucho, Michelle. Lo sentía siempre todo y por todos. Por eso la llamábamos la Samaritana. De verdad, Michelle exageraba con su sentido de la compasión.

Después de clase, propuso que fuéramos a visitar a Schröder al hospital y que le lleváramos bombones y flores.

—Ni hablar —dijo Ania—. Si quiere jugar al fútbol, es su problema. Todo el mundo sabe que el fútbol es un deporte duro. Se pueden sufrir fracturas, roturas de tendones y cosas por el estilo.

—El deporte es mortal —intervino Volkmar.

—Para ti.

Era Tania, claro. ¡Esa víbora, con su afilada lengua!

—Me gusta estar gordo —respondió Volkmar, sonriendo—. A algunas les gustan redondos. No todo el mundo tiene que ser Tarzán.

Tania alzó las cejas.

—¿Cuánto pesas? Me interesa. ¿Cincuenta y ocho?  
¿Sesenta? ¿Sesenta y dos?

Michelle intervino:

—¡Déjale en paz de una vez!

Yo me había estremecido al oír la palabra *cincuenta y ocho*. ¿Que esa bola de grasa pesaba lo mismo que yo? ¡Yo le encontraba increíblemente gordo! Ahora le miré con atención. Volkmar era media cabeza más bajo que yo. Tenía un aspecto sencillamente repugnante, con la panza cayéndole sobre el cinturón. Su megaculo superaba cualquier descripción. Seguro que necesitaba tallas especiales de vaqueros. Casi siempre llevaba amplias camisas de cuadros que ocultaban un poquito su volumen.

¿De verdad que Volkmar no pesaba más que cincuenta y ocho kilos? ¡Entonces quizá yo tenía un aspecto tan horrible como él! Me sentí fatal. Qué espanto, Bobby no me miraría ni una vez.

Tragué saliva. No había más que un camino.

¡Nada de bocadillos, nada de chocolate ni otras bombas calóricas! Tendría cuidado con lo que me zampaba. Y empezaría a contar. ¡Mil calorías al día, desde ese mismo instante no comería más!

## Capítulo dos

Toqué el timbre tres veces: largo, corto, corto... Nuestra contraseña familiar. Sonó un zumbido y empujé la puerta.

—¡Soy yo! —grité, tiré a un rincón la mochila y la bolsa de deporte y me lavé las manos en el baño de invitados.

—¡Hola, Miriam! —gritó mamá desde la cocina—. ¡La comida ya está en la mesa!

—¡Hay croquetas de pollo!

Era la abuela. Apareció en la puerta de la cocina: pelo gris y corto, rostro redondo, pequeña, robusta, y luego esos increíbles senos, la maldición de la familia. Me miró radiante, y no fui capaz de decirle que no tenía hambre. Desde que el abuelo había muerto, la abuela vivía con nosotros, y mamá era feliz cuando la relevaba en la cocina. La abuela cocinaba con pasión. Se sabía un montón de recetas sabrosas. Sus cro-

quetas de pollo eran mi plato favorito, y me pareció perverso que las hubiera hecho precisamente hoy. ¡Yo quería adelgazar!

Olía seductoramente a pollo y a mantequilla fundida. Cuando entré a la cocina, vi que en mi sitio había ya un plato con tres humeantes croquetas. Intenté protestar, sin mucha convicción:

—La verdad es que no tengo hambre.

—¡Pero si hay croquetas de pollo! —se indignó en seguida la abuela—. Se pueden comer hasta sin hambre. ¡Anda, siéntate!

Mi cuerpo obedeció y me senté en el banco del rincón. El plato estaba peligrosamente cerca de mí. Mis manos cogieron automáticamente el cuchillo y el tenedor. No podía apartar la vista de aquellas croquetas. Mis glándulas salivares trabajaban a marchas forzadas. ¿Podía permitirme una croqueta con mil calorías al día? No había comido nada en el recreo, ahora eran las dos y me caía de hambre.

—Empieza de una vez —apremió la abuela—. Tu madre y yo ya hemos comido.

No necesitaba animarme. ¡Oh, cuán débil es el ser humano! En ese instante, aquellas croquetas me parecían mucho más atractivas que una figura modélica. Me metí a la boca el primer bocado. Se deshizo entre mis dientes. Era el cielo en la tierra. Mano de santo.

«Pero un millón de calorías», anunció mi conciencia.

—¿Están buenas? —preguntó emocionada la abuela.

Era parte del juego. La abuela sabía muy bien que hacía las mejores croquetas de pollo del mundo. Pero

quería ser elogiada cada vez. Yo conocía ese juego y lo seguí.

—Fantásticas —musité con la boca llena.

Y no era mentira; de hecho estaban sobrenaturalmente buenas.

La abuela estaba radiante. Cuando se alegraba por algo, en sus ojos se encendía una auténtica luz. En esos momentos ya no parecía vieja, sino más bien la hermana mayor de mamá. Se parecían mucho: en la expresión de la cara, en la forma de los ojos y la boca. Incluso el corte de pelo era parecido, sólo que mamá lo tenía rubio oscuro.

Yo era más alta, pero podía imaginarme perfectamente qué aspecto tendría dentro de treinta o sesenta años.

—¿Qué tal en el colegio? —preguntó mamá.

Hacía esa pregunta todos los días y probablemente no esperaba una verdadera respuesta. En ese momento estaba arrodillada delante del lavaplatos y trataba de sacar el filtro. Se había atascado otra vez, y eso que habían arreglado el aparato hacía dos meses. Yo nunca dejaba de asombrarme de que esas cosas no enfurecieran a mamá. Maldecía muy pocas veces, prácticamente nunca.

—¿Os han devuelto algún trabajo? —se informó la abuela.

Siempre recompensaba con dinero nuestros sobresalientes y notables. Yo recibía un poquito más que mi hermana por una buena nota, pero lo consideraba justo. Al fin y al cabo era cinco años mayor que Jenny.

Negué con la cabeza. Por el momento sólo estaba pendiente el trabajo de Lengua.

—Gabriel necesita una eternidad para corregir.

Pensé si debía contar lo que me había pasado en la hora de Gimnasia, pero lo dejé. Probablemente la abuela y mamá me habrían consolado diciéndome que ellas tampoco habían sido brillantes en Gimnasia. Y no se podía comparar. En primero y segundo yo aún era muy buena.

¡Simplemente ahora estaba demasiado gorda!

—Además, no quiero más bocadillos para el recreo —estallé—. Prefiero una manzana, un albaricoque o algo así.

Mamá se volvió y me miró, bastante sorprendida.

—¿Crees que con eso será suficiente? ¡No te durará mucho!

En ese mismo instante, me di cuenta de que ya me había comido la segunda croqueta, de manera totalmente mecánica.

¡Maldición!

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡La abuela y mamá estaban saboteando mis propósitos!

—¡Estoy demasiado gorda! —grité indignada—. Miradme. ¡Estoy insoportablemente gorda! Tengo que adelgazar.

—Pero niña, ¿qué estás diciendo? —dijo la abuela.

Y mamá dijo al mismo tiempo:

—¡No estás en absoluto gorda!

—Sí, aún no estoy tan gorda como vosotras —lloré—. ¡Pero yo sólo tengo quince años!

—Miriam —la abuela movió la cabeza—, ¿a qué viene todo este teatro?

—Nosotras tampoco estamos realmente gordas

—protestó mamá—. La abuela y yo sólo estamos un poco rellenitas. Nos aprovecha bien la comida.

Ésa era su excusa favorita. Las personas a las que les aprovechaba bien la comida eran gente que, comiendo la misma cantidad, engordaban un poquito más que los demás. Bien mirado, eran personas favorecidas por la naturaleza, superaban mejor las épocas de necesidad. Con frecuencia la abuela hablaba del hambre que sucedió a la guerra. Siempre recalca que no sabíamos la suerte que teníamos ahora.

No dejé pasar la excusa de mamá.

—¡Qué aprovechar ni qué ocho cuartos! ¡Mira lo que comes cada día! ¡A la fuerza tienes que estar gorda!

—Papá come exactamente lo mismo y a él no le sienta igual —replicó mamá.

—¡Papá! —resoplé.

No se trataba de papá, se trataba de nosotras. Jenny también podía comer toneladas de chocolate sin engordar ni un gramo.

—Ya sabes cuántas veces he intentado adelgazar —mamá puso cara de tristeza, balance de muchas derrotas—. Siempre pasa lo mismo. Cuando empiezo un régimen, después tengo problemas para evacuar.

—Yo siempre he tomado ciruelas secas para el estreñimiento —terció la abuela.

—No sirven de nada —dijo mamá—. A mí me hace falta algo más fuerte, y a la larga es malo.

—Que aproveche —dije, enfadada—. Me encantan estos temas en la mesa. Me sientan estupendamente.

Ambas me ponían histérica. No me servían de nin-

guna ayuda, al contrario. La abuela y mamá eran aliadas que querían convencerme de que no hiciera mi régimen.

—Es tan difícil...

—Ahórrate esa tortura.

—Una se siente todo el tiempo como si fuera media persona.

—¡No hagas una cosa así!

—Y después en seguida se vuelve a coger todo el peso, y más incluso.

—¡Gracias por vuestros buenos consejos! —rugí, me levanté de un salto, salí de la cocina y cerré a mis espaldas de un portazo. La verdad es que ya tenía suficiente. Furiosa, me lancé escaleras arriba y subí los dos pisos que me separaban de la buhardilla. Era mi reino particular desde hacía cuatro meses. Mis padres habían acondicionado el desván para mí. Para Navidad estaba por fin todo listo y pude trasladarme. Fue el mejor regalo de Navidad que había recibido nunca. Ahora tenía dos habitaciones comunicadas: una, para dormir y para mis cosas; la otra, para vivir y trabajar. En medio había un cuartito diminuto con un lavabo. Era casi un auténtico piso. Al fin y al cabo, papá era ingeniero de obras. Él sabía cuál era el mejor sitio para comprar las cosas. Así que todo había quedado muy confortable: madera en las paredes inclinadas, suelo de parqué, muebles nuevos de pino, divertidas alfombras hechas de retales... Mamá había cosido las cortinas y la colcha, y me habían permitido elegir la tela.

Me dejé caer de espaldas en la cama y me quedé mirando el oblicuo tejado. Oscuras nubes de tormenta

se perseguían por el cielo azul. Mientras volvía a casa había lucido el sol, pero probablemente acabaría lloviendo. El típico clima de abril.

Me acaricié la tripa. Una blanda y flexible masa temblona. Qué asco. Encogí el vientre todo lo que pude. La montaña de carne se transformó en una superficie plana.

Sobraban ocho kilos. Tenía que quitármelos con hambre, quitármelos con gimnasia, quitármelos entrenando. Entonces mi vientre quedaría liso y firme. ¡Lograría superar las barras asimétricas sin esfuerzo, y Tania podría buscarse otro de quien reírse!

Por desgracia, no pude contener más el aliento. Mi vientre creció y volvió a convertirse en la fea bola de sebo de antes.

¡Mierda de tripa! ¡Qué cosa tan estúpida! ¡Estaba gorda, gorda, gorda!

Me puse boca abajo y lloré. Amadeus, mi viejísimo canguro de peluche, volvía a ser mi último consuelo. Me restregué contra su suave piel. ¿Por qué tenía un cuerpo tan asqueroso? ¿Por qué no podía salir sencillamente de mi envoltorio y dejar tras de mí toda la grasa?

Las croquetas de la abuela se me habían clavado en el estómago, pesadas como el plomo. Me hinchaban el vientre y me hacían aún más gorda de lo que ya era. Seguro que pesaba cincuenta y nueve. La idea se me aferró al cerebro. Tenía que bajar a toda costa al baño para comprobarlo.

Por supuesto, el cuarto de baño estaba ocupado. En los últimos tiempos, la distracción favorita de Jenny era

encerrarse en él. A saber lo que hacía dentro. Puede que se duchara tres veces al día. Llamé con fuerza a la puerta.

—Soy yo, Miriam. ¡Déjame pasar! No tengas miedo, no voy a mirarte.

Titubeante, la llave giró en la cerradura y el rostro ratonil de Jenny apareció en la rendija. Sus rubios cabellos goteaban y tenía un pegote de espuma en la nariz.

—Estoy lavándome la cabeza.

—Ya lo veo —gruñí, hostil—. Déjame pasar.

Metí el pie entre la puerta y el quicio. Como yo era más fuerte que Jenny, no tenía ninguna oportunidad. Me colé en el baño.

—Eres mala —resopló Jenny.

—Tú sí que eres mala, bloqueando el baño el día entero —me incliné a coger la báscula.

—¿Vas a pesarte? —preguntó Jenny con curiosidad.

¡Idiota, como si no lo viera! No respondí, me quité la camiseta y los vaqueros y me subí a la báscula en ropa interior.

Esperé en tensión hasta que el indicador digital marcó el peso.

Cincuenta y ocho kilos, seiscientos gramos.

¡Maldición! Seiscientos gramos más que la última vez. ¡Me lo temía!

—¿Cuánto? —preguntó Jenny.

—Te van a dar una medalla por cotilla —respondí, y salté de la báscula antes de que pudiera mirar el visor.

—Déjame a mí.

Jenny tiró al suelo la toalla y se subió desnuda a la báscula. Estaba envidiablemente delgada. Claro, con diez años aún no tenía pecho, y ni se le insinuaban las

caderas... Nada que indicara que un día iba a convertirse en mujer. Piernas larguísimas, un torso también larguísimo. Debajo de la piel se le marcaban las costillas, y eso que comía como un camionero: chocolate, *gominolas*, todo en enormes cantidades.

—Treinta y cuatro —anunció Jenny, y se bajó, contenta, de un saltito.

¡Treinta y cuatro! ¡Yo pesaba casi el doble, qué espanto!

—Eso no es normal, seguro que tienes la solitaria —dije.

—¡Tonterías!

Nada podía asustar a mi hermana. Cogió el secador. El espejo estaba empañado; despejó un círculo en el centro y empezó a cepillarse el pelo.

—¿Quién va a sacar a Timothy? Yo lo saqué ayer y anteayer, hoy te toca a ti.

Timothy era de la abuela. Era un *cocker spaniel* de once años, un caballero ya maduro. Como a la abuela le costaba andar, Jenny y yo nos turnábamos para sacarlo.

—Está bien, me voy —dije.

En realidad no me apetecía nada, con ese tiempo tan asquerosamente lluvioso. Me hubiera gustado quedarme en casa, leer o ver la tele. Pero si quería adelgazar en serio, tenía que moverme. Cuanto más, mejor. Cualquier ocasión era buena, incluso el aburrido paseo con Timothy. Podía ir con él hasta la biblioteca, cruzando el parque. Era un bonito y largo paseo, y además podía sacar en préstamo unos cuantos libros sobre dietas. Quería saber de una vez cuántas calorías tenían los distintos alimentos.

Un cuarto de hora después salía con Timothy. El pobre no se mostró nada entusiasmado por tener que andar tanto. Trotaba desganado junto a mí, y yo debía tirarle de la correa una y otra vez. Avanzábamos a paso de tortuga. Al cabo de un rato estaba histérica, porque Timothy examinaba cada árbol, cada matorral y cada farola. Se llenaba cómodamente las narices con el olor de la competencia.

—¡Oh, Timmy, haz tus cosas de una vez!

Irritada, apoyé sus patitas en mi vientre. Hubiera querido que Timothy fuera más joven, un auténtico galgo. Entonces habríamos hecho *jogging* juntos todos los días. Seguro que era más divertido que correr sola. Pero con Timothy ya podía olvidarme de esas ideas.

—¡Ven de una vez, viejo! —casi con violencia, lo arrastré lejos de una papelera que había encontrado especialmente interesante—. Quiero llegar hoy a la biblioteca, y seguro que cierra.

Cuando por fin llegamos, había maldecido mil veces a Timothy. Lo até delante de la biblioteca. Timothy se sentó y me miró con expresión de pena. Me entró mala conciencia. En los últimos tiempos, por pura comodidad, Jenny y yo nos habíamos limitado a dar la vuelta a la manzana, lo justo para que hiciera sus necesidades. Exigirle caminatas ahora quizá había sido un poquito injusto.

—Lo siento, Timmy. Pero el movimiento tampoco te hará daño. ¡Tienes una hermosa panza, bonito!

¡Qué perversión, decirlo precisamente yo!

Me quedé perpleja delante de las estanterías. ¿Por

dónde empezar? No sabía que hubiese tantos libros sobre el tema del adelgazamiento. Dieta para diabéticos, dieta vegetariana, dieta de huevos, cura de ayuno de ochocientas calorías, etcétera. ¿Qué método era el mejor? ¿Cómo se adelgazaba con más seguridad? En uno de los libros, encontré al fin una tabla de calorías. Con eso no era posible equivocarse. Fotocopié la lista y devolví el libro a su sitio. De la sección de Literatura, cogí además unas cuantas novelas de Barbara Cartland, para la abuela. Estaba loca por los libros de Cartland. En las estanterías de libros de bolsillo busqué alguna novela de ciencia ficción para mí, pero por desgracia no había nada nuevo. También el departamento de discos compactos estaba bastante vacío. Sólo encontré dos discos que me interesaran.

Fuera, ya se había hecho de noche. Cuando salí, una chica estaba dando chocolate a Timothy. Yo sabía lo bien que mendigaba. Hacía siempre como si estuviera a punto de morir de hambre. Aun así, me puse furiosa.

—¿Estás loca? —le grité a la chica—. Eso es veneno para Timmy. ¿Es que no ves lo gordo que está? ¿Quieres que le dé un infarto?

No fue un desmesurado amor por los animales lo que me hizo subirme a la parra, sino que me sentía tan saboteada como al mediodía por mamá y la abuela. ¡Era terrible cómo contribuía todo el mundo a potenciar la gordura!

Naturalmente, la chica se ofendió y se marchó. Solté a Timothy y ambos fuimos a rastras hacia casa. Estaba claro que Timmy ya no tenía ganas de andar. Le conté que en casa le esperaba su cuenco de comida, y yo

misma volví a sentir esa conocida sensación sorda en el vientre. ¡Mira que no exista un botón con el que poder suprimir el hambre!... De verdad, mi apetito ya no era normal. Cuando pasé por delante de un puesto de hamburguesas y me vino a la nariz el olor a cebolla, estuve a punto de ser débil.

Sólo Timothy me contuvo. Él sabía que íbamos a casa y llevaba al fin un ritmo regular. Si paraba, me costaría trabajo volver a ponerle en marcha.

Llegamos a casa totalmente agotados. Timmy estaba incluso demasiado cansado para comer, así que se metió en su rincón debajo de la escalera.

—Oh, Dios, ¿qué le has hecho? —preguntó preocupada la abuela.

—Bah, se le pasará. Sólo tiene que descansar. Mira lo que te he traído.

Le di el montón de novelas de Cartland. Se le iluminó la cara.

—Estupendo. ¿Vienes a cenar? Hay ensalada de pasta con maíz.

—He comido una hamburguesa por el camino y estoy hasta arriba —mentí—. Ya sabes lo que llenan esas salsas.

—Aun así podrás tomar un poquito de ensalada de pasta, ¿no?

La abuela no se rendía tan fácilmente. En ese momento, me pareció la bruja de Hansel y Gretel: «Cruje, crujiente, cruje. Ven, Hansel, come y ponte gordito».

—A tu madre le ha salido hoy muy sabrosa.

¡Sabrosa o no, la pasta tiene infinitas calorías!

—Gracias, abuelita —dije, sorprendida de ser capaz de mantener la calma—. De verdad, ya no tengo hambre. Me voy arriba, tengo que hacer los deberes de Inglés.

—Entonces volverá a sobrar ensalada —murmuró la abuela, encogiéndose de hombros con gesto de lamentación—. Tu padre tampoco está; es probable que hoy también vuelva muy tarde.

¡Ajá!, eso era. Mamá se había tomado grandes molestias con la comida y ahora todo el mundo se la despreciaba. Mamá nunca dejaba que se le notara, pero le sentaba como un tiro que papá hiciera horas extras con tanta frecuencia. Papá trabajaba para Blick & Stein, y en estos momentos la empresa tenía montones de encargos de obras. Papá tenía que viajar continuamente para supervisar el trabajo de los obreros. Afirmaba que empezaban a hacer chapuzas en cuanto les daba la espalda. Tania, en cambio, me había dicho que había visto una vez a papá en un restaurante con una mujer joven y esbelta. Yo no daba un duro por ese embuste. Tania sólo había visto una vez a papá, en la fiesta del colegio, y había docenas de hombres parecidos a él. Era fácil confundirle. No tenía una gran nariz como Gerard Depardieu u otro rasgo especial. Mediana estatura, medio calvo, barbita negra, gafas... Sólo en nuestra calle vivían por lo menos tres personas con ese aspecto.

—La ensalada de pasta aguanta bien —dije a la abuela—. Quizá me la coma mañana.

Con esa vaga promesa desaparecí camino del piso de arriba.

## Capítulo tres

No pude dormir por culpa del hambre. Mi estómago gruñía, y una extraña sensación de vacío en él me hacía sentirme ligeramente mareada. Hubiera podido bajar a la nevera, pero quería demostrarme a mí misma que podía soportarlo y que me había tomado en serio la idea de adelgazar.

Me puse las manos en el vientre, pero no noté ninguna diferencia. Mi tripa se abombaba como de costumbre, una temblorosa masa de grasa. Quizá era también por el agua que había bebido para engañar al estómago. Gorgoteaba y chapoteaba. Por desgracia, esto de adelgazar no era rápido.

Tras estudiarme las tablas de calorías, tomé conciencia del desastre en sus verdaderas proporciones. ¡No tenía ni idea! Yo no había hecho más que comer y comer, engullir, tragar. Un bollo, una tortita, un trozo

de chocolate..., devorados en un abrir y cerrar de ojos. Y el cuerpo necesitaba horas para librarse de esas calorías.

Sencillamente, desolador.

En una hora larga montando en bici, sólo se quemaba el equivalente a dos tostadas.

Mi largo paseo con Timothy no bastaba ni para digerir una sola croqueta.

Por suerte, al menos había renunciado a la ensalada de pasta.

¿Debería ir al colegio en bici en vez de en autobús, al menos cuando hiciera buen tiempo? Para eso tendría que levantarme media hora antes. Me costaría trabajo, porque yo dormía como una marmota.

«¡Gorda y vaga, eso es lo que eres! ¡Demasiado cómoda como para subir al sillín tu gordo culo a las siete de la mañana! ¿Y tú quieres adelgazar? ¡Nada más que palabras! ¡Qué falta de voluntad, es una vergüenza!»

Para demostrarme que tenía fuerza de voluntad, levanté las piernas y puse el cuerpo recto como una vela. Pedaleé en la oscuridad, tensé los músculos del vientre, subí y bajé las piernas. A los cinco minutos el corazón me palpitaba como un loco, sudaba y jadeaba.

Mientras recuperaba fuerzas, pensé en nuestro inminente viaje. ¡Bobby! Las viejas fantasías volvieron a despertar. Él y yo bajo un cielo estrellado. Al resto de la clase, simplemente lo eliminé. Sentí un calor en el vientre.

Miré por la ventana del tejado: sobre mí relucían las estrellas y me imaginé cruzando lentamente Trafalgar Square con Bobby. Habíamos perdido el último

metro y teníamos que volver a pie a nuestro alojamiento... Un largo camino, pero un placer con Bobby.

En un cruce nos detendríamos, Bobby confuso. Naturalmente, yo me habría orientado antes en el mapa.

—Creo que tenemos que girar a la derecha, señor Wertlich.

Bobby carraspearía.

—Por favor, llámame Robert.

—Encantada... Robert —me costaría un poco pronunciar su nombre.

Seguiríamos andando, tan pegados que nuestros brazos se tocarían levemente.

—Es verdad, éste es el camino —diría Bobby al cabo de unos pasos, deteniéndose—. Tienes un sentido de la orientación realmente notable, Miriam. Además, hace mucho tiempo que quería decirte...

Antes de que Bobby pudiera confesarme su amor, terminó el sueño. Abajo, en la calle, se paró un coche. ¿Papá? ¿A estas horas?

Busqué el despertador en la mesilla. Medianoche. ¿Trabajaba papá hasta tan tarde? En las obras, hacía mucho que no había luz. Claro que también había luz eléctrica, pero ¿qué clase de obreros trabajan por la noche?

¿Estaría enfadada mamá? Claro, yo también lo estaría en su lugar. No pude evitar pensar en Tania. Sentí frío de pronto y me subí el embozo hasta la barbilla. Qué tontería. Mi padre no tenía ninguna amiguita. Él no le haría eso a mamá. ¿O sí?

Escuché. Abajo se oía cómo abrían y cerraban puertas, pero no gritos. ¿Ningún ruido, ni una pequeña dis-

cusión? ¿No preguntaba mamá dónde había estado hasta tan tarde? ¿O simplemente se tragaba el enfado, como tantas veces? En realidad, raramente había bronca entre ellos. Por lo menos, no una bronca fuerte. Otros padres se pelean a conciencia. En mi casa nunca lo había visto.

Cogí a Amadeus y me froté con su pelo. Mientras lo hacía, intenté seguir fantaseando con Bobby, pero, por alguna razón, ya no podía. Era extraño el silencio que reinaba abajo. ¿Quizá mamá estaba ya dormida? ¿Realmente no le importaba saber por qué papá venía tan tarde?

¿Y si mis padres se divorciaban? A Michelle le había ocurrido. La pobre se cayó de la higuera cuando sus padres ya se habían separado. Ahora tenía que pasar un fin de semana de cada dos con su padre.

No, no podía creerlo. Éramos una familia. Si se divorciaban, al final tendríamos que dejar esta casa. Ni pensarlo. Ahora que había conseguido esta preciosa habitación. ¿Y adónde iría la abuela?

Además, no podía creer que papá renunciara voluntariamente a Jenny. A mí, puede que sí. Encogí la tripa. A papá le importaba más Jenny que yo. Armaba jaleo con ella, jugaban al fútbol en el jardín y actuaba como si ella fuera el chico que siempre había deseado. Y Jenny, la muy idiota, entraba en ese tonto juego. Desde luego a mí me habría resultado demasiado estúpido, pero Jenny todavía era una cría. Y probablemente le gustaba el papel de favorita de papá. Claro, así podía pincharme con ello, a esa pequeña bestia se le daban muy bien esas cosas.

A veces tenía la sensación de que papá ni siquiera me veía. Antes era distinto, hacía dos o tres años. Entonces hablábamos durante horas sobre novelas de ciencia ficción y papá me había recomendado sus libros favoritos. Íbamos juntos al cine o veíamos en la tele nuestras películas preferidas, por ejemplo *2001: una odisea del espacio*, y todas las entregas de *Star Trek*. En algún momento, todo eso se había acabado, no sé por qué.

Me quedé dormida con mis cavilaciones y soñé un montón de cosas confusas. Estábamos haciendo un trabajo de Matemáticas y yo estaba sentada ante la hoja en blanco, mordiendo el bolígrafo, sin tener ni idea de por dónde empezar, mientras el tiempo pasaba y pasaba. De pronto estaba en un tren y comprobaba con espanto que no tenía ni dinero ni billete. En el tercer sueño, Timothy volvía a ser un cachorro, era alegre y feliz y corríamos juntos por el parque...

A la mañana siguiente me desperté antes de que sonara el despertador. El sol entraba radiante por la ventana, las gotas de rocío brillaban en el cristal y en el tejado había un pájaro cantando alegremente. ¡Qué espléndido día de primavera! Salté de la cama llena de energía. Hoy iría al colegio en bicicleta, por supuesto.

Primero, al baño y a la báscula, esta vez totalmente desnuda. Miré emocionada el indicador.

Cincuenta y siete kilos, novecientos gramos.

¡Hurra!, setecientos gramos menos que ayer. La cosa iba realmente deprisa. Mi buen humor aumentó. Imaginaba que mi tripa estaba un poco más plana que ayer. Cuando iba a mirarme al espejo con más detalle, Jenny aporreó la puerta.



—¡Está ocupado!

—¿Miriam? —Jenny se había quedado de piedra.

Normalmente yo era la última por las mañanas. Disfrutaba especialmente de los últimos minutos en la cama, cuando ya había sonado el despertador. Entonces las sábanas estaban más suaves y cálidas. Jenny tuvo que esperar cinco minutos ante la puerta y, cuando salí, estaba enfadada.

—Por tu culpa voy a llegar tarde —gruñó, mientras entraba en el baño como un cohete.

—Pues no te afeites hoy —estaba ingeniosa esta mañana.

Pero en la cocina se me quitó el buen humor. ¡Cielos, podría cortarse el aire con un cuchillo! Papá estaba escondido detrás del periódico. De vez en cuando su mano aparecía y agarraba la taza de café. Silencio gélido. Él y mamá no se dirigían la palabra.

—¿Tostadas con mantequilla? —me preguntó mamá, mientras cogía las rebanadas de pan blanco.

—Sólo tostadas —contesté, sentándome junto a papá en el banco de la esquina.

Él ni siquiera movió el periódico. Como si yo fuera transparente para él. Poco a poco, iba teniendo la impresión de que ya no sabía ni qué aspecto tenía. Sea como fuere, me dieron ganas de apartar el periódico y sonreírle diciendo: «Hola, papá, ¿me conoces aún?» Pero el ambiente estaba demasiado tenso, no me atreví.

Brrr, era horrible cómo callaban mis padres. ¿Sucería así todas las mañanas? Normalmente yo no me fijaba porque la mayoría de las veces papá ya se había ido cuando yo llegaba a la cocina.

—Esta mañana quiero ir en bici al colegio —dije al fin, para romper el maldito silencio.

—Ojalá las ruedas no estén desinfladas —dijo mamá—. La bici ha estado en el sótano todo el invierno.

Las rebanadas de pan salieron volando del tostador con un chasquido, y yo me sobresalté. Mamá las cogió con las puntas de los dedos y las puso en un plato.

—¿De verdad que no quieres mantequilla? —insistió mamá—. Así, secas, las tostadas no saben a nada.

Moví la cabeza.

—No, por favor, sin mantequilla.

Una tostada tenía ochenta calorías. Con mantequilla, ciento sesenta. Dos tostadas con mantequilla tenían trescientas veinte calorías. A eso había que sumarle jamón o mermelada o alguna otra cosa. Con mi habitual vaso lleno de leche entera, por término medio desayunaba entre setecientas y ochocientas calorías. Después, aún solía tomarme un plátano sin problemas, o una chocolatina. Espantoso. ¡Con esas raciones, por fuerza tenía que ponerse uno gordo y grasiento!

Cuando mamá fue a colocar el plato en la mesa, se le escurrió y cayó al suelo. Se rompió en mil pedazos.

Eso hizo reaccionar a papá.

—¡Maldita sea! —rugió, dando con el periódico en la mesa—. ¿No puedes tener más cuidado?

Yo estaba segura de que mamá iba a explotar. Pero se limitó a mirarnos con una horrible tristeza y se fue de la cocina.

Hubiera querido correr tras ella. Pero alguien tenía que recoger los trozos. Papá estaba como petrificado

y no movía un dedo. Cogí el recogedor y la escoba y barrí los pedazos. Sentía la necesidad de proteger a mamá de papá.

—Estas cosas ocurren. Yo también he roto miles de platos...

Pasé el pie por el suelo de la cocina, tratando de juntar todos los trozos. Estaban por todas partes: debajo de la mesa, junto al armario, delante de la nevera. ¡Es increíble en cuántos trozos puede romperse un plato! Mientras lo recogía todo, no dejaba de darme vueltas en la cabeza un refrán que decía: «La suerte y el cristal, qué fácil de quebrar». Qué idiotez. Seguro que me pasaba porque llevaba mucho tiempo sin comer nada.

Entre tanto papá terminó su café, dobló el periódico, dijo «adiós» y desapareció.

Yo tiré los trozos y las tostadas al cubo de la basura. Fuera, arrancó un motor. Pensé en tostarme otra rebanada, pero el desagradable ambiente de esa mañana me había quitado el apetito..., cosa que me pareció de lo más apropiada. Así que no metí más que dos manzanas en la cartera. Una manzana mediana tenía sesenta calorías. Si resistía, podía pasar la mañana con ciento veinte calorías. Sería fantástico.

Jenny entró corriendo en la cocina.

—Demasiado tarde —dije—. Se ha acabado la función.

—¿Qué función? ¿Dónde está mamá?

No tenía ni idea. ¿Debía explicárselo? Lo dejé. Mejor esperar. Quizá yo no veía más que fantasmas.

—Ahora tengo que irme —dije—. Hoy quiero ir en bici.

—¿Te has vuelto deportista de pronto? —dijo Jenny.

—Sí, me he vuelto deportista de pronto —la imité—.

Idiota.

Estaba fuera antes de que Jenny pudiera contestarme.

—Me voy —grité.

Ojalá mamá me oyera. No tenía ni idea de dónde estaba.

Me preocupaba lo que estaba ocurriendo entre mis padres. Más exactamente: me agobiaba. Su enfado me olía muy mal. ¡Si realmente papá tenía una amiga, habría muerto para mí! Pero, sencillamente, no podía creérmelo. Entonces todo tendría que haber sido de otra manera, desde hace mucho.

Mierda. Sólo me faltaba preocuparme por mis viejos. Ya tenía bastante conmigo misma.

Naturalmente, la rueda trasera de la bici estaba desinflada. Quité las telarañas del sillín y empecé a bombear. Bombeé hasta que me dolieron los brazos. O no había puesto bien la bomba, o la rueda tenía un agujero tan grande que el aire que entraba volvía a salir. A los cinco minutos, estaba hecha polvo. Me bailaban puntitos negros en los ojos y tuve que apoyarme en la pared.

Vale, pues nada. Cogería el autobús como siempre. Para utilizar mi bici, primero tendría que arreglarla. Antes papá hacía esas cosas por mí, pero según estábamos ahora no iba a molestarle con eso. Además, probablemente no tendría tiempo hasta el fin de semana.

Malhumorada, salí del sótano a zancadas, me lavé las manos, cogí la mochila y troté hasta la parada del

autobús. Me encontraba de pésimo humor. De alguna manera, tenía la sensación de que todo estaba saliendo al revés de como lo había imaginado.

Examen de *Mates* a primera hora. Al señor Funk le interesaba ver si aún sabíamos algo acerca de variables. Al principio entendí las preguntas, luego me quedé en blanco y dejé media hoja sin contestar. A segunda hora, Gabriel entregó el trabajo de Lengua que tenía en casa desde hacía semanas. Me había puesto un aprobado alto, y me enfadé. No me consolaba que el señor Gabriel hubiera escrito debajo que era casi un notable. Por desgracia, me había bajado la nota debido a que la introducción era floja.

Mierda. Precisamente Lengua era una de mis asignaturas favoritas. Me sentía bastante segura. Tuve ganas de romper en pedazos el trabajo. Montar un buen número delante de toda la clase. Tris-tras, mirad lo que opino de ese estúpido sistema de evaluación.

Pero, naturalmente, no pasé de la idea. No tuve valor para llevarlo a cabo. Así era siempre. Imaginaba las reacciones más osadas en el pensamiento. Y cuando llegaba el momento de hacerlas, era demasiado cobarde.

En algún momento llegó el recreo y saqué una de mis manzanas. Hasta ahora había resistido; por lo menos, un triunfo. En Arte, de repente, me encontré mal. Me dolía horriblemente el estómago, me dieron auténticos espasmos y me sentía tan mal que tuve miedo de vomitar. La señora Geissler vio mi rostro pálido y me mandó salir a tomar el aire. Pero no sirvió de nada. Fui al baño y me di cuenta de que me había venido la regla. A eso se debían los dolores.

Esta vez fueron especialmente fuertes. Con cada espasmo me entraban sudores fríos y tenía escalofríos. Maldición, ¿por qué tenían las mujeres que sufrir así? Es cierto que había algunas que tenían el período sin el menor dolor. Yo no estaba entre esas afortunadas. Siempre era una tortura, sobre todo el primer día. A veces los dolores me dejaban paralizada. Entonces tenía continuos espasmos durante medio día. Mamá también había pasado por eso. Decía que las contracciones eran parecidas, sólo que todavía un poquito peor. Pero en un parto por lo menos se tenía el resultado, un bebé. A mí me hacía un daño infernal, y no era más que sangre. Era tan absurdo. Me parecía bastante injusto que los chicos no tuvieran semejantes dolores.

Cuando ya no pude soportarlo más, pedí en secretaría que me dieran libre el resto del día y llamé a mamá para que me recogiera. Esperé en el aparcamiento, delante del colegio, y pasé allí un horrible cuarto de hora. Por fin mamá llegó y me metí en su pequeño coche.

—¿Mal? —preguntó mamá.

—¿Por qué esta mierda no puede ocurrir sin dolor? —me quejé, retorciéndome en el asiento—. No lo necesito para nada.

—Después del primer hijo es más fácil.

—Bonito consuelo, gracias.

—Bueno, no quería decir que tengas que quedarte embarazada en seguida —intentó bromear mamá.

—Para eso, primero necesitaría un novio —gruñí—. Y con lo gorda que estoy, ni me mira nadie.

—Oh, ven, no digas esas tonterías. Yo creo que eres muy guapa.

—Todas las madres creen que sus hijas son guapas —me burlé—. Ninguna admite que ha tenido una bola de sebo.

—¡Basta ya! —la voz de mamá sonó extraña.

Cuando alcé la vista, vi que las lágrimas le corrían por el rostro.

—¿Qué ocurre?

—Nada —se sonó, se secó los ojos con la mano y arrancó.

—¿Es por papá?

No respondió.

—¿Hay algo que no va bien? —insistí.

Sentía curiosidad y, al mismo tiempo, tenía miedo. ¿Debía contarle a mamá el comentario de Tania? Pero quizá entonces se produjera una auténtica catástrofe.

La suerte y el cristal.

Mamá apretó los labios. Está bien, si no quería decir nada..., más valía así. El siguiente espasmo me hizo gemir. Mamá me miró compasiva.

—Lo mejor es que te vayas a la cama —dijo—. Te prepararé una infusión y te llenaré la bolsa de agua. Seguro que te sentirás mejor.

Poco después estaba entre mis sábanas. Mamá me trajo un té con bizcochos. Tenía los pies helados, y agradecí mucho la bolsa de agua caliente.

—Intenta relajarte un poquito —me aconsejó mamá, removiendo el té—. ¿Quieres azúcar?

Negué con la cabeza.

—Jenny tiene suerte —probé el té—. Todavía no tiene esta porquería.

—No le falta mucho. ¿Quieres un calmante?

Sí que quería. Mamá disolvió la pastilla en agua. Me puso una segunda almohada.

—¿Mejor?

—De primera —meforcé en sonreír—. Haces como si de verdad estuviera enferma.

—Sólo quiero que te sientas bien —se sentó en el borde de la cama, alisó la colcha y remoloneó por allí.

«Ahora viene lo bueno», pensé.

—¿Qué te parecería que buscara un empleo? —dijo mamá sin mirarme.

Me quedé sorprendida.

—¿Un empleo?

No había contado con eso. Mamá había interrumpido sus estudios de Derecho cuando yo estaba de camino al mundo. Nunca había trabajado de verdad, aparte de un par de empleos de estudiante. Papá recalcaba siempre que él ganaba lo suficiente para toda la familia.

—¿Qué quieres hacer? —no quería pasarle por las narices que ni siquiera tenía una verdadera profesión.

¡Había parados por todas partes, no iban a estar esperando a mamá!

—Sólo era una idea —mamá se encogió de hombros—. Me gustaría salir más. En los últimos tiempos se me cae la casa encima.

—¡Ah!

No sabía qué debía decir. Mamá siguió hablando:

—Jenny ya no es tan pequeña, y además está la abuela. Quisiera ganar un poquito de dinero propio y poder hacer lo que me apetezca con él.

Claro, tampoco yo tenía nada en contra del dinero. Al mismo tiempo, me entró pánico.

—¿No querrás ponerte a limpiar? —se me escapó.  
¡Si mis compañeras se enteraban, estaba acabada!  
Con el pensamiento, ya veía a mamá con un paño en la cabeza, delantal y guantes de goma. Espantoso.

—Quizá pueda trabajar en las oficinas de Krämer & Kirsch —dijo mamá.

Krämer & Kirsch era un bufete de abogados. Conocíamos bien al señor Krämer. Había asesorado a papá aquella vez en que ese idiota borracho había embesitado nuestro coche nuevo.

—Buena idea —dije entonces.

—No soy mala escribiendo a máquina, y sé manejar ordenadores —caviló mamá—. Además, he pensado que podría hacer un par de cursos. Podría refrescar mi inglés. El italiano también me ha interesado siempre.

—No lo sabía.

—Bueno, aún no sé lo que haré —mamá se retorció los dedos—. Pero no podemos seguir como hasta ahora. Tengo que hacer algo más que cuidar de la casa y la familia.

—Me parece bien.

Me miró dudosa.

—¿De verdad?

—Sí, en serio. Palabra de honor, te lo juro.

Me achuchó, espontáneamente. Entonces, de repente, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Maldita sea, Miriam, no hace tanto tiempo que eras mi pequeño bebé, y ahora ya eres mayor, una mujer. Bueno, casi —sollozó—. Una hija mayor. Y yo ya soy vieja, y a veces me pregunto qué he hecho con mi vida.

Su explosión me resultó incómoda. No sabía muy bien cómo debía comportarme.

—¡Tonterías, tú no eres vieja, mamá!

—¡Tengo cuarenta y dos años!

—¿Y qué? Eso no es ni mucho menos ser vieja.

—Pronto llegaré a la menopausia.

—Todavía no has llegado.

—Pero ya empiezan los sofocos.

—Tonterías, eso no es más que el enfado con papá.

Me salió así. Hubiera preferido morderme la lengua, porque mamá me miró con cara de espanto. ¿Qué se creía? ¿Seguía pensando que yo no me enteraba de nada?

—Yo... Bueno... —balbuceé—. A veces papá te trata de un modo que da náuseas.

—No lo hace con mala intención —defendió en el acto mamá a papá—. Ahora tiene demasiado trabajo.

O su amiga le produce estrés, se me pasó por la cabeza. Quizá exige tener unas relaciones claras. «No volveré a acostarme contigo si no te divorcias.»

Mi imaginación se desbocaba. Menos mal que mamá no podía leer mis pensamientos. Había veces en que me hubiese encantado saber lo que otros estaban pensando, pero no me gustaría que cualquiera pudiera meter las narices en mi cerebro. Sería espantoso que de repente un extraterrestre se plantara ante mí, me diera unos golpecitos con el dedo en el pecho y dijera: «¡Eh, sé muy bien las cochinas que estás pensando!».

Mamá se atusó el pelo.

—¿Crees que parezco vieja?

Me sentí totalmente desbordada por la pregunta.

—No, en absoluto.

¡Mentira, mentira, mentira! Mamá, si no estuvieras tan horriblemente gorda parecerías mucho más joven. Y deja de llevar de una vez esos aburridos trapos de señorona, que están hechos para la abuela.

—¿De verdad? —quizá ahora mamá se había dado cuenta de que yo pensaba una cosa distinta.

—Bueno, podrías sacarle un poco más partido a tu tipo —dije.

Aún mejor, podría cambiarlo totalmente. Diez kilos menos y sería otra persona.

—Quizá debería volver a la peluquería —reflexionó mamá.

Asentí.

—Estupenda idea. ¡Pero ve a otra de una vez!

Todo menos ese miserable Trenzas & Rizos, su *cor-tapelos* de cabecera, por el amor de Dios. Ese chapucero le colocaba desde hacía diez años el mismo peinado. Nada de experimentos, nada de tintes, nada de estilismo, sólo el peinado estándar de mamá.

—Pero con Gerhard sé que...

Le interrumpí:

—Mamá, podrías tener un aspecto realmente estupendo. En la calle Schmöck hay un peluquero nuevo que es de primera. Sabe lo que se lleva ahora. No se limita a cortarte el pelo, sino que te asesora individualmente y prueba ideas. Si quieres, lo hace con productos biológicos, con tinturas vegetales y cosas así. Hace poco fue la madre de Ángela. ¡Quedó estupenda!

—¿Te refieres a Chez Lucien?

Al parecer, mamá también había oído hablar de él.

—Exactamente.

—Dicen que Lucien es homosexual.

—¿Y qué? Eso no tiene nada que ver con tu pelo, ¿no?

Mamá titubeó. Probablemente le costaba un gran esfuerzo probar algo nuevo.

—¿Y si después no puedo soportar verme?

—Estoy segura de que podrás soportarlo —la convencí—. ¡Y cómo! Ya verás la cara que pone papá. Y ahora en el centro comercial hay una tienda de ropa especializada en tallas grandes. Deberías echar un vistazo. Si quieres ir a trabajar, necesitas llevar algo especial.

Me di cuenta de que mamá luchaba consigo misma. De pronto sonrió:

—Está bien, pensaré en tus consejos. Ahora tengo que ir abajo a hacer la comida. Mientras, descansa.

—No hace falta que hagas nada para mí —dije en seguida—. Con unos bizcochos, me basta.

—Estoy preocupada por ti, nena.

—No tienes por qué, mamá. Te lo diré si tengo hambre.

Estaba ya junto a la puerta.

—Luego te subiré un flan; por lo menos, eso. Un flan de vainilla con grosellas calientes, ¿eh?

Antes de que pudiera decir que no, cerró la puerta.

## Capítulo cuatro

Cincuenta y seis kilos, novecientos gramos. Iba tan rematadamente lenta... Y llevaba ayunando una semana. ¡Una semana entera sin chocolate, sin flan, sin nata, sin bollos!

¡Qué duro! Sobre todo porque mamá y la abuela me tentaban constantemente. Me hubiera resultado mucho más fácil si en casa no hubiera habido tantas golosinas. Por las noches, a veces me pasaba horas despierta, pensando en todo lo que había en la nevera y en que sólo tenía que bajar... Por dos veces llegué hasta la puerta. Luego me volví a meter en la cama.

«¡Ey, gorda, sebosa y encima débil de voluntad!»

¡Mi orgullo contra mi hambre! Me permitía mil calorías al día, no más.

Era mucho más difícil de lo que yo pensaba. ¡Qué

instinto tan fuerte el hambre! Cuando me pillaba pensando en el chocolate, me insultaba a mí misma sin piedad.

«¡Lo soportarás, Miriam, bestia tragona? ¡Tu ansia es propia de un animal! ¡Los demás se morirían de risa si supieran en qué estás pensando todo el tiempo!»

Había leído en una revista que durante el período el cuerpo pierde líquidos y puedes llegar a adelgazar hasta dos kilos. En mí, eso no funcionó. Es cierto que iba mucho al servicio, porque bebía mucha agua, pero no perdí peso. Únicamente estaba de mal humor, cansada, tenía hambre todo el tiempo y no podía concentrarme. Por las tardes casi no tenía ganas de hacer nada y me dedicaba a perder el tiempo tumbada en la cama con un libro.

¡Estaba claro que así no iba a adelgazar! Sentada y tumbada casi no consumía calorías. Pero me encontraba demasiado cansada y demasiado gorda para hacer gimnasia. Y no me apetecía salir a correr.

En cierta forma, había estado esperando un milagro. Había creído que sólo comiendo un poco menos todo iría sobre ruedas. ¡Maldita sea!

¡Un miserable kilo en una larga semana! Y decían que era precisamente al principio cuando se adelgazaba con más facilidad, que después costaba más.

Quizá no había apretado las tuercas lo suficiente.

Posiblemente mil calorías diarias seguían siendo demasiadas. Y tenía que moverme más, como fuera.

Pasé una tarde poniendo parches a las ruedas de la bici. Desmonté la rueda trasera, quité la cubierta, hinché la cámara y la regué, tal como le había visto hacer

a papá. Por fin descubrí el agujero. Pegué un parche de goma y volví a montar la rueda. Estaba bastante orgullosa de mí misma.

A la mañana siguiente llegó la gran decepción: la rueda trasera estaba tan plana como antes, y además el cambio de marchas se había deformado. Se me saltaron las lágrimas de furia y rabia. ¡Qué asco!

Ida y vuelta al colegio en bici, dos veces, veinte minutos... ¡Eso suponía doscientas calorías al día! ¡Contando los cinco días, mil calorías sin gran esfuerzo!

Volví al autobús, malhumorada. En el recreo fui a llorarle a Jens, de la clase de al lado. Una vez, me había enderezado el manillar cuando me había caído de la bici en un banco de arena. En aquella ocasión me había dicho que podía acudir a él cuando tuviera que arreglar la bici otra vez. Le tomé la palabra.

—Hola, Jens —dije amablemente, y fui al grano sin rodeos—. ¿Sigues en pie tu oferta?

No comprendió a la primera qué quería y se limitó a sonreírme con cara de tonto. Era pelirrojo y tenía el pelo tan corto que se le transparentaba la piel del cráneo. Los pelos rojizos de su incipiente barba me parecían igual de tontos.

—Se me ha pinchado la bici —dije para recordarle de qué hablaba—. Un agujero en la cámara. Ya he probado a parchearlo, pero no ha servido de nada. ¿Puedes ayudarme?

—Por supuesto —respondió, mirando fijamente mis monstruosos pechos.

—Claro que no pretendo que lo hagas gratis —dije con rapidez.

—Claro que no.

—¿Y cuándo puedo traerte la bici?

—No hace falta, yo me pasaré.

—¿Te parece esta tarde? Me gustaría poder utilizarla pronto.

—Está bien; por mí, esta tarde.

Qué bien que todo fuera tan rápido.

—Eres muy amable —dije.

Jens sonrió.

—Entonces, sobre las tres, ¿de acuerdo?

—Perfecto.

Fue puntual. Bajamos juntos al sótano. Jens desmontó la rueda en un momento y comprobó que la cámara tenía un segundo agujero, justo donde estaba la válvula.

—No sirve poner un parche —dijo Jens—. En ese sitio no se sujetará, volverá a abrirse una y otra vez.

Sacó una cámara nueva del bolsillo de su cazadora, como por arte de magia. Un cuarto de hora después, la bici estaba lista. Jens había arreglado incluso el cambio de marchas. Insistió en que diera una vuelta para probarlo, así que di la vuelta a la manzana mientras él se lavaba las manos. Cuando regresé, ya estaba esperándome.

—¿Qué tal?

—¡Espléndido! —estaba realmente contenta.

Cogió la bici y la bajó al sótano. Yo me dediqué a echarle flores mientras bajaba a trompicones tras él.

—Lo has hecho de fábula, en serio. ¡Hasta llevabas una cámara nueva! ¡En eso se ve a un profesional!

Jens revisó el faro una vez más. Por suerte estaba bien.

—Bueno, ya está.

Jens se incorporó y sonrió. Tenía una mancha en la mejilla. Se la limpió con el índice.

—¿Estoy guapo ahora? —tonteó.

—Fantástico —saqué un billete del bolsillo y lo agité en el aire—. ¿Está bien así?

—No —sonrió aún más.

De pronto tenía la espalda contra la pared, Jens estaba ante mí, con el rostro muy cerca del mío. Estaba desconcertada. Me besó, su lengua recorrió mi boca y sus manos reptaron bajo mi jersey. Me quedé casi sin aire e intenté apartarle de mí.

—Tus tetas me vuelven loco —balbuceó—. Es mejor de lo que imaginaba.

—¿Estás loco? —grité—. ¡Basta! No quiero. ¡Quita!

Por fin entendió que lo decía en serio. Me soltó. Me temblaba todo el cuerpo de indignación y rabia; me doblé y crucé los brazos para ocultar el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Jens sin comprender—. Tú también querías.

—¡Yo no quería nada! —grité, y me apreté el pecho con más fuerza, como si así pudiera hacerlo desaparecer.

Estaba totalmente confusa. Ni siquiera me di cuenta de cuándo se marchó. Sólo vi que de pronto ya no estaba.

En el suelo del sótano seguía el billete. Lo cogí automáticamente y me lo guardé. Luego corrí arriba. La casa estaba vacía. Mamá y la abuela habían llevado a Timothy al veterinario, y Jenny tenía clase por la tarde. Corrí al baño y vomité la comida. Me lavé

la boca, me quité el jersey y me enjaboné los pechos, como si así pudiera lavar el recuerdo. Era como si aún sintiera el contacto. ¡Asqueroso, sencillamente repugnante!

¡Mis gordos, estúpidos y monstruosos pechos! Lloré a gritos. ¿Por qué tenía que andar por ahí con una cosa así, por qué, por qué, por qué?

No sé cuánto tiempo estuve en el baño. En algún momento, oí un coche fuera. Mamá volvía con la abuela. Rápidamente, me lavé la cara con agua fría. No debían notar nada. Prefería cortarme la lengua antes que contar una sola palabra.

¡Oh, diablos, la nariz roja! Me la empolvé a toda prisa. En el pasillo oí las voces excitadas. ¿Qué pasaba con Timothy? Pensaba que no iban más que a vacunarlos otra vez. Abrí la puerta.

—¿Qué ha pasado?

Ahí estaba Timothy, gracias a Dios. Corría por el pasillo y venía como siempre directo hacia mí. Pero mi alivio no duró mucho.

—Timmy tiene cáncer —dijo la abuela.

Se sentó en la silla junto al teléfono y lloró en su pañuelo. El olor a colonia llegaba hasta donde yo estaba.

—¿Es grave? —pregunté.

La pregunta sonó idiota. Sencillamente, no sabía qué decir. Estaba como aturdida.

—Claro que es grave —respondió mamá—. Quizá Timmy viva otros seis meses. Si tiene dolores, tendremos que sacrificarlo.

En su rincón, la abuela sollozó. Mamá la abrazó.

—No llores, madre —y a la propia mamá se le saltaron las lágrimas.

Yo también lloré. ¡Timothy, el bueno y querido Timothy! ¡No podía morirse! ¡Era de la abuela, tenía que seguir con nosotros!

Timothy no sabía lo que pasaba. Corría de uno a otro sin comprender que todos esos llantos eran por él. Luego se sentó y movió el rabo. Eso sacó a la abuela de sus preocupaciones.

—Sí, Timothy, ya está bien, seguro que tienes hambre. Has tenido que esperar mucho rato. ¡Ahora tendrás tu comida, un cuenco bien lleno, y tus galletas favoritas! —y se fue con él a la cocina.

A la hora de cenar, yo no tenía nada de hambre. Esta vez, nadie me animó a coger un trozo de queso o una loncha de embutido. Todo el mundo hurgaba en su plato. Yo mordisqueaba con desgana una tostada. Por primera vez, no tenía ni la más mínima sensación de hambre. Jenny, que se había enterado de lo de Timmy, gemía y sollozaba todo el tiempo. La abuela miraba fijamente al frente. Mamá intentaba poner en marcha una conversación y papá volvía a faltar de la mesa.

—Timothy es viejo —recalcaba mamá—. Once años. Es una edad muy avanzada para un perro.

Pero eso no era un consuelo. Una tras otra, mirábamos a Timmy. Sólo se había tomado medio cuenco de comida y ahora se estaba amodorrado.

—¿No se puede operar? —pregunté.

—El tumor está en un sitio de muy difícil acceso —respondió la abuela—. Además, ya se ha producido metástasis.

Jenny se tapó los oídos con las manos.

—¡Callaos de una vez! —se levantó de un salto y salió corriendo.

—Ah, hoy es otro día asqueroso —se le escapó a mamá.

Lo dijo con toda su alma. Cuando quitaba la mesa, soltó que no trabajaría en Krämer & Kirsch. Había llamado esa mañana al señor Krämer. Al parecer, en estos momentos no necesitaban a nadie. Mamá se había quedado bastante frustrada.

Estaba claro que hoy todos teníamos nuestra cruz. Empezaba a ser demasiado para mí. No podía soportar a nadie. Destrozada, subí corriendo a mi habitación, metí un disco compacto en la cadena de música, subí el volumen y me tiré en la cama. Estaba al límite.

Al oír el sonido del sintetizador me di cuenta de que había cogido el CD equivocado. Era un disco de Peter Schilling. Papá me lo había regalado porque le gustaba la canción *Mayor Tom*.

Fui a pararlo, pero la música me arrastró. Sola en el espacio, a años luz de toda civilización... De eso se trataba. No tener que volver a ver a nadie, dejarlo todo atrás, moverse por el espacio. Noche oscura y estrellas por todas partes. Ilimitadamente libre en el infinito cosmos.

*Totalmente desprendida de la tierra, totalmente ingrávida...*

Tarareé, con los ojos cerrados. Mi mente se llenó de imágenes.

*Flotaba ingrávida en el universo, entre luces centelleantes. Un cometa cruzó mi camino, trazando su estela de fuego. Rojo hirviente, ardiente naranja, reluciente amarillo: un chispeante juego de color. Luego, otra vez, la negrura del cosmos...*

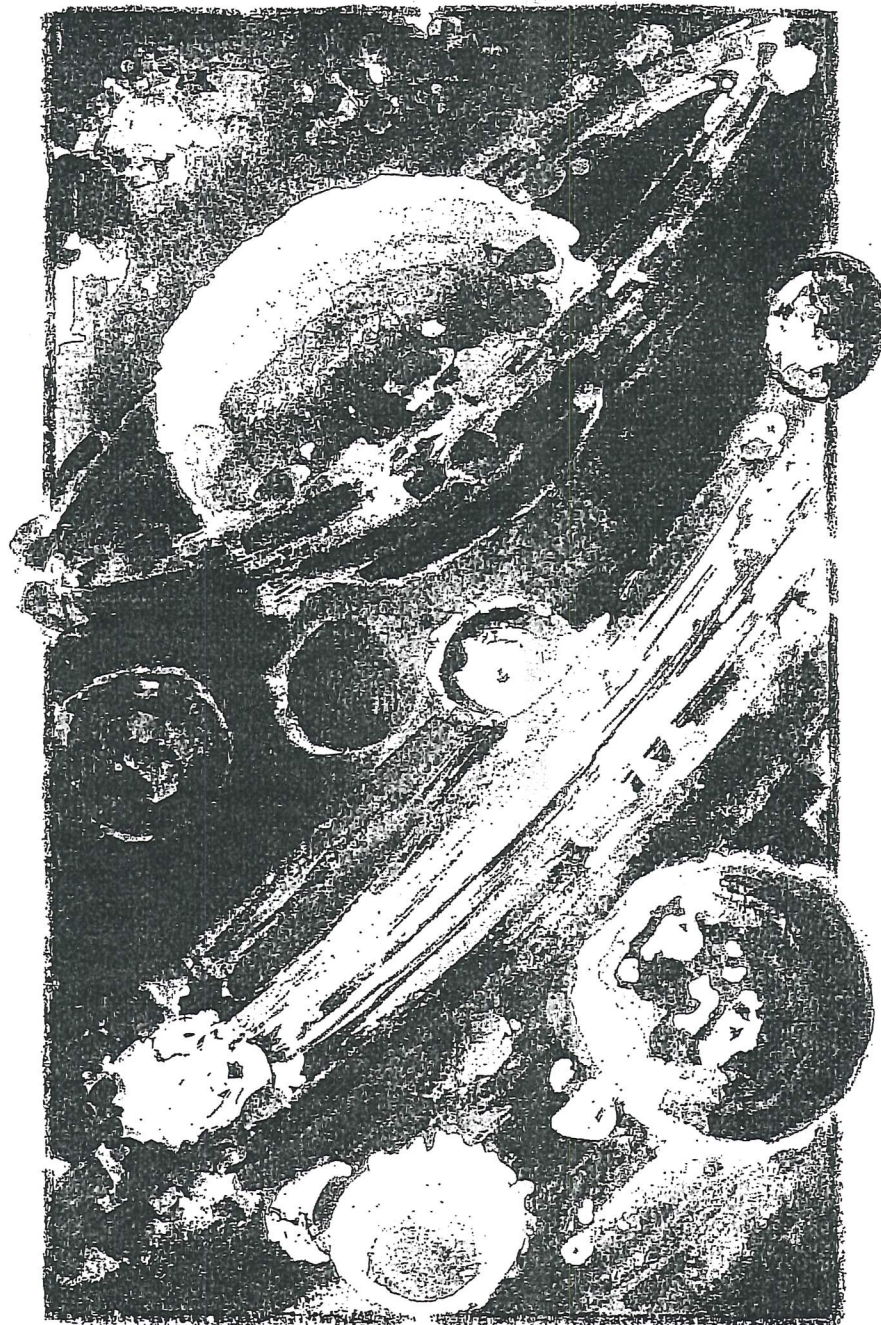
*Ante mí apareció un planeta. ¿Había atmósfera en él? ¿Era su aire respirable? Mis análisis químicos eran positivos. Mi nave espacial se dispuso a aterrizar. Llegué con suavidad hasta el planeta. Verde por todas partes, un jardín del Edén que la mano humana no había tocado. Me quité el traje espacial y extendí los brazos. Era libre, totalmente libre. Fuera me esperaba el paraíso...*

La canción terminó. Eché mano al mando a distancia y pulsé *repeat*. Las imágenes volvieron.

*En seguida supe que en este planeta estaba mi lugar. En la Tierra había sido tan desgraciado... Allí había tanta pena, tanto dolor, tanta codicia. Aquí reinaban la armonía y la paz. Aquí sería feliz.*

*Salí de la nave espacial, al sol, que brillaba en un cielo azul y sin nubes. El calor fue como una caricia. Aunque sentía que el planeta no era hostil, comprobé la incidencia del Sol con mi medidor de rayos ultravioleta. La radiación estaba en el ámbito bajo de tolerancia. Podía caminar durante horas sin miedo a las quemaduras ni al cáncer de piel.*

*Mi nave espacial había aterrizado en un pequeño claro. En la pradera brotaban flores de belleza jamás contemplada. Tenían el aspecto de espléndidas orquí-*



*deas, y su aroma era indescriptiblemente dulce. El planeta, que no estaba en los mapas estelares, aún no tenía nombre, así que lo bauticé Orquídea.*

*Amé a Orquídea desde el primer momento. El aire era de increíble pureza. En medio de los prados susurraba un pequeño arroyo. El agua era tan clara que podía ver el fondo. Por pura costumbre la analicé, aunque mi instinto me decía que se podía beber sin miedo. El análisis químico dio como resultado que era agua potable de la mejor calidad. La cogí entre mis manos y bebí. Tenía un sabor burbujeante y refrescante. Sentí que me libraba de todo mi cansancio. Pero no sólo del cansancio, sino también de todo lo demás: de todas las preocupaciones, de todo el dolor. Me sentía como si hubiera vuelto a nacer en Orquídea.*

El equipo estéreo susurró. Involuntariamente, abrí los ojos. Por desgracia, no estaba en Orquídea, sino en la estúpida y asquerosa Tierra, donde el veterinario no podía ayudar a Timothy, donde mamá reñía con papá y donde, en adelante, yo me vería obligada a rehuir a Jens.

Y además tenía que hacer los deberes. ¡Maldición!

## Capítulo cinco

—¿Has adelgazado? —me preguntó Ania una mañana.

Yo me encogí de hombros.

—Es posible —murmuré, mientras me estremecía una salvaje alegría.

¡Por fin, por fin se veía!

—Vengo en bici al colegio, y eso ayuda.

Hice como si no lo supiera con exactitud, pero hacía media hora que me había pesado. El momento de pesarme era el más importante de todas las mañanas. Cada vez, el corazón se me ponía en la garganta y el pulso se me disparaba al subir a la báscula.

Hoy, por primera vez, había marcado menos de cincuenta y tres kilos. ¡Había visto el número cincuenta y dos!

Los pantalones me sentaban mucho mejor. Podía

meter la mano sin dificultades entre la cinturilla y la tripa; incluso podía moverla. Pero seguía encontrándome demasiado gorda. Seguía teniendo masas de grasa en el trasero, y mi pecho se había reducido, como mucho, un par de milímetros. Donde más había adelgazado era en la cara. La abuela decía que tenía las mejillas hundidas y surcos oscuros alrededor de los ojos. Yo no veía esos hundimientos, y los surcos se debían a que estos días no dormía mucho. Pero de cara sí que había adelgazado. Me parecía que me sentaba muy bien. ¡Y el principio de papada había desaparecido al fin, gracias a Dios!

Ahora me controlaba férreamente. ¡Nada más que ochocientas calorías diarias! Por lo menos había desaparecido esa maldita sensación de hambre que tenía hacía tres semanas. Claro que cuando veía algo sabroso aún se me hacía la boca agua, ¡rabia, codicia! Pero podía dejarlo sin lamentarme. Ya no me ponía nerviosa. No tenía que estar en mi habitación pensando constantemente: «Abajo, en la cocina, hay un plátano, cógelo, cógelo».

Ahí estaba, ¿y qué? El que lo quisiera que cogiera el plátano. Yo no lo necesitaba. Incluso podía mirar con tranquilidad cómo se lo comía Jenny. No me afectaba.

Esta nueva actitud me hacía sentirme orgullosa. Había dominado mi hambre. Había vencido mi codicia. Dominaba mi cuerpo. Hacía lo que yo quería.

Y al fin adelgazaba. Para el día del viaje seguro que habría llegado a los cincuenta kilos. ¿Lo notaría Bobby? ¿Le llamaría la atención que estuviera mucho más delgada y más guapa?

Sí, también más guapa. Ya no permitía que la grasa se repartiera sin control por mi cuerpo. Todo debía afirmarse y fortalecerse. ¡Y entrenaba para conseguirlo!

Iba y venía al colegio en bici. Hacía las compras para mamá. Procuraba sacar a pasear a Timothy, aunque lloviera a cántaros.

Por culpa de Timothy había habido bronca entre Jenny y yo. Mi hermana me reprochaba querer apropiarme de él.

—Yo también quiero disfrutarlo mientras todavía esté aquí —lloraba—. Después será demasiado tarde.

Pero cuando llovía se alegraba de que yo sacara a Timmy.

En cualquier caso, estaba claro que sólo paseando no se consigue un cuerpo firme. Únicamente correr de veras servía de algo, correr lo más que se pudiera, aguantando. En eso trabajaba. El principio fue brutal. Parecía tan fácil cuando una se encontraba a otros corredores. Pasaban corriendo sin jadear, con un ritmo regular, sin esfuerzo visible. Podían resistir durante horas... La primera vez que corrí, al cabo de doscientos metros me pesaban las piernas, empezaron a dolerme las tibias, mi respiración se apresuró y me quedé casi sin aire. Había ido demasiado deprisa. Comprendí que no era un problema de ritmo, sino de resistencia. La segunda vez, corrí conscientemente más despacio. También fue un desastre, porque casi no me movía del sitio y aun así resoplaba como una locomotora vieja. Me dolían las piernas, los tobillos, no tenía ninguna forma física y, además, carecía de estímulos.

Estaba totalmente furiosa conmigo misma.

«¡Corre, culo inválido, corre al menos hasta ese árbol de ahí! Si consigues llegar hasta esa papelera, mañana pesarás cien gramos menos. ¡Levanta las piernas, maldita sea!»

Me odiaba. Tenía que doblegar mi cuerpo. Tenía que forzarlo a hacer lo que yo quisiera. ¡Aunque me derrumbara en el intento!

«¡Corre, fofa!»

Era mejor cuando me imaginaba que Jens corría detrás de mí y yo quería escapar. Bastaba con pensar en él. La rabia volvía ligeras mis piernas. La ira me daba fuerzas, la idea me daba resistencia.

¡Lo importante era pensar en otra cosa! En todo, menos en la carrera, en si los tobillos se torcían o me dolían las rodillas. ¡Correr, correr, correr!

¡Y funcionó!

Ahora corría todos los días por el parque. Poco a poco, iba dominando la técnica. Los primeros minutos eran los peores. ¡Resistir, resistir, nada de descansos! Mi cuerpo necesitaba siete minutos para calentarse. Luego ya no tenía frío, no importaba lo fresco y desapacible que estuviera el tiempo. Y eso que fue un mes asqueroso, demasiado frío para ser mayo.

Después de diez minutos, las cosas iban bien por sí solas. Sentía que tenía fuerza en las piernas. Tanta fuerza que hubiera podido correr por todo el parque, por toda la ciudad, si hubiera querido. Al principio sólo rodeaba el estanque de los patos, veinte minutos. Luego la ambición se apoderó de mí, y mis recorridos fueron haciéndose cada vez más largos. ¿Conseguiría correr,

cruzando el puentecillo, hasta el segundo estanque y el pabellón chino?

El camino de ida no fue problema. En el de vuelta, mis piernas se hicieron pesadas, pero no me rendí, ¡no!

Cuando al fin lo logré, estaba totalmente agotada, pero también orgullosa de mí misma.

«¡Bueno, Miriam, fofa! ¿No te esperabas eso de ti, eh? ¡Si quieres, puedes!»

Al día siguiente tenía unas agujetas monstruosas, pero volví a correr el mismo tramo. Y algunos metros más.

A veces, corría con el *walkman*. Había grabado *Mayor Tom* en una cinta, dieciocho veces seguidas. Con esa canción en los oídos, corría por el parque y me imaginaba camino de Orquídea.

Y mis muslos se volvieron firmes; mis gemelos, duros como el hueso; mi cuerpo, flexible. Seguía estando demasiado gorda, pero la báscula marcaba menos cada día.

Cuando empecé de verdad a correr, mi apatía desapareció por completo. Ya no podía pasarme horas tumbada en la cama sin hacer nada. No podía ser, tenía demasiada energía que liberar. Cuando regresaba de correr y me duchaba, a veces volvía a salir a comprar un cuaderno o un lápiz. Tomaba desvíos para ir a tiendas lejanas y me alegraba de encontrarlas cerradas y tener que ir a otras. En esos momentos me sentía absolutamente bien.

Pero aún me hubiera sentido mejor si no hubiera estado tan gorda.

Incluso con cincuenta y un kilos, mis pechos se-

guían siendo catastróficos. Me había comprado algunos modelos nuevos para ir a clase. Pero me entraron ganas de llorar cuando me probé mis trapos en casa y me miré al espejo. Tenían un aspecto totalmente distinto que en la tienda. La camiseta destacaba mi monstruoso pecho, era horrible. Seguro que Bobby ni siquiera me miraría. O peor: se quedaría mirando mis dos bolas y pondría ojos de terror.

Me quité la camiseta. También el sujetador era nuevo. Ahora llevaba una talla menos, ¡pero seguía necesitando la maldita B!

¡Estaba gorda, gorda, gorda! Mi vientre... ¡Oh, qué náusea blanca y temblorosa! En mis sueños mi vientre era liso, firme y tostado por el sol... ¡No esa masa de tocino viscoso! ¡Y el tono moreno? ¡Ni rastro! Con este tiempo asqueroso, no podía ni pensar en ello.

Seguro que en Londres tampoco era mejor. La ciudad era famosa por sus persistentes lluvias. Todos esos chistes idiotas acerca de que un *gentleman* jamás sabía sin su *umbrella*... Me hubiera gustado renunciar al viaje. No tenía ningunas ganas de ir. ¿Qué se me había perdido allí? La idea de dormir en la misma habitación con otras compañeras me asqueaba. No me apetecía nada que las otras vieran mi gorda tripa. ¡Y menos, Tania! ¡No, gracias!

Me quité las braguitas y el sujetador y me volví a subir a la báscula. Indicaba el mismo peso que hacía diez minutos.

Cincuenta y un kilos, cien gramos.

Todavía quedaban dos semanas hasta el viaje. Para entonces habría alcanzado los cincuenta kilos. Me di

unas palmadas en la tripa. ¿Cuándo se encogería esa cosa horrenda? Estaba totalmente descontenta.

A la hora de cenar, me enfadé porque mamá y la abuela una vez más querían obligarme a comer. La mayoría de las noches sólo cenaba una rebanada de pan tostado, sin mantequilla, con una loncha de jamón o de queso. Esa noche, mamá había hecho pizza.

¡Pizza! Todo el que no fuera completamente idiota sabía que un solo bocado contenía una infinita cantidad de calorías. La pizza era tan mala que engordaba casi con mirarla.

Mamá había ensayado una nueva receta. Cuando quiso servirme mi trozo, negué con la cabeza.

—Para mí no, gracias.

En las últimas semanas, mamá y la abuela habían aceptado sorprendentemente bien mi régimen. Nada de refunfuñar, nada de reñirme, nada de agobiarme. Probablemente en secreto estaban orgullosas de mí, porque ciertamente estaba adelgazando..., cosa que ninguna de las dos había logrado nunca. Pero hoy mamá volvió a empezar con su necia táctica de atracción y seducción.

—Oh, venga, sólo hoy, como excepción. Ya estás tan delgada que puedes permitirte un trocito de pizza.

—He dicho que no —dije alzando la voz.

Mamá y la abuela cambiaron una mirada.

—Creo que estás exagerando —dijo mamá—. ¿No te has mirado al espejo? Tienes un aspecto enfermizo. Te bailan los pantalones y ninguna prenda te queda bien. Puedes dejar de adelgazar, ya estás lo suficientemente flaca.

—Quiero pesar cincuenta kilos y pesaré cincuenta kilos —afirmé.

¡Si pensaban que iba a rendirme tan cerca de la meta, estaban equivocadas!

¡Precisamente pizza! Aunque ya no representaba una tentación. No tenía más que pensar en sus muchas calorías para que se me fuera el apetito. Si otros se ablandaban ante la pizza..., ¡adelante! Yo no. Yo podía dominarme, me tenía bajo control.

Pero mamá no iba a rendirse tan fácilmente.

—Prueba una esquinita. Simplemente me interesa saber si te gusta. La masa es diferente que otras veces, mucho más fina. Siempre te ha gustado mucho la pizza.

Lo recordé con horror. Sí, había habido épocas en que había engullido pizza sin reflexionar, a veces incluso una ración doble. Qué repugnante. Pero eso había sido hacía años luz. Ahora comía muy conscientemente. Sabía cuántas calorías tenían los distintos alimentos y compadecía a esa pobre gente, esos ignorantes, que eran demasiado vagos para informarse y hacer sus cuentas. Si se tenía un poco de cuidado, no se engordaba. En realidad era muy sencillo. Naturalmente, había que quererlo de veras. Yo estaba orgullosa de haberlo logrado. Porque tenía fuerza de voluntad.

Al contrario que Jenny. Casi tenía que reprimir una mueca de asco cuando la miraba. Delgada, sin formas..., y se acababa de embutir mil quinientas calorías, esclava de sus vicios. Y por supuesto sin pensarlo en absoluto. ¡Si supiera lo que acababa de hacer! Está bien, ella no tenía problemas con su peso, pero seguro que

un día se le presentarían. ¡Y entonces lamentaría su pecado de voracidad!

Es gracioso, antes siempre había envidiado a mi hermana pequeña. Pensaba que era fuerte. Sabía siempre lo que quería. O al menos actuaba como si lo supiera. Pero nunca podría dominarse como yo. Era demasiado débil para eso. Mamá y la abuela también eran débiles, especialmente mamá. De eso me había dado cuenta en estos últimos tiempos. Como el trabajo en Krämer & Kirch no le había salido a la primera, lo había dejado correr. Bueno, se leía todos los días los anuncios por palabras del periódico, pero no llamaba ni una sola vez a ningún sitio ni enviaba una sola solicitud. No hacía más que quejarse de que no había nada para ella. En su lugar, yo hubiera aceptado simplemente algún trabajo de auxiliar. De lo que se trataba era de volver a ingresar en la vida laboral. Pero yo tenía mis dudas de que mamá lo deseara en serio. Tampoco se había apuntado a ningún curso. ¡Mucho hablar del asunto, para luego no hacer nada! ¡Qué fácil!

Probablemente papá le había quitado las ganas. No le había gustado que quisiera empezar en Krämer & Kirsch. Naturalmente, la negativa del despacho había sido un triunfo para él, y seguro que se lo había pasado por las narices.

«¿No te lo había dicho? ¿Ves? ¡No te quieren!»

Por supuesto yo no lo había oído, pero me lo podía imaginar. Conocía a papá. «Quédate en casa y en la cocina, ése es tu lugar, tu sitio.»

Y mamá, la tonta, se sometía.

Había estado en *Chez Lucien*. A mí me parecía que tenía buen aspecto; en todo caso hacía falta acostumbrarse a verla. El peinado corto con ese pelo negro como el ala de un cuervo era un poco fuerte. Papá no había dicho nada. Y mamá había anunciado que la próxima vez iría a su peluquero de costumbre.

Así eran las cosas entre nosotros. En esta familia estaba rodeada de débiles. Mamá no podía realizarse. Papá buscaba secretamente la felicidad con otra mujer. La abuela hubiera podido ganar más dinero, pero siempre aplazaba llamar al seguro de pensiones y prefería leer novelas de Barbara Cartland. Medias verdades, planes iniciados que se quedaban en nada. ¡Grandes palabras, sin nada detrás!

¡Realmente una podía entrar en crisis! ¡Y si alguien mostraba fuerza de voluntad, los otros no hacían más que refunfuñar!

—Lo que estás haciendo ya no es normal —me riñó mamá—. Por lo menos deberías probar una esquinita. Ya casi no comes. ¿Quieres morir de hambre, o qué?

—¡Normal! —rugí yo.

Me estallaba el cuello de la camisa.

—¿Qué es eso de normal? ¿Como vosotras? ¿Sois normales vosotras? Entonces, me alegro de no ser normal. ¡Gorda, grasienta y débil! ¡Y encima, satisfecha de mí misma! ¿Cómo podéis soportarlo?

Yo misma me quedé sorprendida por mi explosión. Antes nunca me hubiera atrevido a decir una cosa igual. Pero ahora me había salido así. Y estaba bien. ¡Alguien tenía que sacudir alguna vez a estas mujeres!

Mamá me miró fijamente, presa de la impresión.

—Miriam, ¿qué te pasa? ¡Has cambiado por completo!

Naturalmente que había cambiado. Me había vuelto más fuerte, más consciente de mí misma. Durante largo tiempo había imaginado no ser capaz de nada y no contar para nada. Para unas cuantas personas era la última mona. Por ejemplo, para Tania, pero ella no contaba. O para papá. Él contaba un poquito más. En todo caso, ya no contaba tanto como antes. Papá había sido mi héroe, mi ídolo, el que lo podía todo. Me había hecho un daño indescriptible ver cómo se ocupaba de Jenny y me dejaba a un lado. Así que ahora tenía otra opinión de él. «¡Adiós, héroe radiante! En realidad no eres más que un hombre normal de carne y hueso. ¡Sobre todo de carne, que en ti es especialmente débil! Mi papá, que tiene una amiguita en secreto y es demasiado cobarde para reconocerlo...»

¡No, no era yo la que valía poco, sino él! ¡Qué débil e indeciso, qué embustero y burgués! Quizá le gustaba el sucio juego que estaba representando. Posiblemente se recreaba en el papel de gallo vanidoso: «¡Mirad cómo se pegan por mí las mujeres!».

La verdad es que no entendía cómo mamá aguantaba con él. Por qué no se defendía. Por qué aguantaba todas esas maldades. Yo hubiera dado un puñetazo en la mesa hace mucho y hubiera exigido poner las cosas claras. Quizá mamá tenía miedo a que papá la abandonase. Definitivamente. ¿Cómo soportaría ser la perdedora en este sucio asunto?

¡Oh, qué nauseabundo era todo!

Y yo vivía en medio de ese caos. ¿Qué significaba

normal? ¡Los otros ya no eran normales! ¡Yo era la única que mantenía la cabeza fría!

—La pizza está buenísima —intervino también la abuela.

—Por mí, que os aproveche —repliqué fríamente—. Yo no quiero. ¡Punto!

Entonces mamá perdió los nervios y me gritó. ¡Increíble, todo por un trozo de pizza!

—¡Estoy harta de tu teatro! ¡Te sientas a la mesa y pones siempre esa cara de asco! No me hace falta más que mirarte para que se me quite el apetito. ¡Tu constante gruñir y refunfuñar! ¡Tu estúpido teatro de que estás demasiado gorda! ¡Basta ya! ¡Basta, maldita sea!

Lloró, se tapó el rostro con las manos y salió corriendo. Jenny la miró perpleja y luego me chilló:

—¿Por qué tienes que hacer enfadar a mamá?

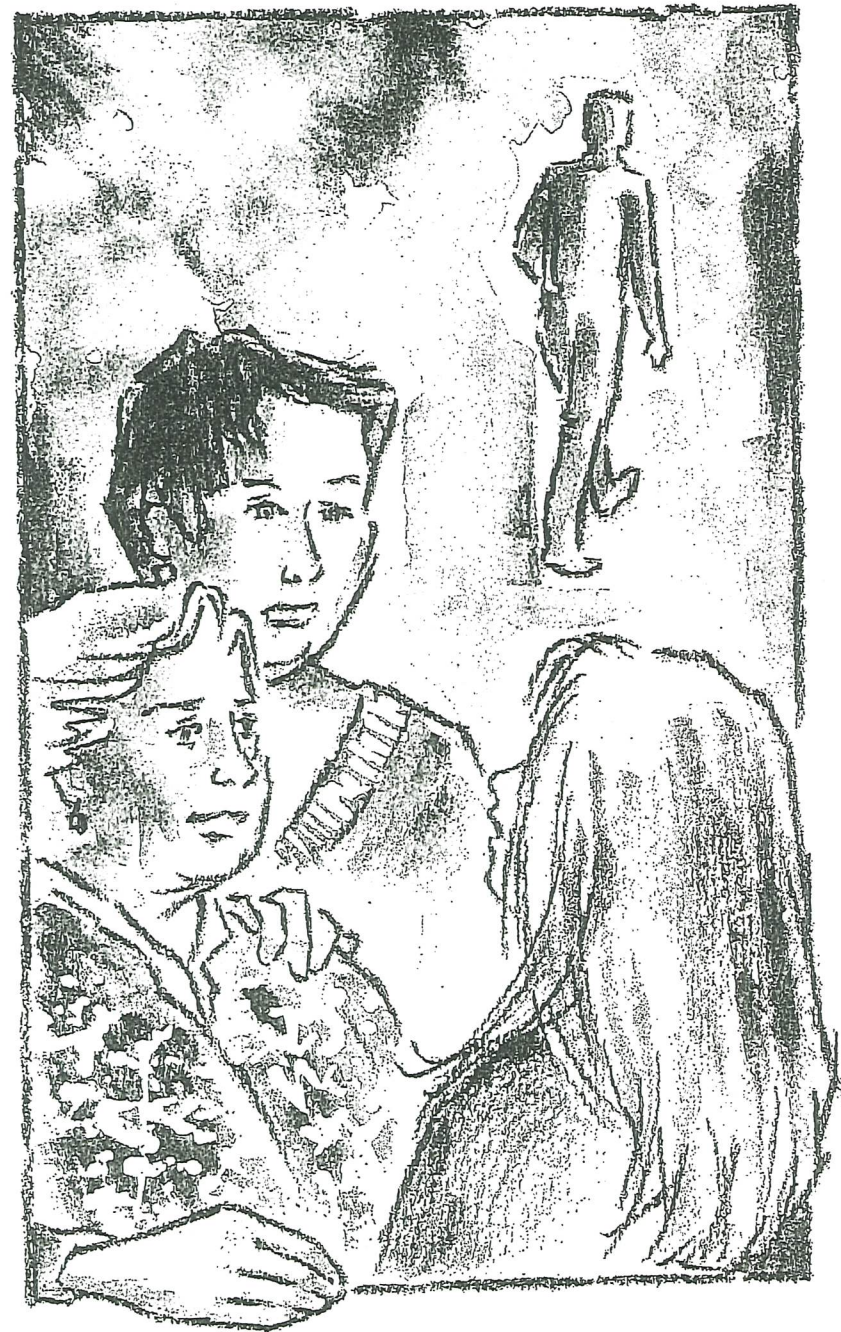
—No es culpa mía —repliqué—. Ella se enfada sola. Si no quiero pizza, es que no quiero. No puede obligarme.

Jenny se dio con el índice en la sien.

—Pues tienes un tornillo flojo, te lo juro.

—¿Y tú? —grité—. Eres tan idiota que duele mirarte. Ni te enteras de lo que está pasando en esta casa. No tienes ni idea. ¡Ojalá que papá se marche pronto y te lleve con él, para no tener que seguir viéndote!

Jenny me miró como si le hubiera pegado. Probablemente no había entendido una sola palabra. ¡Que se lo explicara la abuela! ¡Yo ya había dicho suficiente! Desaparecí en el piso de arriba, puse la música y me tiré en la cama.



*Menos mal que nadie podía seguirme a Orquídea. Nadie sabía que había aterrizado aquí. Al final, la conexión por radio entre la Tierra y mi nave espacial se había averiado. Probablemente, en la Tierra pensaban que había muerto. ¿Enviarían naves de rescate en mi búsqueda? Resultaría caro; era más fácil encontrar una aguja en un pajar que una nave en el espacio...*

*No, estaba segura de que nadie me buscaría. No tenía por qué volver a ver a ninguno de mis enemigos. Sobre todo al mayor Tom, mi jefe. Era el peor de todos. Nunca había confiado en mí.*

*«¿Miriam Peters quiere viajar al espacio? ¡Una mujer que quiere pilotar sola una nave espacial!...» ¡Vaya revolución había habido en la central, prefería no pensar en ello!*

*—Miriam no resistirá ese duro entrenamiento. Es demasiado agotador para una mujer. Y además, no sirve para esta misión. Todos sabemos que las mujeres son tiernas y débiles. Si ocurre algo imprevisto en el espacio, enloquecen y son presa del pánico. Eliminamos mejor a Jens Wildenberg, ha demostrado su eficacia.*

*¡Cómo me había indignado al saber que los hombres de la central habían escogido precisamente a Jens, mi adversario personal! Fui directamente a ver al mayor Tom y le exigí una oportunidad real. Le puse delante de las narices mis diplomas y los resultados de mis pruebas. Todo era sobresaliente.*

*—Si no me tiene en cuenta en la selección, llevaré el caso a los periódicos —amenacé.*

*Funcionó. El mayor Tom estaba furioso, pero pude participar en el entrenamiento. ¡Di lo mejor de mí misma, y mis resultados fueron muy superiores a los de Jens! Finalmente el comité quedó convencido, así que fui la primera mujer en volar sola al espacio exterior.*

*Ya estaba en camino cuando me di cuenta de que mi nave espacial no había sido correctamente comprobada antes del despegue. Ajá, una pequeña venganza de Jens, que tenía amigos en todas partes... ¡Incluso entre los técnicos! Las averías no se hicieron esperar, pero pude superar en seguida la mayoría de ellas. Incluso cuando se cortó la conexión por radio, me mantuve fría. Sabía que lo conseguiría, incluso sin ayuda de la Tierra...*

## Capítulo seis

Jenny, esa pequeña víbora, subió a verme más tarde y empezó a sonsacarme.

—¿Qué has querido decir? ¿Por qué tendría que irse papá?

—Déjame en paz —dije.

No tenía el menor interés en discutir con ella, que me sacaba de quicio. Pero Jenny podía ser condenadamente terca. Está bien, que se saliera con la suya. ¿Por qué iban los niños a ahorrarse la amarga verdad? A mí no me la ahorra nadie.

—Papá tiene una amiga —informé a Jenny—. Seguramente ya te habrás dado cuenta de que nunca está en casa por las noches.

Jenny me miró con los ojos muy abiertos.

—Mamá dice que papá tiene mucho trabajo.

—Venga, Jenny, la excusa de las horas extras es tan antigua como el mundo.

Jenny pensó a toda máquina. En esos momentos se le ponía siempre una cara ridícula de roedor.

—No me creo eso de la amiga —declaró al fin—. ¿Tienes pruebas?

¡Oh, cielos! Había olvidado que Jenny estaba en una edad en la que lo que más le gusta a uno es jugar a los detectives. Carteristas, huellas digitales, conducta sospechosa... Tenía la cabeza llena de esas cosas.

—¿Crees que papá es tan tonto como para hacerlo abiertamente? —le grité—. ¿Crees que anda dejando cartas de amor por ahí para que mamá se entere? Por mí, puedes examinar sus camisas. Quizá encuentres manchas de carmín o cabellos de alguien desconocido.

—Eres repugnante —sollozó Jenny, temblando de rabia—. Todo eso no es cierto. Sólo quieres meterme miedo, igual que hacías antes.

Cuando Jenny tenía cinco años, yo le conté que en nuestro desván había unos fantasmas malísimos y que ella no debía subir jamás. Los fantasmas te arrancaban mechones de pelo, y lo peor era que el pelo no volvía a crecer en ese sitio. Lo único que yo quería era que Jenny no subiera al desván, porque tenía mi escondite allí, entre las cajas y los trastos viejos. Entonces aún no habíamos ampliado el desván.

Jenny tuvo pesadillas por culpa de mis historias y, cuando mamá averiguó por fin la razón, se puso furiosa conmigo. Me pasó un mes entero sin mi asignación y encima destruyeron mi lugar secreto. Desde entonces el desván permaneció cerrado.

—Casualmente es verdad —dije con frialdad—. Pero las niñas como tú no tienen ni idea. Por eso no deberían preguntar.

Jenny se removía inquieta en el asiento.

—Papá nunca haría una cosa así.

¡Atención, iba a empezar a exprimir sus lágrimas de cocodrilo!

—A la mayoría de los hombres les gusta mirar a las mujeres —le expliqué—. Y si una les gusta, ¡ras!, dejan de razonar. Hormonas, ya sabes. Fíjate en mamá. Vale, ahora lleva un peinado nuevo, pero está bastante gorda. No me cuesta trabajo imaginar que papá haya encontrado una mujer que le guste más.

—Entonces no lo sabes seguro —insistió Jenny.

¡Esa pequeña bestia se fijaba en todo lo que una decía!

—*Baby*, sólo hay que sumar dos y dos —repuse. Estaba empezando a irritarme.

—Con Michelle, la de mi clase, pasó exactamente igual. Todo el mundo pensaba que su familia era estu-penda. Y plas, un día, el gran petardo. El padre de Michelle tenía una amiga desde hacía dos años y nadie se había enterado.

Jenny calló.

—Ahora ya lo sabes y puedes largarte —dije—. Tengo que hacer los deberes. ¿O a lo mejor quieres ayudarme con el Inglés?

Se puso roja como un tomate, porque en su último trabajo de Inglés había tenido un suspenso absoluto. El Inglés no era lo suyo. Y eso que su curso de Inglés, igual que todo lo que ella estudiaba, estaba tirado.

Sin decir palabra, Jenny se levantó y se fue. Yo me senté y abrí el libro de Inglés sobre la mesa. En realidad no teníamos nada que hacer, sólo se lo había dicho para quitármela de encima. Pero quería repetir unas cuantas palabras. Últimamente tenía aspiraciones y aprender me resultaba divertido. Quizá era porque el viaje estaba cerca. ¿Se mostraría Bobby impresionado si lograba hablar con fluidez con los londinenses?

Antes yo era muy poco exigente, algunas palabras me sonaban ligeramente y de otras no me acordaba. Pasaba igual que con el *jogging*: con entrenamiento, una se volvía cada vez mejor.

Ya me había aprendido unas cuantas lecciones. Ahora, con perseverancia, me lo sabía casi todo. La señorita Strang también se había dado cuenta de que me esforzaba más y me había elogiado delante de toda la clase. En el último trabajo me había puesto un nueve alto. Por desgracia había tenido un par de faltas por descuido; si no, habría sacado un diez. Naturalmente, Tania hizo un comentario sarcástico: «Ahora se ha ido con los pelotas».

Pero esta vez no había logrado enfadarme. Sabía que me tenía envidia. Ella sólo había sacado un notable bajo. ¿Por qué no iba a usar mis capacidades? Si quería, aún podía ser mucho mejor. ¡Se lo demostraría a todos!

Estaba totalmente hundida en mi libro cuando de pronto Jenny apareció en la puerta, seguida de mamá. Estaba hecha un demonio y empezó a gritarme de inmediato:

—¿Es que te has vuelto loca del todo? ¿Cómo pue-

des contar semejantes mentiras a Jenny? ¿Puedes explicarme qué significa todo esto?

Puse el dedo en el libro de Inglés y lo cerré.

—No os he oído llamar a la puerta. ¡Estoy estudiando!

—Oh, cinco minutos de descanso no te matarán.

Mamá se plantó delante de mi mesa. Pocas veces la había visto tan furiosa. Echaba sapos y culebras por la boca. Mientras hablaba, me recordó una película de monstruos y dragones.

—¡No sé cómo se te han ocurrido semejantes desvaríos! Seguro que la culpa es de tu estúpida dieta de adelgazamiento. ¡No me extraña que tengas alucinaciones, con lo poco que comes!

—¿Querías hacer el favor de decirme de qué estás hablando? —pregunté distante.

Mamá gesticuló con ambas manos.

—Eso de que papá tiene una amiguita...

—¡Ah! —respondí con tranquilidad, apoyando la espalda en el asiento—. ¿Te lo ha dicho por fin?

Entonces me dio una bofetada. Nunca lo había hecho antes, y me quedé totalmente sorprendida. Mamá también, se lo noté.

Me ardía la mejilla, pero no sentí ningún dolor. Tampoco sentí ira, sólo una terrible claridad. Una claridad que me hizo fuerte.

—¿No ibais antes a las manifestaciones, papá y tú? —pregunté con ironía—. «Violencia no», y todas esas cosas... Cómo cambian los tiempos.

Ahora el dragón se había quedado sin palabras. Sólo susurraba.

—Miriam —dijo mamá—, ¿qué te está pasando? Has cambiado tanto que me das miedo. ¿Estás tomando drogas, o algo así?

Miré por la ventana del desván y no respondí.

*El mayor Tom me citó otra vez para mantener una conversación en su despacho. Yo no tenía el menor deseo de charlar con él. Su longitud de onda no era la mía. Pero era mi jefe, y su voz tenía gran influencia en la Federación Estelar. Mis magníficas prestaciones habían suscitado la sospecha del mayor Tom. No le convencía nada que fuera tan buena. Se paseó nervioso a mi alrededor. Por fin, estalló:*

—¿Qué pasa con usted, Miriam? ¿Está tomando drogas?

*Me hubiera gustado echarme a reír, tan absurda me resultó su pregunta.*

—Siempre nos hemos entendido bien —se apaciguó mamá—. Si tienes dificultades, puedes decírmelo tranquilamente.

¡Ajá, ahora venía esa parte!

Claro, si me adaptaba y hacía lo que mamá quería, no habría problemas. ¡Si comía muy obediente mi pizza, no me resistía y, ¡por el amor de Dios!, no manifestaba ninguna crítica contra papá, habría paz, alegría y bizcochos!

¡Qué escenario de embustes! Tuve la sensación de ir a vomitar de un momento a otro. Como no le seguía la corriente, ella pensaba que era una drogadicta.

Furiosa, me subí las mangas y le puse los brazos delante de la cara.

—¿Quieres saberlo? —le grité—. ¡Busca los pinchazos, búscalos! ¿De verdad crees que estoy colgada de la aguja? ¿Piensas eso de mí? Pues siento tener que decepcionarte.

Mamá no miró mis brazos, pero Jenny, la fisgona, señaló con el dedo las picaduras de mosquito que tenía.

—¿Y esto?

—Heroína, naturalmente —le increpé.

Curiosamente, mamá se puso de mi parte.

—¡Deja en paz a Miriam! Será mejor que vayas abajo, Jenny.

Jenny titubeó, pero se fue.

—Apuesto a que está escuchando detrás de la puerta —me burlé.

Mamá fue a mirar.

—Se ha ido —dijo, y volvió conmigo.

Yo había abierto mi libro de Inglés otra vez.

—¿Puedo seguir estudiando? —pregunté con frialdad.

—Oh, Miriam, ¿qué es lo que te pasa? —mamá suspiró y se sentó en mi cama—. Te estás volviendo terca. De verdad, me preocupas.

Mientras mamá hablaba con mi espalda, yo miraba por la ventana del desván. El cielo tenía unos surcos rojos.

*En Orquídea el crepúsculo llegaba pronto. Era siempre un espléndido juego de colores..., mucho más hermoso que en la Tierra. Por las noches veía en el cielo dos lunas que crecían y menguaban alternativamente.*

*Las bauticé La Belle y Noel. La Belle era la más grande.*

—Sencillamente ya no te comprendo —continuó mamá—. Y siempre habíamos sido como amigas, ¿no?

¡Amigas! ¿Se había olvidado mamá de que tenía veintisiete años más que yo? Mamá, mi hermana mayor. No, gracias. Nuestros intereses eran totalmente distintos.

—¿Mal de amores? —indagó mamá.

¡Mal de amores! Como si alguien fuera a mirarme mientras estuviera así de gorda. Además..., si el amor significaba sólo ese manoseo, podía renunciar a él. Con Jens me había bastado.

—No, no tengo mal de amores —expliqué con des-  
caro.

—¿Entonces, tal vez problemas de dinero?

—No tengo nada en contra de que en adelante me subas la asignación.

Mamá suspiró.

—Si vuelves a ser más dulce, encantada.

—¡Más dulce! —resoplé despreciativa.

—¡Ay, Miriam!, siempre has sido una persona alegre, equilibrada. Últimamente pareces, bueno, como amargada.

—Qué pena que ya no puedas servirme de modelo.

—De acuerdo —la voz de mamá sonó fría—. No quieres hablar conmigo, entendido.

—Has tardado bastante.

—¡Ya me voy! —mamá se puso en pie y salió, ofendida.

¡Plaf! La puerta se cerró. Mamá sabía hacer tanto ruido con las puertas como yo.  
¡Otro maldito parecido!

## Capítulo siete

El día que empezó el viaje, pesaba cuarenta y nueve kilos, trescientos gramos. No sólo lo había conseguido, sino que pesaba menos de lo previsto. En realidad eso hubiera debido alegrarme, si mamá no se hubiera puesto tan nerviosa. Se comportaba como si fuera mi primer viaje.

—¿Lo has guardado todo? —me preguntó mientras me llevaba al colegio—. ¡Llama cuando llegues! ¿Has cogido la cartilla de vacunaciones? Estás vacunada contra el tétanos.

—Sí, y también contra el sarampión y las paperas —le tomé el pelo—. Pero quizá coja la varicela o me maree. O quizá el *ferry* naufrague.

—Eso no se dice ni en broma —bufó mamá—. ¿Llevas compresas, para cuando te venga el período? ¿Pañuelos de papel? ¿Pasta de dientes?

—Sí, sí, sí.

Por fin llegamos al aparcamiento. Ahí estaba mi clase, entre maletas y mochilas. Padres y madres preocupados revoloteaban por allí. Bueno, al menos mi madre no era una excepción. La señorita Strang y el señor Wertlich mantenían la calma, se lo tomaban todo a broma, hacían chistes.

Ah, Bobby. Le eché un vistazo sin llamar la atención. Una semana entera cerca de ti. Mi corazón brincaba y mi pecho se estrechaba. Tal vez era culpa de mi nuevo sujetador. El día anterior me había comprado uno de la talla A, porque los de la B claramente me quedaban demasiado grandes. Al probármelo todo había ido bien, pero ahora esa maldita coraza me apretaba. Daba igual. ¡Estaba mucho más delgada y me sentía bien, bien, bien!

—¿Qué, Miriam, nerviosa?

Cielos, Bobby se había fijado en mí y me estaba hablando. ¡Guau!, me temblaron las rodillas. Claro que estaba nerviosa, más por él que por el viaje.

—Seguro que Londres es interesantísimo —dijo mamá, porque yo fui incapaz de contestar.

Luego pinchó a Bobby con que si estábamos asegurados, qué pasaría si alguien enfermaba y todo eso. Me resultaba tan penoso... Menuda impresión se llevaría Bobby. ¡La madre de Miriam, experta en sacarte de quicio!

Por suerte ya venía el autocar. El conductor bajó, se presentó brevemente, nos contó que el autocar tenía servicios y nevera, y empezamos a cargar maletas y mochilas. Bobby me cogió la pesada bolsa de viaje,

y nuestras manos se rozaron. Fue espléndido, aunque mamá seguía junto a mí. ¿Por qué no se iba? Ya no tenía nada que hacer aquí. Pero yo sabía que iba a quedarse hasta que nos fuéramos y que me diría adiós con la mano, como estaba mandado.

Por desgracia, hasta ese momento tuve que oír sus consejos. Al final, la interrumpí:

—No, mamá, no me dejaré encerrar en la Torre de Londres —me burlé—. No me caeré al Támesis y tampoco subiré trepando al Big Ben.

—Sobre todo, come en condiciones —dijo mamá—. Llevas dinero suficiente. No ahorres en eso. Y piensa...

Gracias a Dios, ya podíamos subir. Me senté al lado de la ventanilla, bastante adelante, para tener una buena vista de Bobby. Mamá sacó un pañuelo. Dios mío, qué embarazoso, estaba reprimiendo unas lágrimas. Y todavía ayer estaba gritándome que se alegraba de no tener que verme durante una semana. La verdad es que llamaba la atención con cuánta frecuencia discutíamos en los últimos tiempos, y bastante alto. Antes yo sólo me peleaba así con Jenny.

Todos estaban en sus asientos. La señorita Strang controló la lista: «Están todos, bien». Silke no venía, ni siquiera se había apuntado para el viaje. Nadie sabía del todo por qué. Había algunos que decían que Silke estaba enferma, en algún momento sonó incluso la palabra *cáncer*. Yo no lo creía. En cuanto alguien no seguía la corriente siempre se oían rumores tremendistas.

Mamá estaba diciéndome algo, pero no la entendí a través del cristal.

—Saludaré a la reina de tu parte —grité—. ¡Y le traeré a la abuela unas cuantas novelas firmadas por Barbara Cartland, si puedo conseguirlas!

Mamá se señaló los oídos, tampoco ella entendía nada. ¡Bueno, daba igual! Hice un par de muecas y dije adiós con la mano. Al fin el autocar arrancó. Me recliné en mi asiento y respiré.

El asiento de mi lado estaba vacío, pero no me importó. Al contrario. No hubiera soportado que alguien me martilleara los oídos durante todo el viaje. Saqué un chicle de la mochila y me lo metí en la boca. Me había aficionado al chicle porque había observado que, cuando llevaba mucho tiempo sin comer, me olía mal el aliento. El chicle ayudaba. Luego me puse los cascos y encendí mi *walkman*.

Pronto estuvimos en la autopista, al principio en dirección Norte. Durante la noche atravesaríamos Bélgica y cogeríamos el transbordador a la mañana siguiente.

Era un largo viaje, y pronto me entró sueño. Ese mediodía había corrido dos horas por el parque, con un calor de mil diablos. Naturalmente, mamá había vuelto a refunfuñar. Que si no podía interrumpir por una vez mi programa de entrenamiento, y esas cosas. Pero no sabía si podría correr en Londres, y quería aprovechar la última oportunidad. ¡Sería horrible que volviera a engordar ahora!

Me pasé la mano por el vientre. Me resultó tan gordo y flojo como siempre. ¡Y eso, pesando menos de cincuenta kilos!

Empecé a sudar. Me había equivocado. Cincuenta



kilos aún eran demasiados. ¡Me había puesto el listón demasiado bajo!

Metí tripa y palpé una hueca cavidad. Así es como tendría que ser, así estaría bien. No ha servido de nada, hay que quitarse otros cinco kilos. Si pesara cuarenta y cinco, mi estúpida barriga desaparecería y los sujetadores de la talla A no me apretarían tanto.

No podía ser cierto, una hora después de salir ya había gente que empezaba a sacar sus provisiones. Y acababan de cenar. ¡Era increíble lo tragona que era esta banda! Tania estaba tomándose un yogur, de leche entera con frutas, y naturalmente con azúcar. Ojalá engordara como una vaca. Daniela le compró una Coca-Cola al conductor. Ciento cincuenta calorías al colete. Yo sonreía para mis adentros. ¡Mujeres ignorantes!

No me gustó nada tener que estar sentada tanto tiempo.

Por Dios, sentada sólo se consumían treinta y seis calorías por hora. Y el viaje a Londres duraba aproximadamente dieciocho horas. Debía tener cuidado si no quería llegar hecha una bola.

Fui al servicio e hice treinta flexiones a escondidas. No era fácil, en ese espacio tan pequeño. Hubiera querido hacer cincuenta, pero alguien estaba llamando a la puerta.

—¡Date prisa, es una emergencia!

Naturalmente, era Iris. A mí me caía bien, porque iba de marginal. La mayoría de las veces vestía una ropa completamente extravagante. Para el viaje a Londres se había puesto mechas de colores chillones. Era como si llevara un arco iris en la cabeza.

—¡Ey, Miriam! —Iris sonrió—. Es muy urgente, de veras. Me he mareado.

Cuando volví a mi asiento, Félix estaba repartiendo chocolate. Se dejó caer a mi lado y me dirigió una sonrisa.

—¿Quieres?

Negué con la cabeza.

—Sabía que volverías a darme calabazas —suspiró Félix, agachando la cabeza—. Y eso que he guardado el mejor trozo para ti. ¿Por qué no te gusta el chocolate? ¿Te salen espinillas?

—Tengo alergia a la leche —mentí.

Si le contaba a Félix que tenía miedo a engordar, empezaría con las frases habituales: «Qué tontería, tú no estás gorda. No pasa nada por un trozo de chocolate». No tenía paciencia para eso.

—¿Y una gominola?

Félix sacó una bolsita del bolsillo del pantalón.

Volví a rechazar su oferta.

—Ajá, ya sé —murmuró Félix—. Alergia a la gelatina.

—Exacto.

¡Que pensara lo que quisiera!

—Quizá prefieras caramelos —Félix buscó en el otro bolsillo del pantalón.

—¡Por el amor de Dios! —se me escapó.

Entonces me di cuenta de que Félix me estaba tomando el pelo, y me eché a reír. No me podía enfadar con él.

—¿Es que no llevas más que golosinas en la mochila? —me burlé.

—Por desgracia no —se quejó Félix—. También llevo unos cuantos calcetines y calzoncillos.

—No los confundas durante la noche.

—Tranquila —Félix me miró—. No se lo cuentes a nadie, pero soy adicto al chocolate.

—Tonterías.

—No, te lo juro. Me consuela. Cuando hay bronca o saco una mala nota... Pum, me zampo una barrita. A veces una tableta entera. No todos los días, pero una vez por semana seguro que sí.

Me encogí de hombros. ¿Me estaba contando historias? Félix estaba flaco como una judía.

—No es sólo chocolate —siguió diciendo—. Creo que la última vez que comí algo decente fue hace tres años. Mi madre trabaja y cuando vuelvo del colegio no me apetece cocinar. Así que simplemente abro una bolsa de patatas y listo. A veces también como una pizza o *panchitos*. Seguro que a la larga hace daño. Un día me caeré muerto, así de fácil. Y en mi lápida dirá: «Murió por falta de vitaminas».

¿Por qué me contaba todo eso? No sabía qué decirle. Podía contarle cuántas calorías tenían las patatas fritas o los *panchitos*. Pero Félix no esperaba ninguna respuesta.

—Mi viejo puso pies en polvorosa hace tres años. Ahora vive en algún sitio de Munich y se está matando lentamente con la bebida. En Navidad y para mi cumpleaños envía una tarjeta, eso es todo.

—¿No vas a visitarle nunca?

—¿Crees que me apetece dormir debajo de un puente del Isar?

Sonaba duro.

—¿Tan grave es? —pregunté.

—Ni idea —confesó Félix—. No sé casi nada de él. Sólo que está en el paro y que no paga un solo duro por mí.

Se arrellanó en el asiento. Al parecer quería acomodarse ahí para las próximas horas. No me apeteecía nada. No es que temiera sus ofertas (patatas, bombones, cacahuetes), sino que prefería estar sola. Podía contemplar la nuca de Bobby y soñar para mis adentros. Félix me molestaba.

Pero no dio señales de irse, sino que me indicó el *walkman*.

—¿Qué estás oyendo?

—Oh, varias cosas.

Qué tontería, me sonrojé.

—Ahora mismo lo que más me gusta es una canción de Peter Schilling. *Totalmente libre*. No la conocerás, es un poco antigua.

—Conozco la versión *tecno* —dijo Félix.

—No la he oído nunca.

—La tengo en casete. Te la puedo grabar un día, si quieres.

—Vale.

«¡Ahora lárgate de una vez! ¡Bobby está hablando con la señorita Strang y quisiera saber de qué!»

Félix no se movió. Estaba clavado al asiento.

—¿Es cierto que te gusta leer ciencia ficción? —preguntó.

Me sentí atrapada.

—¿Tienes algo en contra? —sonó más abrupto de lo que pretendía.

—Qué va. Es que a lo mejor puedes recomendarme algo. A mí también me gusta. Pero hay mucha basura. Hace poco me pasó. Una buena cubierta, un texto de solapa interesante. Así que me lo compro y aflojo casi dos mil por él. Y en casa me doy cuenta de que es una birria de historia.

Le propuse los *Diarios estelares* de Stanislav Lem, que él aún no conocía. Nos pusimos a charlar y hablamos de todo lo imaginable, de historias de Arthur C. Clarke, Isaac Asimov o Ray Bradbury. Teníamos más o menos el mismo gusto.

Félix me preguntó si le prestaría algunos libros. Claro que lo haría. Le conté también que mi padre tenía una colección de ciencia ficción bastante completa.

La verdad es que era estupendo charlar con Félix, pero entonces vi que Bobby venía por el pasillo. Mi corazón empezó a latir enloquecido. Estaba con la cabeza en otra parte y no di a Félix más que respuestas idiotas.

—Perdona, ya me doy cuenta de que te pongo nerviosa —murmuró Félix—. Está bien, me marchó. Pero volveré si me lo pides.

Así que se marchó y se fue atrás, con Volkmar y Tobias, que se habían acomodado en la última fila.

Bobby iba de fila en fila, preguntando si todos estábamos bien. Por fin llegó hasta mí. Casi me faltaba el aire, de pura emoción.

—Bueno, Miriam, ¿cómo va eso? Estás pálida, ¿te encuentras mal? Dilo con tiempo, ¿vale? ¿O quieres que te dé una bolsa ahora mismo?

Negué con la cabeza.

—Estoy bien —dije con voz ronca, mirándole a los ojos.

No pude decir nada razonable. ¿Sospechaba él cuánto me gustaba? En torno a sus ojos había patitas de gallo. Me llegó el olor de su loción de afeitado y estuve a punto de desmayarme. ¿Por qué ese momento no podía durar eternamente?

Bobby pasó a la fila siguiente, pero antes me sonrió. Sentí calor en torno al corazón, fui feliz. Una sonrisa sólo para mí. Bobby, Bobby, Bobby.

Me recliné en el asiento, me puse los cascos y cerré los ojos. Orquídea sería mejor si no estuviese totalmente desierto.

*Me había equivocado. No era el único ser humano en Orquídea.*

*Una semana después de aterrizar en Orquídea descubrí una cabaña en la espesura. El corazón me latía aceleradamente. ¿Quién o qué vivía en esa cabaña? ¿Por qué mis instrumentos no habían indicado ninguna forma de vida parecida a la humana? ¿Tendría ese habitante un sistema de protección mejor que el mío? ¡Enigma tras enigma!*

*Primero observé la cabaña desde lejos, con una mano siempre en mi pistola de rayos. Nada se movía. O el habitante dormía aún o se había marchado a buscar alimento o investigar la zona.*

*Cuando llevaba media hora esperando, la curiosidad superó el miedo. Me deslicé hasta la cabaña y empujé con cuidado la puerta. No estaba cerrada.*

*Entré. En seguida llamó mi atención el olor dulzón*

*que flotaba en el aire. ¡Loción para después del afeitado! ¡Un humano, un hombre! Mi primer impulso fue huir. Me había sentido tan segura en Orquídea. Había sido mi planeta, yo le había dado un nombre. Ahora me veía obligada a aceptar que otro había llegado antes que yo.*

*¿Pero quién? ¿Quién había construido esa cabaña? ¿Y qué hacía en este planeta? ¿De dónde venía el desconocido? Una oscura intuición me reveló que tenía que proceder de la Tierra...*

*Cautelosamente, examiné la choza. Quizá encontrara algo que me diera una pista sobre su identidad. Esa gran cómoda de madera... ¿Qué ocultaba? Abrí el cajón de más arriba. ¡Diana!*

*Debajo de un montón de ropa, había una tarjeta intergaláctica de identificación, con su nombre y una fotografía digital. Mostraba a un hombre muy atractivo. Se llamaba Robert Wertlich. Metí la tarjeta en mi descodificador, para saber más. Robert tenía veintiocho años y procedía de la Tierra. La tarjeta me informó acerca de su vida. Infancia, educación, profesión. Toda clase de distinciones. Luego, el punto de inflexión: se vio envuelto en un feo asunto de espionaje. Robert fue llevado ante los tribunales y hallado culpable. Se le condenó a abandonar la Tierra para no volver jamás.*

*—¿Sabe ya suficiente? —preguntó una voz.*

*Asustada, dejé caer el descodificador y me volví. En la puerta había un hombre, apuntándome con una pistola de rayos.*

*—¿Quién es usted y qué hace en mi cabaña?*

Alguien estaba sacudiéndome:

—¡Vamos, Miriam, parada para ir al servicio!

Me había quedado dormida. Fuera estaba oscuro. El autocar estaba parado en un área de descanso. Cuando bajé, me mareé y tuve que agarrarme a Iris.

—Pronto estaremos en la frontera belga —dijo alguien.

—¿Qué te pasa, Miriam, has perdido el equilibrio? —preguntó Iris.

Oía su voz como si hablara a través de algodón.

—En seguida estaré bien —murmuré—. Me he quedado dormida y la circulación me está jugando una mala pasada.

—Respira hondo —me aconsejó Iris, dándome unas palmaditas en la espalda.

Últimamente me mareaba con frecuencia, al levantarme por la mañana o cuando me agachaba. Apenas duraba unos segundos.

También ahora me recobré en seguida. O eso pensaba, al menos. En el baño volví a marearme, y tuve que luchar durante unos minutos contra las náuseas. Tenía arcadas, aunque hacía horas que no había comido nada. Probablemente no soportaba bien el largo viaje en autocar.

—Parece que estés a punto de caerte —dijo Michelle, preocupada.

Estaba peinándose ante el espejo.

—Tonterías —mentí.

Pero yo misma me asusté al mirarme al espejo. Parecía un cadáver, pálida, con surcos oscuros debajo de los ojos.

Saqué mis cosas de maquillaje, me tapé los surcos y me di un poco de carmín. En realidad era una idiotez, porque de todas formas el autocar estaba bastante oscuro.

Cuando salí, unos cuantos habían comprado patatas fritas recién hechas. El olor me llegó y, de pronto, sentí un hambre horrible, aunque hacía mucho que no comía patatas fritas. Cien gramos de patatas fritas tenían casi trescientas calorías, la mitad que el chocolate.

La verdad es que me había propuesto correr un par de vueltas por el aparcamiento, pero no me encontraba con fuerzas para hacerlo. Aunque la noche era bastante calurosa, estaba helada. Saqué de una máquina una botella de agua mineral. Después de bebérmela me sentí mejor, y también se esfumó la tonta sensación de hambre. Solamente tenía un sabor insípido en la boca, pero sabía que podría quitármelo fácilmente con un chicle.

Iris coqueteaba con un joven camionero, intercambiando números de teléfono. Él quería invitarla a comer algo, pero no había tiempo para eso. Volkmar estaba en un rincón, zampándose una salchicha con *curry*. ¡Típico! Creo que ese tragón no conocía la palabra *régimen*.

La señorita Strang y Bobby tomaban un helado. Pensé convulsivamente que tenía que ir hacia Bobby y preguntarle algo, pero no se me ocurría nada. Así que me limité a observarlos desde lejos. A mi lado estaban Ania, Tania y Michelle, charlando sobre enfermedades. Sólo cuando escuché con más atención descubrí que estaban hablando de Silke.

—Quizá tiene miedo a que no la atiendan bien en el extranjero.

—Da lástima.

—Con una semana en Londres, seguro que se hubiera distraído.

—Puede que el tratamiento sea muy caro y a sus padres no les haya quedado dinero para el viaje a Londres —conjeturó Michelle.

Entonces me vieron y la conversación se interrumpió. Cualquiera diría que yo era amiga de Silke. Y no tenía nada que ver con ella.

—¿Qué le pasa a Silke? —pregunté.

—No lo sabemos exactamente —respondió Michelle—. Pero parece algo grave. No sabemos si volverá al colegio después del verano.

La verdad es que eso no sonaba nada bien.

—Vamos, seguro que sí —dijo Tania—. La medicina ha avanzado mucho. Además, tú siempre exageras, Michelle. ¡Te van a poner la medalla de los pesimistas!

—Y a ti te pondrán la de las frases idiotas —replicó Michelle.

Entonces Bobby se acercó a nosotras. Menos mal que estaba oscuro. ¡Seguro que había vuelto a ruborizarme!

—Bueno, ¿están listas sus señorías? —preguntó alegremente—. ¿Podemos seguir?

Podíamos. Media hora después llegamos a la frontera belga, donde hicimos una breve parada. Luego el autocar continuó.

Eché el asiento hacia atrás, porque tenía sueño y me dolía el estómago. El agua chapoteaba dentro de él.

Quizá no debía haberme bebido la botella tan deprisa. Intenté relajarme y volver a soñar con Orquídea, pero esta vez no lo conseguí. No estaba físicamente cansada, me faltaba la gimnasia vespertina. Hubiera debido correr un poquito por el aparcamiento, pero ahora era demasiado tarde.

Con los ojos entrecerrados, observé las luces pasar ante mí. Claro, oscuro, claro, oscuro... La continua alternancia casi me hipnotizó. Entre tanto, media clase dormitaba y los otros charlaban en voz baja. De vez en cuando oía la risa de Iris o de Tania. Incluso Bobby parecía dormir. Me imaginé cómo sería estar sentada a su lado. Su cabeza se deslizaría cada vez más hacia la mía, y al final su cabello terminaría por hacerme cosquillas en la cara...

Suspiré ligeramente y me apreté la mano contra el vientre gorgoteante.

«Cosa gorda, cosa grasienta, ¡cálmate de una vez! ¿Quieres que te oiga hasta el conductor?»

Desde que tomaba pastillas laxantes, solía tener flatos. ¡Pero era mejor eso que engordar! Comía menos de mil calorías diarias y, si no podía ir al baño en todo el día, no adelgazaba ni un gramo. Por suerte, encontré las pastillas en el botiquín. Contribuyeron a que mi peso fuera bajando. En alguna ocasión a mamá también le habían recetado inhibidores del apetito y los había metido en el botiquín. Seguro que no los echaba de menos; puede que ni se acordara.

Hacía mucho que mi cuerpo se había acostumbrado. Se las arreglaba con poco alimento. La mayoría de las veces ni siquiera tenía hambre. Sólo de vez en cuando

se me hacía duro. Entonces me imaginaba todo lo que iba a comer cuando estuviera delgada. Y cuando nada servía de ayuda y por las noches no podía dormir de hambre y dolor de estómago, tomaba uno de los inhibidores del apetito. Pero eso ocurría pocas veces. Tenía demasiado miedo a que las pastillas pudieran hacerme engordar. En ninguna parte del envase decía cuántas calorías tenía una pastilla. ¡Y quién sabe lo que habían metido en ellas!

Viajamos toda la noche. Yo no pude dormir, aunque lo intenté. El viaje, tan largo, me produjo dolor de cabeza, y me ardían los ojos. Me dolía tanto el estómago que casi no podía soportarlo. En mi angustia, tomé un trocito de chocolatina, pero no me sirvió de mucho. Me encontraba fatal, tenía frío y sudaba alternativamente. Por fin se hizo de día y nos detuvimos para desayunar. El transbordador para Inglaterra salía a las diez; aún teníamos tiempo.

Fuimos a una panadería en la que había cruasanes recién hechos. Los otros se lanzaron sobre ellos como una turba hambrienta.

—¿No quieres un cruasán, Miriam? —me preguntó la señorita Strang.

—No gracias.

Seguía sintiéndome mal y me puse aún peor al oler los cruasanes. Le pedí a la señorita Strang una pastilla para el dolor de estómago. Revolvió en su bolso y sacó una cajita.

Meforcé a sonreír.

—Están realmente preparados para cualquier eventualidad.

La señorita Strang me devolvió la sonrisa.

—Bueno, en un viaje así hay que preverlo todo. De todas formas, si tienes con frecuencia dolor de estómago deberías ir al médico. Con esas cosas no se bromea. No me gusta nada que en los últimos tiempos hayas adelgazado tanto.

¡Maldita sea, a mí sí me gustaba! Me puse furiosa. ¡Que se ahorrara sus comentarios! Me irritó sobre todo que lo hubiera dicho tan alto. A su lado, Bobby había oído cada palabra.

—Sí, la verdad es que te has quedado bastante delgada —terció.

Mientras lo decía, me miró con tanta amabilidad que me quedé simplemente sin palabras y no pude responder nada. Después, en el autocar, me pregunté mil veces con qué intención lo había dicho. ¿Me encontraba de veras delgada? Sin embargo, yo aún estaba muy gorda. Menuda burla. ¿Y si lo había dicho irónicamente? «¡Esa foca podría adelgazar un poco!» ¿Era eso lo que había pensado en realidad?

¡Pero esa mirada! Había sido para mí, para mí sola. Hubiera podido mirarle a los ojos durante horas. Nadie tenía unos ojos tan bellos como él.

La pastilla para el estómago hizo su efecto, el dolor desapareció y me quedé adormilada. Cuando el autocar paró y tuvimos que bajar, estaba completamente aturdida.

El autocar subió al transbordador antes que nosotros; me recordó una gigantesca boca. Esa cosa devoradora lo engullía todo, lo mismo coches que personas. Desde el principio había sentido una repugnancia

instintiva contra el transbordador. Dentro todo era precioso: mesas, asientos, las pequeñas tiendas... Pero el suelo subía y bajaba, lo noté incluso cuando me aferré a mi asiento. Si cerraba los ojos, aún era peor. Los otros salieron y miraron el mar. Yo aguanté poco tiempo en cubierta.

A Félix le pasó lo mismo que a mí. Tenía el rostro completamente verde.

Nos acurrucamos en un rincón y nos compadecimos el uno del otro.

—Me mareo con ver un vapor en el Rhin —se burló Félix—. Si hubiera sabido que aquí se pasaba tan mal, me lo hubiera pensado antes de venir, en serio.

—¿Se mareará uno también en las naves espaciales? —reflexioné.

—Mareo espacial —dijo Félix—. Creo que resultaríamos unos astronautas lamentables.

—Quizá no —murmuré.

No quería saberlo con exactitud. Hubiera destruido mis sueños. Y eso sí que no quería perderlo en modo alguno.

Tobías y Volkmar vinieron a nuestra mesa a preguntarnos si jugábamos a las cartas. Hace años jugaba con papá, pero había olvidado la mayoría de las reglas. Félix me ayudó, y después de un par de partidas volvía a estar al tanto. Por lo menos el juego me distraía de las náuseas. Entonces vino Bobby, miró por encima de mi hombro y no tardé en hacer un par de malas jugadas.

—¿Quiere usted jugar, señor Wertlich? —le preguntó Tobías.

Bobby negó con la cabeza.

—Prefiero mirar. No temas, Miriam, no diré qué cartas llevas.

¿Eran imaginaciones mías, o me había guiñado un ojo? De pronto, sentí una oleada de calor. El temblor de mis manos resultaba horriblemente embarazoso. Junté las cartas y volví a desplegarlas para ocultarlo.

—Por si el *ferry* zozobra... ¿Sabéis dónde están los chalecos salvavidas? —preguntó Bobby.

En ese momento el suelo volvió a levantarse y bajar. Fui presa del pánico. Se me cayeron las cartas. Cuando me incliné a recogerlas, todo a mi alrededor se volvió negro y caí en un agujero sin fondo.

## Capítulo ocho

*T*otalmente ingrávida. Flotaba. Mi peso se había quedado en la Tierra, estaba libre de todo lastre. Ahora no pesaba nada, mi cuerpo era una cáscara llena de aire, ligero, ligero, ligero, y así me desplazaba en el espacio.

*Me sentía tan infinitamente bien.*

*Negro, negro, negro, y en medio, fulgor de estrellas. Yo era parte de eso. Aquí estaba mi meta y mi sueño, mi nostalgia, mi dicha. Ahora era eterna.*

*¿De dónde venían las voces?*

*¿Quién hablaba?*

*¿Mis examinadores? ¿Mis guardianes?*

*—Tiene la enfermedad del espacio —dijo alguien.*

*Me sobresalté y tuve un miedo terrible a suspender.*

¡Cielos, qué escándalo estaban armando a mi alrededor! ¡Y sólo porque me había desmayado durante unos segundos!

Fuera como fuese, había ocurrido lo que tantas veces había soñado: ¡había estado en brazos de Bobby!

¡Qué triunfo! ¡Qué goce! ¡Qué dicha!

Lo único malo era que no me había enterado de ello. Él se había limitado a agarrarme para que no me cayera al suelo. Luego, los chicos se habían ocupado de mí...: poner a la inconsciente en la posición correcta, para que la sangre le llegue al cerebro. Cabeza abajo, piernas arriba, todo el numerito.

Y rápidamente, demasiado rápido, volví a saber quién era y dónde estaba: ¡era Miriam Peters, me encontraba en el maldito *ferry* hacia Inglaterra y los demás no dejaban de hacerme preguntas idiotas!

¿Cuándo había comido por última vez?

¿Me desmayaba con frecuencia?

¿Me faltaba hierro en la sangre?

¿Había que llamar a un médico?

—Estoy bien —afirmé, y ni siquiera estaba mintiendo—. Sólo me he dado un susto porque pensé que el *ferry* estaba zozobrando realmente.

—Lo siento —dijo Bobby, poniendo cara de pena.

Estaba dulcísimo en aquel momento. Hubiera querido gritar que todo ese teatro había merecido la pena. ¡Ah, Bobby, en tus brazos por un breve instante!

Pero de pronto todo el romanticismo acabó. De algún sitio salió un enfermero. Me auscultó y me tomó la tensión, con una cara tan seria como si mi vida dependiera de él. Probablemente estaba decepcionado por encontrarme tan sana. Lo siento, todo es absolutamente normal.

La tensión un poquito baja.

No hay razones para preocuparse.

Me preguntó si era sensible a los cambios de tiempo.

Yo asentí:

—*Yes, very much.*

—El tiempo está cambiando —respondió él, señalando hacia el techo.

Cerró el maletín y volvió a señalar hacia arriba. Miré donde indicaba su dedo índice, como si realmente hubiera algo interesante en el techo.

—*The wheater, yes, I know.*

Luego se fue de una vez.

Bobby me invitó a un café. En realidad, tenía que sentirme totalmente feliz. ¿No era lo que siempre había deseado? Pero insistió en que lo tomara con leche y azúcar, y también tomé tres chocolatinas de las que había comprado.

—Para que te vuelva a circular la sangre —sonrió Bobby.

Le devolví la sonrisa y me metí en la boca, obediente, una chocolatina tras otra. Simplemente, no se me ocurría nada que decirle a Bobby. Era del todo idiota. Había soñado mil veces con esa escena, imaginándome lo feliz que sería, pero ahora no se me ocurría nada. Un vacío total en el cerebro. Sólo era capaz de pensar en cuántas calorías tenían las chocolatinas y en que sin duda engordaría.

Bobby se dio cuenta de que, para mantener una conversación, tendría que sacármelo todo. Preguntó por mi hermana. Le conté que Jenny tenía diez años y estaba en quinto.

—Cumple años en noviembre —le expliqué—. Mis padres la metieron en el colegio un año antes, con cinco. Jenny se aburría en la guardería. A los cinco años ya sabía leer.

—Entonces sois una familia muy inteligente —dijo Bobby, divertido—. La señorita Strang me ha dicho que en los últimos meses has mejorado muchísimo en Inglés.

Su elogio me alegró, me sonrojé. Hice acopio de todo mi valor:

—Siento que usted ya no nos dé clase.

¡Uf! Lo había dicho. ¿Captaría en qué sentido lo decía?

—Yo también lo siento —dijo Bobby.

Nos miramos a los ojos, nos miramos intensamente. Seguro que un minuto, o más aún. Fue un momento mágico. Me estremecí de pies a cabeza, me parecía increíble estar sentada ahí tomando café con Bobby. Pero era cierto. ¿Me confesaría ahora Bobby su amor? Yo lo deseaba ardientemente. Anhelaba tocarle y coger su mano. Pero, por supuesto, no podía ser. Seguro que unos cuantos compañeros de clase nos estaban mirando.

—Puedes acudir a mí siempre que tengas cualquier problema —dijo Bobby.

Asentí. Tenía la garganta cerrada. Lo que estaba diciéndome me parecía maravilloso, pero al mismo tiempo estaba decepcionada, porque no era eso lo que había esperado. En ese instante la señorita Strang se sentó con nosotros y destruyó el maravilloso clima que se había creado.



—¿Ya te sientes mejor? —preguntó alegremente.

—Claro —dije.

—Tiene mucho mejor color que antes —comentó Bobby.

—Tienes que ir al médico cuando vuelvas a casa —insistió la señorita Strang—. No es normal perder el conocimiento. Ve a que te miren, promételo. ¿De acuerdo?

—Sí —murmuré, aunque no tenía la menor intención de hacerlo.

Estaba totalmente sana y lo sabía. La señorita Strang me ponía los nervios de punta. Sólo tenía miedo a que les creara problemas. Si yo iba a parar al hospital, a ella le pedirían responsabilidades. Quizá tuviera que comparecer ante una comisión de investigación. O sería interrogada por la dirección del centro. «¿Es que no se dio cuenta de que la alumna no se encontraba bien? ¿Cómo dejó que las cosas llegaran tan lejos? ¿Por qué no hizo nada para evitarlo?»

Oh, me encantaría que le echaran la bronca a la señorita Strang. Por algún motivo, cada vez la soportaba menos; posiblemente porque se pegaba tanto a Bobby. Durante el viaje, eso me había llamado la atención. Siempre tenía un pretexto para preguntarle algo. Seguro que le había echado el ojo. ¿Cómo podía yo evitar que le persiguiera de ese modo?

Qué idiota. Yo creía que tenía una pareja estable. Por lo menos, a la última fiesta de Navidad había venido con un novio, muy solemne, él de traje oscuro y ella con un vestido de seda azul turquesa. Tal vez no era más que su hermano, maldición. O era su novio,

pero habían terminado. O jugaba a dos barajas, ocasionalmente o por costumbre. Quizá era una devoradora de hombres, ¿quién sabe?

Desde que ella se había sentado a la mesa, Bobby resultaba mucho más impersonal. El lazo mágico entre nosotros se había roto. Yo era una alumna, nada más.

—¿Otra chocolatina? —preguntó la señorita Strang, empujando la caja hacia mí.

La rechacé con un gesto.

—Estoy llenísima, en serio.

—Bueno, no será por las tres chocolatinas —dijo Bobby frunciendo el ceño.

No tenía sentido decirle que normalmente yo no comía dulces. No mientras esa lechuza estuviera sentada a la mesa aguzando el oído. Por eso, me limité a sonreírle. Él me devolvió la sonrisa, cortés y distante.

Me levanté.

—Me vuelvo con los otros —dije—. Gracias por el café.

Al empezar a andar noté que me temblaban las rodillas. Bueno, no era para sorprenderse. Bobby me hacía perder los papeles. Tenía unos ojos tan preciosos... ¡Y cómo me había mirado!

Entré al baño para pensar con tranquilidad. Cuánto me habría gustado hablar con alguien. Sobre Bobby, sobre lo que había dicho y lo que había querido decir... Ah, pero las chicas de mi clase eran demasiado idiotas. Se reirían de mí si conocieran mis sentimientos por Bobby. «Ésta se cree que Bobby se fija en ella. ¡Justo en ella, la tonta de Miriam, la foca!»

Oh, no, nadie debía descubrir mi amor por Bobby. Delante de los otros tenía que aparentar que me era completamente indiferente. Suponiendo que llegáramos a más, Bobby tendría serias dificultades si nuestra relación se hiciese pública. Podría ser trasladado a otro centro.

El corazón me latía apresurado mientras pensaba en eso. ¿Quería yo que llegáramos a más?

¡Diablos, sí!

Me toqué los hombros, allá donde él me había puesto las manos. De pronto sentí un fuerte calor en el vientre. Sí, quería que me besara. Quería acariciarle, estar muy cerca de él, sólo con él, con él, con él. Todos los demás chicos me resultaban indiferentes, no hacían más que chistes tontos sobre el sexo y trataban de tocar mis monstruosos pechos.

Bobby era muy distinto. Con él podría hablar de cualquier cosa, de mis sueños y deseos. Él sería tierno y comprensivo. Si tan sólo supiera lo que sentía por mí. ¿Qué pensaba de mí? ¿Le gustaba?

Sus ojos... En realidad, antes me había mirado con auténtico amor. Volví a sentir el calor en el vientre.

¡Si no estuviera tan gorda! ¡Si pesara cuarenta y cinco kilos!

Noté que me inquietaba. Tenía que pesarme a toda costa, pero seguro que en este maldito *ferry* no había ni una báscula. ¿Pesaría menos que ayer por la tarde? No había comido casi nada. Sólo esas chocolatinas de mierda. Me entró remordimiento. ¿Por qué no había rechazado las chocolatinas?

«¡Foca idiota, has vuelto a perder el control! ¡Te has

zampado esas chucherías! ¡Seguro que has engordado, y te lo mereces!»

Me acaricié la tripa y noté un pliegue. ¡Grasa, grasa, grasa! Todos mis maravillosos sentimientos se esfumaron de golpe y me entró un frío mortal. ¿Cómo iba a resistir esos días en Londres sin una báscula? ¡No había pensado en eso! ¡No tendría ningún control! ¡Y cuando volviera a casa quizá pesaría sesenta kilos!

Me cubrí el rostro con las manos y me eché a llorar.

¡Las chocolatinas, las malditas chocolatinas! ¡No hubiera debido comérmelas en mi vida!

¡Pero sólo lo había hecho por Bobby! ¡Si las hubiera rechazado, se habría ofendido!

«¡Excusas! ¡Vaca glotona, se las habrías aceptado a cualquier otro! En realidad sólo estabas esperando la ocasión de poder engullir otra vez. ¡No tienes voluntad, eres débil, admítelo!»

¡Sólo fue por Bobby, en serio!

«¡Tonterías, tonterías, tonterías! No creo una sola palabra. Tendrías que haber cogido las chocolatinas y hacer como si fueras a comértelas. Eso habría bastado. Pero tú, foca obesa, te las has zampado. ¡Y te ha gustado, te ha gustado, te ha gustado!»

Sudaba. ¿Hubiera podido engañar a Bobby si hubiera querido? ¿Simplemente hacer como si...?

Tal vez.

Tenía que probar. ¡Era una buena idea! Si mamá volvía a agobiarme y quería obligarme a comer, no tenía que discutir con ella. Le haría un juego de manos. Ella se quedaría contenta, me dejaría en paz y yo adelgazaría de todos modos.

En seguida volví a sentirme mejor. Estaba orgullosa de mí misma. ¡Una idea magnífica! ¡Lástima que no se me hubiera ocurrido antes!

Me planté delante del espejo, me peiné y me maquillé cuidadosamente. Luego me metí un chicle en la boca y salí del baño.

Los otros decían que ya se distinguían los blancos acantilados de Dover. Así que salí a la cubierta. El *ferry* seguía subiendo y bajando, pero a mí ya no me parecía tan malo. ¡Era verdad, los blancos acantilados brillaban al sol delante de nosotros! La vista era magnífica... Como en una postal. De pronto me sentí libre y feliz. Ahora que sabía que nadie podía obligarme a comer, me había quitado de encima un peso enorme.

El fuerte viento enredó mis cabellos; era una sensación realmente agradable. Miré a un lado y descubrí a Bobby a unos metros de mí. La señorita Strang estaba a su lado y señalaba los acantilados. ¡Qué idiota, como si Bobby no pudiera verlos por sí mismo! Ya no era un niño pequeño al que hubiera que enseñarle todo.

¡Seguro que esa *carroza* le sacaba de quicio!

«Eh, Bobby, mírame, sólo una vez. Yo, Miriam, estoy aquí y te amo, ¡tienes que notarlo! ¿No percibes mis pensamientos?»

¡Dios mío, estaba mirándome! Me puse como un tomate, pero soporté su mirada y le sonreí valientemente. Me devolvió la sonrisa y gritó algo. Al principio no pude entenderle, el viento hacía demasiado ruido.

—Precioso, ¿eh? —gritó Bobby de nuevo.

—Magnífico —respondí entusiasmada.

En ese momento fui terriblemente feliz. En alguna

parte había leído que, cuando se estaba en armonía con uno mismo y con el mundo, se sentía una placidez oceánica. Ahora comprendía lo que eso significaba: un instante de plena felicidad y total armonía. Las rocas, el cielo, el mar, el transbordador y, en medio de todo eso, Bobby y yo. Todo era uno y yo formaba parte de ello.

La magia acabó demasiado deprisa. La culpa la tuvo Tania. La muy idiota pasó por delante de mí y me empujó. Se disculpó, claro, pero yo estaba convencida de que lo había hecho a propósito. Me puse furiosa, y mi magnífica sensación reventó como una pompa de jabón.

Se acabó. El mundo había vuelto a atraparme.

## Capítulo nueve

El transbordador atracó en Dover y subimos al autocar. Algunos compañeros estaban pasados de vueltas. Gritaban «¡Inglaterra, Inglaterra!» y entonaban el himno nacional, naturalmente con un texto arreglado: «*God shave the Queen...*»

El jaleo me estaba cargando. Además, el viaje empezaba a resultarme interminable. Me costaba trabajo continuar sentada. ¡Se me iba a poner el culo como una hogaza! Echaba de menos mis carreras por el parque. Correr, entrenar los músculos, quemar calorías... En vez de eso estaba encerrada en este asfixiante autocar. ¡Maldición!

Fuera, por las ventanillas, infinitas filas de casas bajas. Muy mono, pero yo no estaba de humor. Me agitaba nerviosa en mi asiento. Sentía la nueva grasa formándose en mis caderas. ¡Y no podía hacer nada para evitarlo!

Al cabo de una eternidad llegamos a Londres. Allí la señorita Strang estaba en su elemento. Cogió el micrófono, muy en su papel de guía, y explicó lo que había que ver:

—*Look at the left side... And now look at the right side...*

¡Todo, naturalmente, en inglés! La clase no se enteraba de la mitad de lo que estaba susurrando al micrófono. ¡Vieja presuntuosa! Seguro que sólo quería presumir delante de Bobby. ¿Estaría él riéndose por lo bajo? ¡No se podía tomar en serio a la señorita Strang!

A mí no me interesaban los monumentos, sólo quería saber cuándo llegaríamos de una vez al hotel y si el baño de allí tenía báscula. O al menos, un espejo decente. ¡Tenía que controlar a toda costa si había engordado durante el viaje!

Tania hablaba para todo el autocar, diciendo lo estúpido que le parecía Londres y lo emocionante que era conducir por la izquierda. ¡Idiota! A mí no me parecía nada especial. ¡Pura cuestión de acostumbrarse! Además, acabábamos de meternos en un atasco y nos faltaba mucho para llegar al hotel. ¡Mierda!

Cuando ya creía que no lo lograríamos, llegamos. Nuestro hotel estaba cerca de Hyde Park. Por fuera, el edificio tenía pinta de antiguo y necesitado de reformas. A cambio, el alojamiento era relativamente barato. La señorita Strang no había querido sobrecargar en exceso a nuestros padres, ¡ja, ja! Por eso ahora teníamos que meternos en ese cobertizo.

Bueno, por dentro no estaba tan mal. Bastante anticuado, con mucho acolchado en las paredes. Si se mi-

raba con atención, se apreciaba que el acolchado estaba raído. El recepcionista lo hacía todo con lentitud y minuciosidad. Pasó una eternidad hasta que se repartieron las habitaciones. Incluso la fría Strang parecía nerviosa.

Me tocó compartir habitación con Iris y Michelle. Estaba en el tercer piso. Los otros se quejaron de tener que subir tantas escaleras, pero a mí me pareció estu-pendo. Al menos, subiendo escaleras se quemaban calorías.

¡Sin embargo, la habitación!... Me resultó horriblemente estrecha. Es cierto que la señorita Strang nos lo había advertido, ¡pero aun así! ¡Tres personas en un espacio tan pequeño! Casi me entró claustrofobia.

Iris, en cambio, lo encontró divertidísimo. Se tiró en la cama y probó el somier. Tenía unos buenos muelles, y rechinaban aún mejor. Al principio, Iris sonreía pero de pronto le entró un ataque de risa. Casi se ahoga entre las carcajadas.

Nosotras no sabíamos lo que pasaba.

—¿De qué te ríes así? —preguntó Michelle con curiosidad.

Iris no quería confesar, pero Michelle le hizo cosquillas sin compasión, hasta que se rindió.

—Está bien, lo diré —jadeó Iris, tumbada boca arriba—. Imaginaos que todas las camas rechinan así... ¡Le va a estropear el plan a la señorita Strang! ¡Toda la clase se va a enterar cuando esté con su amante!

—¿Amante? —repitió Michelle—. ¿Qué amante?

Iris se incorporó.

—¿Es que no te has dado cuenta? ¿Estás ciega? ¡La

señorita Strang y Bobby, naturalmente! ¡Todo el mundo lo sabe!

—¿En serio? —Michelle no daba crédito a lo que oía.

Yo estaba aturdida. ¿Qué estaba diciendo Iris? Estaba claro que hasta un ciego vería que ella estaba loca por Bobby; pero, ¿había algo entre ellos? Era como si alguien me hubiera golpeado en la espinilla. No podía ser cierto. Sería una catástrofe. Mi fin.

Iris nos contó que los había visto juntos dos veces.

La primera, en primavera, en la discoteca Seven Nights. Ni con la mejor voluntad podía imaginarme a la señorita Strang en la *disco*, y menos en Seven Nights. Allí no iba nadie que tuviera más de veinte años.

—Se retiraron temprano —precisó Iris.

Y hace poco los había visto en la piscina.

—Al principio no vi más que a Bobby. Casi no le reconocí en bañador. Pero no tiene mal tipo. Quiero decir, por lo menos no tiene el pecho hundido, ni nada por el estilo —se echó a reír—. ¡Pensad en la fiesta del Deporte! ¡Lo que vamos a tener que ver!

En la fiesta del Deporte siempre había un partido de fútbol entre profesores y alumnos. A lo largo del partido salían volando cada vez más camisetas, y así teníamos ocasión de admirar los torsos desnudos de nuestros profesores. Era un espectáculo lamentable. Casi ninguno estaba musculoso, exceptuando al profesor de Gimnasia.

—Cuando estaba duchándome apareció la Strang —siguió contando Iris—. Con un bikini negro. Pensé

que me iba a dar un ataque. Esos muslos grasientos, con esa braguita diminuta —se moría de risa.

Me hubiera gustado saber más. Por ejemplo, si Bobby le había pasado a Strang el brazo por los hombros. O si la había besado. Al fin y al cabo, Strang y Bobby podían haberse encontrado por casualidad. Pero no me atreví a insistir. Seguro que Iris habría sospechado algo. Ella y su sexto sentido para los rollos. «¡Ey, Miriam, te interesas demasiado por Bobby! ¡Ah, vaya, ahora lo comprendo todo!»

No, mejor morderme la lengua, aunque casi reventaba de curiosidad. Si los dos estaban realmente juntos... Pensé en los cariñosos ojos de Bobby y tuve ganas de llorar. Rápidamente me giré y miré por la ventana. La vista de la calle no era nada especial. Los dos carriles estaban separados por una estrecha tira verde. El cielo estaba triste y gris, y parecía que se iba a poner a llover. Eso encajaba con mi estado de ánimo. Me sentía horriblemente abatida. No tenía ninguna posibilidad contra la señorita Strang. ¿O sí? ¿Qué podía ver Bobby en ella? Y si de hecho había algo entre los dos, ¿por qué me había mirado así antes? ¡Había tanta ternura en sus ojos!

Estaba tan confusa que no reaccioné hasta que Michelle me preguntó por tercera vez en qué cama quería dormir.

—Me da igual —tuve que hacer un esfuerzo para controlarme.

Michelle me miraba de una forma muy extraña.

—Exactamente igual. Quizá preferiría la cama de la ventana.

—Bien, entonces Iris y yo nos quedamos con la cama de matrimonio.

Naturalmente, Iris volvió a encontrar motivos para reírse.

—No te acerques demasiado a mí esta noche. No vaya a quedarme embarazada sin saber por qué.

—Eres tonta —le insultó Michelle, y empezó a sacar sus cosas—. Chalada. *Flipada*. Rematadamente estúpida.

Iris se rió todavía más. De pronto se detuvo y miró inquieta a su alrededor.

—Maldita sea, ¿dónde está el váter?

—En la habitación, desde luego no —constató Michelle.

—Muy lista —se burló Iris—. Seguro que ahí fuera sólo hay un baño común. Me lo temía, ¡puag!

—No te quejes, por lo menos tenemos agua corriente —fui hacia la pila, abrí el grifo y puse un dedo debajo—. Incluso con ducha, ¿qué más quieres?

El chorro salpicó toda la habitación y le dio a Iris. Empezó a chillar.

—¿Estás loca?

Michelle me quitó las manos del grifo.

—¡Deja de hacer tonterías o Strang vendrá corriendo!

—De verdad, necesito saber dónde está el váter —dijo Iris, abriendo la puerta de la habitación.

—Voy contigo —dije, y seguí a Iris por el pasillo.

¡En algún sitio tenía que haber un cuarto de baño completo, o por lo menos una ducha!

Encontramos un lavabo en el pasillo y otro en la es-

calera. Al otro extremo del pasillo había una habitación con tres duchas. Era más o menos tan cómoda como una lavandería. Placas de hierro, sin cortinas, sin espejo, ¡mucho menos una báscula!

—Qué agradable —Iris sonrió—. Quizá sólo haya agua caliente de siete a ocho de la mañana. Una cosa es segura: la próxima vez que venga a Londres, iré a un hotel de cuatro estrellas. Por lo menos.

Volvimos a nuestra habitación.

—Bueno, se os ve entusiasmadas —dijo Michelle—. ¿Os apetecen unas *gominolas*? —nos puso una bolsa delante de las narices.

Iris cogió. Mi primera reacción fue decir que no, pero luego me acordé de lo que se me había ocurrido en el *ferry*.

—Gracias —metí la mano en la bolsa y me puse tres *gominolas* en la boca.

Las tuve un rato pegadas al paladar, luego las escupí en un pañuelo. Fue un juego de niños. Yo misma estaba sorprendida de lo bien que podía engañar a los demás.

Al cabo de un rato llamaron a la puerta y la señorita Strang entró.

—¿Todo en orden? —preguntó alegremente.

Cuando la vi, me volvió la furia.

«¡Nada está en orden, foca idiota, si no quitas en seguida tus manos de Bobby!»

Iris se quejó del alojamiento. Que lo del lavabo fuera era un abuso, y que si por las mañanas tendría que ir desnuda por todo el pasillo si quería ducharse.

Michelle y yo sonreímos. ¡Típico de Iris!

—Seguramente no te morirás si no te duchas durante una semana —dijo la señorita Strang.

—¡Apestaré como un cerdo! —protestó Iris—. ¿Cómo va a hacerlo usted?

—¿Has oído hablar de una cosa llamada albornoz?

Cuando la señorita Strang salió, Iris se dio con el dedo en la sien.

—¡No soy tan idiota como para cargar hasta aquí con un albornoz! ¡Prefiero ir desnuda! —sus ojos centelleaban—. Bah, ¿sabéis una cosa? Mañana temprano estaré al acecho. Con la cámara de fotos. La Strang en albornoz... ¡La foto saldrá en la revista del colegio!

Poco después estaba sola en la habitación. Michelle había ido a llamar por teléfono e Iris se había marchado a otro cuarto, a charlar con las demás chicas.

Saqué mis cosas con apatía y las puse en el armario. Entre tanto, cavilaba sin cesar sobre cómo averiguar lo que estaba ocurriendo entre Strang y Bobby. ¿Realmente me había imaginado ser algo más para Bobby que una estudiante gorda? Solamente me había invitado a tomar café porque le había dado pena. Eso era todo.

Pero entonces, ¿por qué nos habíamos mirado a los ojos durante tanto rato?

«Quítatelo de la cabeza, Miriam. Sólo ha sido amable contigo. No tienes ninguna posibilidad. ¿Has olvidado la panza que tienes? ¡Nadie te encontrará atractiva, vaca gorda, y menos Bobby!»

Me sequé la cara. Mierda de lágrimas. Iris me había echado a perder el momento. ¡Si hubiera cerrado el pico!

¿Era cierto o no era cierto?

¡Maldita sea, Bobby era mi amor!

Apreté la frente contra la ventana. Ahora llovía. ¡Qué ciudad tan gris era Londres! ¿Por qué había venido? ¿Qué se me había perdido aquí, donde no había ni siquiera una báscula?

«¡Eh, perezosa! ¡Te dedicas a perder el tiempo, cuando podrías estar haciendo gimnasia! ¡Vamos, cincuenta flexiones, antes de que vuelva Michelle! ¡Si te esfuerzas, a lo mejor llegas a cien!»

Obedecí a mi voz interior. Era verdad, tenía que hacer algo si quería librarme de la grasa. Me mareé después de las primeras flexiones, pero no paré. ¡Tenía que llevar a cabo mi programa, tenía que consumir calorías, tenía que adelgazar!

«Treinta y cuatro, treinta y cinco...»

Mi respiración se aceleró, mi corazón latía más deprisa que de costumbre. Seguro que ese día no conseguiría hacer las cincuenta flexiones. No iba ni a intentar llegar a cien.

«¡Vieja debilucha! Ah, lo sabía, no tienes ni un poquito de fuerza de voluntad. Eres vaga y comodona, y te está bien empleado estar gorda, ¡gorda, gorda, gorda!»

Cuarenta y siete, en seguida termino, cuarenta y ocho, dos más... Cuarenta y nueve...

«Si sigues, hoy mismo vivirás algo hermoso con Bobby... Quizá vuelva a mirarte con ternura si eres capaz de hacer cien flexiones. Así que vamos, vamos, vamos. ¡Apuesta por ti, Miriam! ¿No quieres luchar por tu amor? ¿No quieres estar delgada?»

¡Oh, sí que quería!

Cincuenta y uno, cincuenta y dos...

La habitación se volvió borrosa. El armario se abombó y pareció ponerse oblicuo. La ventana se hizo cada vez más alargada. Mi pecho amenazaba con estallar. No me rendiría, no. Era fuerte, conseguiría hacer cien flexiones, ¡tenía que hacerlo, tenía que hacerlo!

¡Noventa y nueve, cien!

Me tiré en la cama, completamente extenuada. Me sentía mal, todo me daba vueltas. Durante un momento estuve convencida de que moriría, ahí, en esa cama, en esa miserable habitación de hotel.

Tuve verdadero miedo. Finalmente, se me ocurrió que ni siquiera había llamado a mamá, aunque se lo había prometido. Y ni podría despedirme de Bobby. Nunca sabría si me amaba. Tenía alternativamente frío y calor, y me temblaba todo el cuerpo.

¿Debía llamar pidiendo ayuda? ¿Me oirían en la habitación de al lado, y llamarían al médico de urgencia?

¡Pero si resultaba una falsa alarma, me avergonzaría hasta los huesos!

No, no, no. Nada de apresurarse. Mejor esperar. Seguro que las cosas mejorarían por sí solas.

¿Y si no?

Bobby...

Quizá estaba abajo, bromeaba y se reía con los otros y no sospechaba que aquí, en mi habitación, yo sufría los tormentos del infierno. ¿Por qué no lo sentía? ¿Es que no había un lazo entre nosotros? ¿No tenía que notar que me encontraba tan mal?

Miré fijamente la puerta. A ver si la fuerza mágica de mis pensamientos era suficiente para que él entrara en mi habitación.

¡Ven, ven, ven!

De hecho, ahora oía pasos en el pasillo. Se detuvieron delante de la puerta. El picaporte se movió.

Suspiré de alivio.

Pero sólo entró Michelle.

—En casa no se pone nadie al teléfono —se quejó—. Y eso que mi madre tenía que estar. ¡Oh, mierda! —tiró el bolso encima de la cama—. ¡Por Dios, Miriam! ¿Qué te pasa? ¿Has vuelto a desmayarte?

«¡Has vuelto a desmayarte!» Claro, ahora todos pensaban que yo estaba montando el gran numerito. ¡Mira cómo la gorda de Miriam se convierte en el centro de todas las miradas! La reina del tocino quiere ser observada. ¡Menudo teatro! Todo lo hace para que Bobby vuelva a cogerla en brazos.

—Estoy bien —mentí—. Me he quedado dormida, eso es todo.

—Pero tienes un aspecto horrible —dijo Michelle—. Estás blanca como la pared —se sentó al borde de la cama y me cogió la mano—. ¡Y tienes la mano helada!

Su compasión era lo que me faltaba. Era demasiado, me eché a llorar.

—¿Qué te pasa? —a Michelle le entró pánico—. Espera, iré a buscar a la señorita Strang.

Strang era la última persona que yo quería ver.

—No, eso no —gemí—. Déjame. Deja, ya me siento mejor.

—¿Te duele algo? —preguntó Michelle, preocupada—. ¿O lloras porque echas de menos tu casa?

¡Echar de menos mi casa! ¡Eso sí que no se me hubiera ocurrido nunca!

—Sí, eso es —murmuré—. ¡Por favor, no se lo digas a nadie! Se reirían de mí.

—Tonterías, nadie se va a reír de ti.

—Me da vergüenza que me hayas pillado.

—No se lo diré a nadie, Miriam, te lo prometo. ¡Palabra de honor!

—¿Podrías darme un vaso de agua?

—Claro —Michelle se levantó, fue al lavabo y llenó de agua uno de los vasos de limpiarse los dientes.

Me ayudó a incorporarme y me sostuvo el vaso.

—Gracias —dije—. Estás siendo muy amable conmigo.

Ahora me sentía un poquito mejor, pero seguía estando horriblemente débil. Las cien flexiones habían sido demasiado.

—Cuando viajo, siempre echo de menos mi casa —me confesó Michelle—. Es una tontería. Antes podía viajar y no me importaba. Pero desde que mis padres se separaron... —se detuvo.

Me di cuenta de que hablar le costaba trabajo.

—De algún modo... De algún modo, tengo miedo a que pueda pasar algo malo mientras estoy fuera. Es una tontería, porque en realidad lo malo ya ha pasado hace mucho, quiero decir lo de mis padres. Entonces yo estaba en casa, y sin embargo, no pude evitar nada. Pero desde entonces... siempre pienso que mi madre podría enfermar y yo ya no tendría a nadie —sollozó.

—¡Oh, tonta, ahora te he contagiado mis lloros!  
—exclamé.

De pronto Michelle se echó a reír.

—No, en absoluto. Seguro que me hubiera pasado igual como muy tarde esta noche.

La verdad es que era muy amable. Es gracioso que no fuéramos amigas. Pero yo no era una persona popular en clase. ¡Claro, nadie quería tener amistad con una bola de grasa como yo!

Pensé si debía contarle a Michelle que a mí también me preocupaban mis padres. Que tenía miedo de que nos pasara lo mismo que a ella. Papá se larga con su amiga y nos deja plantadas. No, eso era demasiado fuerte. No me atrevía a abordar el tema tan abiertamente. Era mejor escabullirse.

Me apoyé en el codo. En seguida volví a marearme, pero fue soportable.

—¿Cómo os disteis cuenta? —empecé titubeando—. Quiero decir, de lo de tu padre. ¿Había cambiado de algún modo?

Michelle hizo una mueca. Me di cuenta de que le resultaba muy incómodo hablar de eso.

—Cielos, hubiera puesto la mano en el fuego por él. Nunca hubiera pensado que mi padre pudiera hacer una cosa así, ¿entiendes? Él no. Confiaba completamente en él. Pero una puede equivocarse —sonó amargo.

Podía entenderla tan bien... Antes también pensaba que esas cosas sólo les pasaban a otros. Michelle estaba hablando con mis propias palabras.

—Ya no confío en él. Quiero decir, cuando estamos juntos los fines de semana, hablo con él y soy

amable con él, pero ya no es como antes. No sólo por su nueva compañera, sino porque sí. Por dentro, ya no le dejo acercarse a mí. Hay como una barrera.

Conocía esa barrera. Detrás había un área de protección oscura y cálida, y allí se escondía la verdadera Miriam. A esa área no dejaba pasar a nadie, y nadie podía sacarme de ella.

—En cuanto confías en alguien te hieren —se quejó Michelle—. Ya no confío en nadie. Al final no puedes contar más que contigo misma —se sonó la nariz.

Por mucha pena que me diera, tenía que saber más, así que seguí preguntando:

—¿Y cómo se supo todo? ¿Cómo os enterasteis de la existencia de la otra mujer? —pensé en cartas de amor en el bolsillo de la americana, o en sospechosas llamadas telefónicas.

Pero Michelle sólo me contó que su padre se lo había dicho una noche.

—Simplemente así. Después del telediario, le quitó el volumen a la tele y mis padres me dijeron que iban a separarse. En la pantalla había anuncios. Fue terrible.

Su voz temblaba. Me sentí perversa por atormentar así a Michelle. No era jugar limpio no contarle nada de mis temores. Pero no era capaz. No podía hablar de eso tranquilamente. Tenía la sensación de que sólo podría ocurrir de verdad si hablaba de ello con alguien. Así que prefería cerrar el pico.

También Michelle dio el asunto por concluido. Se lavó la cara, se maquilló y se repasó los párpados con un lápiz de ojos.

—La señorita Strang ha dicho que al otro lado de la calle hay un supermercado. Tienen prácticamente de todo. Quiero ir luego a echar un vistazo. ¿Vienes conmigo?

Sí que quería ir. Ojalá que las piernas me ayudaran. Cuando me senté, volví a verlo todo negro. ¡Mierda! Por suerte Michelle no notó nada.

—¿Has cogido una hoja con el programa, Miriam?

—Sí, pero la verdad es que apenas la he mirado.

—Qué suerte que Strang y Bobby formen por lo menos grupos por intereses. Porque a mí los museos me matan. Cuadros, viejos óleos y esas cosas... Me puede dar una crisis, en serio.

En realidad, yo no tenía nada contra los museos, siempre que no se visitaran demasiados seguidos.

—¿Qué plan tienes para esta noche? —me preguntó Michelle—. ¿Vas a ir al teatro o prefieres dar un paseo por el Soho?

—Aún no lo sé —traté de respirar tranquila y regularmente.

Poco a poco se aclaró la oscuridad que cubría mis ojos y pude reconocer la habitación. Michelle trasteaba en sus orejas, cambiándose los pendientes de estrellita por unos largos colgantes.

—¡Guau, sí que son bonitos! —dije.

Michelle se volvió y sonrió.

—Me salieron bien de precio en las rebajas.

Me levanté. Apretando los dientes, podía. ¿Qué me pasaba hoy? ¿Por qué me fallaba la circulación todo el tiempo? Probablemente el viaje en autocar me había sentado mal. ¡Era antinatural estar sentado todo el rato!

—Me gruñe el estómago —anunció Michelle—. Ojalá haya algo bueno en el supermercado. Aquí en Londres comer es carísimo. No tengo tanta pasta.

En el hotel no había más que desayuno, y teníamos que preocuparnos nosotros mismos de todas las demás comidas. Para mí ésa era la menor de mis preocupaciones. En los próximos días estaríamos mucho tiempo andando, para ver las mil cosas que había que visitar.

Era verdad que el supermercado estaba a dos pasos. Resultaba divertido descifrar las etiquetas de los envases en otra lengua y adivinar de qué se trataba. Una inglesa nos miraba con desconfianza. Probablemente pensaba que íbamos a robar.

Michelle compró un montón de golosinas. Yo cogí dos botellas de agua y un paquete de tostadas. Cuando salimos, nos cruzamos con Bobby. Mi corazón volvió a sublevarse.

—Hola a las dos —saludó—. Voy a entrar un momento. He prometido llevar a casa auténtico té inglés.

Me interesaba ardientemente saber a quién se lo había prometido. ¿A su novia? ¿A su madre? ¿Por qué no me atrevía a preguntar? ¡Hubiera sido muy inocente!

«¡Cobarde!»

—¿Habéis decidido ya qué haréis esta noche? —preguntó Bobby—. ¿Teatro o Soho?

—Soho —respondió Michelle.

Y yo dije:

—Teatro.

—Creo que la obra es buena —dijo Bobby—. Le echaré un vistazo. Adiós, hasta luego.

Y desapareció en el supermercado.

¡Diana! Había elegido el grupo correcto. Así que la señorita Strang guiaría a los otros por el Soho. Mi humor mejoró. Cuando volvimos al hotel, estaba tan contenta que llamé a casa. Mamá se puso al primer timbrazo.

—Aquí Londres.

—¿Miriam? —gritó mamá.

Casi me revienta los tímpanos. ¿Por qué chillaba de ese modo? ¡La conexión era buena!

—He llegado bien y me va de maravilla —exageré—. El hotel es estupendo, y Londres, de primera.

—¿Comes bien? —gritó mamá.

¡Por Dios! ¿Pensaba alguna vez en otra cosa?

—Claro —mentí—. Acabamos de ir al supermercado y hemos comprado un montón de cosas. Si sigo así, tendrás que mandarme dinero. ¿Hay alguna novedad?

—No, nada —gritó mamá—. Jenny ha tenido un cero en Matemáticas, y Timothy...

Se oyó un ruido en el auricular, no entendí nada más.

—Mamá —grité—. Hola, ¿sigues ahí?

Pero la línea estaba muerta. Colgué. Bueno, por lo menos había dado señales de vida. Si supiera que antes había sido presa de auténtico pánico...

Pero yo no era más que una miedosa. Uno no se muere tan rápido. Ahora sólo tenía que recuperar el control de mi circulación. No tenía la menor intención de derrumbarme por tercera vez en un día, ¡y menos por la noche en el teatro!

Si bebía mucho y comía un poquito, no podía pasar nada.

De hecho, por la noche me sentía mucho mejor. Había descansado un par de horas y estaba realmente emocionada. Era una sensación estupenda viajar por Londres con el metro. Aquí pasaba por fin algo. Londres era una auténtica metrópoli, tanta gente, tipos extraños... En el metro, Bobby se sentó dos veces a mi lado, y naturalmente eso fue lo que me dio más alas. Nos reímos mucho y tuvimos muchísimas cosas que contarnos.

Bobby estaba un poco preocupado por si conseguiríamos suficientes entradas para la representación.

—Si no, nos lanzaremos a la noche —propuso Ania.

—Y pagarás tú —dijo Félix—. De todas formas, pasado mañana es tu cumpleaños. Tienes que invitarnos a algo.

—¿Cumpleaños yo? ¿Quién ha sido el traidor? *I want to kill him!* —graznó Ania, y todos nos echamos a reír.

Bobby propuso que habláramos en inglés. Al fin y al cabo, la estancia en Londres no sólo era para divertarnos, sino que debíamos mejorar nuestros conocimientos del idioma. Aguantamos dos estaciones, luego fue demasiado agotador y nos pusimos en huelga.

—Vaya panda de vagos —dijo Bobby sonriendo—. ¡Un montón de pollos y gallinas salvajes! ¡Socorro! ¿Por qué me presenté voluntario para esto?

La obra de teatro era mediocre. A mí me resultó bastante aburrida porque no entendí del todo la acción. No sólo fue por la lengua extranjera; las entradas que conseguimos eran bastante malas, muy atrás. De camino a casa discutí con Félix, porque había entendido la obra

de un modo completamente distinto al mío. Como no nos poníamos de acuerdo, preguntamos a Bobby, que confirmó mi versión. Félix se mostró ofendido en toda regla. Yo lo encontré una tontería.

Cuando llegamos al hotel, estaba agotada. Michelle e Iris, que se habían ido al Soho con la señorita Strang, estaban ya en sus camas. Encendí la luz de mi mesilla, me lavé como los gatos y me cambié a toda prisa, para que ninguna de las dos tuviera ocasión de ver mi gorda panza. Pero Iris dormía ya, abrazando la almohada. Parecía una niña pequeña, su cabello color arco iris relucía.

Michelle aún estaba despierta.

—Se lo he preguntado —dijo de pronto.

—¿A quién? —pregunté sin entender.

—A Strang. Que si sale con Bobby.

Casi se me paró el corazón.

—¿Y?

—Dice que van a casarse el año que viene.

Me metí el pico de la sábana en la boca para no gritar. ¡Maldición, maldición, maldición!

Había sido una noche hermosa. Bobby y yo nos habíamos mirado con ternura a los ojos dos veces. Y antes me había deseado buenas noches, de un modo de verdad cariñoso.

¡Mentiras, mentiras, mentiras!

¡Una bola de sebo como yo no se merecía otra cosa!

## Capítulo diez

En los días siguientes, evité ir con los grupos que Bobby dirigía. Simplemente no podía soportarlo. Cada vez que le veía, sentía una punzada. Me ardían el pecho y el estómago.

Dolía.

Me irritaba por haberme apuntado al viaje. ¿Qué se me había perdido a mí en Londres? ¿Qué me importaban a mí todos esos monumentos?

La Torre de Londres era gris, un asco. No me interesaban las muchas ejecuciones que habían tenido lugar en ella. La señorita Strang nos contó algunas historias de terror, de decapitados y ahorcados. Quizá tenía una vena sádica. ¿O era eso lo que Bobby encontraba excitante en ella?

¡Oh, si no tuviera que pensar todo el tiempo en eso!

La catedral de San Pablo, con su cripta... ¿Se casarían por la iglesia? ¿Con la novia de blanco?

El aire viciado me hizo sentirme mal. ¿Por qué todas las iglesias olían de forma similar, daba igual dónde estuvieran?

El museo de cera de Madame Tussaud. Políticos y estrellas de cine reproducidos en cera con autenticidad próxima a la confusión. Era gracioso; los otros andaban haciendo el tonto, pero yo sólo me sentía mal. ¿Por qué no había un hechizo que convirtiera a Strang en figura de cera?

La abadía de Westminster, la National Gallery, el castillo de Windsor... Todo pasaba vertiginosamente ante mis ojos. Yo trastabillaba sin ganas con el grupo. No pertenecía a ningún sitio. Sobraba.

*Orquídea se había convertido en un lugar de traición. La cabaña que había descubierto pertenecía a un criminal. Durante tres días fui prisionera de ese hombre, luego conseguí huir. Vagué sin descanso por Orquídea. Ya no me sentía segura. Ese hombre podía reaparecer en cualquier momento. No quería que me encontrara. Esos días, hubiera preferido ser invisible.*

*Reflexioné convulsivamente sobre qué debía hacer. ¿Había un futuro para mí aquí en Orquídea? La belleza del planeta... Simplemente, yo ya no sentía nada. Las flores y los árboles me dejaban fría. Estaba como petrificada por dentro.*

*Lo único que seguía haciendo igual que antes era mi entrenamiento. Formaba parte de mi programa de supervivencia, una disciplina férrea. Sólo eso podía salvarme.*

*Tenía que hacer algo. ¿Lograría reparar la nave*

*espacial? Aquí no había lugar para nosotros. No encontraría descanso mientras supiera que él estaba en Orquídea. La inquietud estaba posada en mi estómago... Una sensación sorda y ardiente que me recordaba en todo momento que él existía. Tenía que matar con hambre ese fuego en el estómago...*

Cada día estaba más nerviosa. Nunca estaba sola. Siempre rondaba alguien a mi alrededor. Tenía que hacer lo mismo que el grupo. ¡Llevaba días sin correr! Pero es que no podía, siempre había algo programado. Si una no tenía ganas y quería descolgarse, venía la señorita Strang con la excusa de las obligaciones tutelares. ¡Maldita sea! Mis músculos se estaban deshaciendo. ¡No me sorprendería que estuviera engordando! Intentaba moverme todo lo posible, subía y bajaba corriendo las escaleras del hotel mil veces al día, pero era distinto a mi habitual ronda de *jogging*. Había pensado dar la vuelta a la National Gallery corriendo, pero luego no me atreví. ¡Demasiados guardias y gente! ¡Odiaba la presión del grupo! Ni siquiera de noche estaba sola. Iris y Michelle me ponían los nervios de punta con sus tontas ocurrencias. En una ocasión, Michelle había colgado por la ventana un queso de bola para mantenerlo fresco. Seguro que fuera no hacía más frío que dentro. ¿O sí? De algún modo, si hacía frío o calor, yo lo sentía todo igual. Mi corazón era un trozo de hielo, y los sentimientos estaban prohibidos. Por desgracia, el estúpido fuego en mi vientre seguía ardiendo cuando me cruzaba con Bobby. Por mí, podía hacer lo que quisiera.

Por la mañana solamente tomaba medio panecillo para desayunar, sin mantequilla, ni mermelada. Luego no comía nada en todo el día. Durante el desayuno era cuando más llamaba la atención. Y eso que me había acostumbrado a comer muy despacio. Mientras los otros tragaban y engullían, yo podía masticar interminablemente un solo bocado. Además, llenaba el plato de migas. Parecía como si me hubiera zampado tres panecillos. En el borde untaba un poquito de mantequilla y un pegote de mermelada. Era una pequeña obra de arte. Título: *Los restos de una opípara comida*.

No era difícil hacer desaparecer la mitad del panecillo. Lo escondía en el bolsillo de la chaqueta y luego lo tiraba a la papelera. Nadie se daba cuenta de lo poco que comía. Estaba orgullosísima de conseguir engañarlos a todos.

Mi mayor problema era que no podía pesarme. No disponía de ningún control. ¿Cómo iba a saber si adelgazaba o engordaba? Cuando me miraba al espejo, no veía más que pirámides de grasa, depósitos de sebo y almacenes de manteca, en los muslos, en la tripa, por todas partes. ¡Espantoso! ¡Y cómo se podía pellizcar y desplazar la piel con los dedos! Cuando me miraba de perfil, era como si mi vientre fuera aún más grande que antes. ¡Qué panza! ¡Repugnante!

Naturalmente, Bobby no podía querer a alguien como yo. Sólo había sido amable conmigo por compasión.

«¡Esa pobrecilla, tener que ir por ahí con un cuerpo tan horrible!»

Ni siquiera podía desahogarme llorando. Nunca dejaban de molestarme. Y si pasaba demasiado tiempo en el baño, seguro que alguien sacudía la puerta. Sólo por las noches, cuando las otras dormían, yo sollozaba en voz baja, sin hacer ruido, y no demasiado tiempo, porque de lo contrario por la mañana tendría la nariz roja y habría de aguantar preguntas estúpidas.

¡Si al menos la semana hubiera pasado ya!

Bobby se dio cuenta de que le eludía. Una mañana, tropecé directamente con él. Como siempre, subía corriendo la escalera; él salía del pasillo en ese momento y chocamos.

El contacto y el aroma de su loción de afeitado... Me faltó poco para enloquecer. El fuego de mi vientre volvió a arder en llamas.

Me soltó.

—¡Eh!, ya casi no se te ve —dijo—. Creía que te habías vuelto a casa.

No pude decir nada y me quedé mirándole fijamente, contemplando sus hermosos ojos.

«Basta, Miriam, ha muerto para ti. Pertenece a Strang, y hace que todas las noches le cuente sangrientas historias de terror.»

—¿Estás bien? —me preguntó Bobby—. Estás bastante pálida. ¿Es que salís todas las noches?

—Claro —intenté parecer animada, pero me sentía fatal.

Los inhibidores del apetito y las pastillas laxantes bailaban dentro de mi estómago. Ahora ya no podía ir al baño sin laxantes, nunca estaba suficientemente tranquila.

—¿Vienes hoy al Museo Británico? —me preguntó Bobby.

Negué con la cabeza.

—Estoy en el otro grupo.

—Como siempre —Bobby sonrió—. Bueno, Stonehenge también es interesante. Que te diviertas.

—Gracias. Usted también.

Seguí corriendo escaleras arriba. Naturalmente, tuve que volverme a mirarle. ¡Qué vergüenza, me había pillado! Seguía en el mismo sitio, observándome.

—Adiós —dije, confusa.

—Adiós —respondió Bobby—. Y cuídate, Miriam.

Corrí a mi habitación y me tiré sobre la cama. Mi corazón latía enloquecido.

«¡Cuídate, Miriam!»

¿Qué demonios había querido decir con eso? ¿Y por qué le había llamado la atención que nunca estuviera en su grupo? Hice un largo rollo con la colcha. ¡No lo soportaba! Me desgarraba. Mis sentimientos eran un caos.

Iris entró en la habitación, cantando a voz en cuello. Eso me salvó de la locura total.

—Eh, ¿qué te pasa?

Por suerte no insistió, sino que se plantó delante del espejo y se despeinó.

—¿Debería cortármelo? —reflexionó en voz alta.

—A mí me parece que tu pelo está bien así —murmuré en voz baja, aunque en ese momento nada me era más indiferente que el peinado de Iris.

—Cada día me pone más nerviosa —dijo Iris, y empezó a peinarse—. Eh, hay pelos en el lavabo. Tienen que ser tuyos. ¿Se te cae el pelo?

Hasta ahora no había prestado atención, pero sí, era cierto. Se me estaba cayendo el pelo.

—Qué asco. Probablemente uso un champú equivocado.

Me irritaba, porque mi pelo siempre me había gustado. Era fuerte y sano, nunca tenía problemas con él.

—Puede ser un trastorno hormonal —dijo Iris—. ¿Tomas la píldora?

Me hubiera gustado reírme. ¡Yo, la píldora! ¿Para qué?

Pero no hacía falta decirle eso a Iris.

—No. ¿Y tú?

—Aún no, pero probablemente haré que me la receten este verano. El período nunca me viene bien. Sólo lo tengo cada seis semanas. Ojalá mejore.

No comprendí que tuviera tanto interés en menstruar todos los meses. Yo hubiera podido renunciar sin problemas a esa mierda. ¡Ese estúpido tormento de los dolores y esa asquerosa sensación de tener que ir al baño todo el tiempo! Por suerte, desde que comía tan poco y hacía *jogging*, los intervalos de mi período se habían alargado. En realidad me tocaba ya, pero hasta ahora no había señales de ello. Mis pechos no se habían tensado y tampoco notaba nada más, ni espasmos ni dolor de vientre. Si no me venía hasta dentro de un par de semanas, perfecto. No me preocupaba ni lo más mínimo, al contrario.

—Tengo ganas de ver Stonehenge —anunció Iris—. Me gustaría estar allí ya. Debe de ser un sitio mágico. Quizá ocurra algo. ¿Crees en la magia?

—¿En fantasmas y esas cosas? Nooo.

—Me refiero a la telepatía, la influencia sobre otras personas y todo eso.

Negué con la cabeza. Esa magia no funcionaba nunca cuando la necesitabas.

Iris empezó a contarme unas cuantas historias de su tía, que decía tener poderes extrasensoriales. Su gato había sido atropellado, y al parecer su tía había previsto su muerte.

Yo era escéptica.

—Todos los días atropellan gatos. No hace falta pensar mucho para eso. Puedo decirte con certeza que un día Timothy se morirá de un cáncer, y por desgracia no tengo ni pizca de percepción extrasensorial.

—¿Quién es Timothy?

—El *cocker spaniel* de mi abuela.

—¡Ah! —Iris siguió peinándose, luego se recogió el pelo.

Michelle entró corriendo en la habitación.

—Daos prisa, el autocar ya está esperando —apremió.

La mayoría de los compañeros había optado por Stonehenge. El Museo Británico atraía a pocos, aunque Bobby nos había llenado la cabeza con sus historias acerca de la grandiosa sección dedicada a Egipto. Se supone que allí había una momia del desierto llamada Ginger. Me sorprendía que la señorita Strang guiara la excursión a Stonehenge... ¡Con la predilección que tenía por las momias y los ahorcados!

Poco después estábamos en marcha. Era un día cálido y soleado. Teníamos que viajar unos ciento cin-

cuenta kilómetros. Stonehenge bullía de gente. ¡Claro, todos querían admirar los famosos y gigantescos bloques!

El círculo de piedra tenía miles de años. No estaba del todo claro para qué servían en realidad esas piedras y columnas. Yo esperaba que la señorita Strang se explayara sobre los oscuros rituales de los druidas, pero sólo contó cómo, por medio de las columnas, se podía saber el momento de la salida del Sol y de la Luna. Lo explicó con bastante detalle y nadie en nuestra clase lo entendió a la primera, así que tuvo que repetir su conferencia.

Yo estaba en el centro del círculo de piedra y escuchaba sólo a medias. Las columnas me impresionaban. Me sentía diminuta, nada. Soplaba un fuerte viento que se me metía por las mangas y me alborotaba el cabello. Con los ojos cerrados, extendí los brazos y de pronto ese sentimiento oceánico volvió a estar allí.

*Era parte de todo, del cielo y de la tierra. A mi alrededor se alzaban antiquísimas columnas, y con ellas se podía leer en las estrellas. ¿Qué me retenía aún en el suelo? Dejé que mi corazón se volviera ligero y me transformara en un ser de aire. Nada me pesaba ya, era ingrávida y un pensamiento me bastaba para trasladarme al universo...*

Fue sencillamente maravilloso. Como si ese lugar tuviera una fuerza invisible que yo podía absorber. En ese momento, todo parecía posible. No me hubiera sorprendido haber salido realmente volando de allí. Fue

una locura. Lástima que no pudiera contárselo a nadie. ¡Los otros pensarían que me había dado una insolación!

De hecho, hacía un calor espantoso ese día. Cuando volvimos, todos nos quejábamos. El autocar era un auténtico horno.

—¿No podríamos tomar un helado en algún sitio? —propuso Iris.

Desde luego, todos estuvieron de acuerdo. ¡Esos tragones golosos!

¡Lo mejor contra la sed era el agua mineral! El helado no hacía más que empeorarla. Además, el helado tenía infinitas calorías. Pero ninguno de esos ignorantes podía dominarse.

—¿Por qué no quieres un helado, Miriam? —me preguntó Tobías, mordiendo delante de mis narices una gigantesca bola de helado de chocolate.

¡Si supiera que un bocado representaba por lo menos cincuenta calorías!

—Ya estoy lo bastante gorda —respondí.

—¿Gorda? —Tobías se hizo el sorprendido, y levantó las cejas—. Tú no estás gorda. ¡En los últimos tiempos te has quedado incluso demasiado flaca!

—No te rías de mí, gilipollas —me sulfuré.

Se marchó, ofendido. Tal vez había sido brusca con él, pero no me arrepentí ni un poquito. No tenía ganas de discutir de comida con Tobías. Ni él tenía por qué burlarse de mí. En realidad, ¿qué les importaba a los demás lo que comía o cuánto comía yo? ¡Me había vuelto muy sensible a ese respecto!

Cuando volvimos a Londres, en el autocar hacía un

calor casi insoportable. Yo estaba cansada e irritable, y me entró un espantoso dolor de cabeza. Por la noche, se levantó una fuerte tormenta. Caían unos rayos y unos truenos terribles. Michelle, Iris y yo estábamos despiertas en nuestras camas, temblando, porque temíamos que en el hotel se prendiera fuego en cualquier momento. A medianoche, la señorita Strang vino otra vez a vernos. Llevaba un largo albornoz, una cosa espantosa de color violeta. ¡La verdad es que Bobby debía tener trastornado el gusto!

—Pasó la tormenta, ahora podéis dormir.

Fuera se oía el susurro de la lluvia que inundaba la calle. No recordaba haber vivido nunca una tormenta así.

Al día siguiente, el último del viaje, el tiempo fue malo y estuvo llovisnando constantemente. Dimos una vuelta por Hyde Park, la Speaker's Corner y un rastro, todo ello bajo la lluvia. Esta vez los dos grupos íbamos juntos. Bobby y la señorita Strang formaban pareja, con sus impermeables grises. Yo tenía ganas de vomitar.

## Capítulo once

— ¡Oh, Dios, qué aspecto tienes! ¡Cómo se puede adelgazar tanto en una semana!

Así me recibió mamá, y la hubiera matado. Pensaba que se alegraría de volver a verme. En vez de eso, no hacía más que refunfuñar.

—Entonces me iré otra vez —gruñí.

Me miró sorprendida.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás de tan mal humor? ¿No ha estado bien el viaje?

—Claro que sí —respondí con rapidez.

Jamás diría una sola palabra de cómo habían explotado mis sueños. Eso no le importaba a ella.

—¿Habéis recibido mi postal?

Pregunta idiota. La había echado al buzón poco antes de regresar.

—Aún no —dijo mamá—. Pero seguro que llegará.

¿Dónde está tu equipaje? ¿Tienes todas las bolsas y tu mochila?

Empezó a enredar ayudándome a buscar mi equipaje. Me di cuenta de que quería intercambiar unas palabras con Bobby. Eso no me gustó nada. Querría averiguar cómo me había portado y si no había causado molestias. Yo tenía miedo de que Bobby le contara que me había desmayado en el transbordador. Por el momento, no le hacía ninguna falta saberlo. Le tiré, impaciente, de la manga.

—¿Qué quieres, mamá? Me muero por ir a casa, estoy agotada.

Eso funcionó.

—Perdona, Miriam, naturalmente —se pasó nerviosa la mano por el pelo—. Hemos venido con el coche grande, papá y yo.

¿Cómo, papá también había venido? ¿No hacía hoy horas extras?

No me sorprendió que no hubiera bajado del coche. A papá no le gustaba charlar con los otros padres. «Hola, ¿cómo está? ¿Qué sacó su hija en el último examen de *Mates*?» Eso le resultaba espantoso. Siempre que podía, se escaqueaba. Mamá siempre tenía que ir sola a las entrevistas.

Cuando llegamos con el equipaje, papá salió del coche y nos abrió el maletero.

—¡Hola, Miriam! ¡Qué bien que hayas vuelto! —me besó en la mejilla.

Llevaba por lo menos tres años sin hacerlo. Yo no sabía cómo comportarme. Me quité la saliva con el dorso de la mano, sin llamar la atención.

—¿Ha estado bien? —preguntó papá.

—Sí.

—Seguro que tienes un montón de cosas que contarnos.

—Oh, sí.

Cuando subí al coche, noté que algo no iba bien. La forma en que mis padres hablaban entre sí, la mirada que intercambiaron. No era normal.

—¿Algo va mal? —pregunté con desconfianza.

Papá carraspeó y puso el motor en marcha.

—Bueno, Miriam... —dijo mamá, angustiada—. No queríamos arruinarte el regreso, nada más llegar. Pero ahora que has preguntado...

Ha ocurrido, se van a separar, resonó en mi cabeza. ¡Oh, maldita sea! Tragué saliva.

—Timothy ha muerto —dijo mamá.

—¿Qué?

No podía creerlo. Antes de mi viaje aún estaba muy animado. Desde luego, no estaba hecho unas castañuelas, pero tampoco se le veía enfermo. ¿Cómo podía haber muerto tan deprisa?

—Empeoró repentinamente —contó mamá—. Se pasó una noche entera llorando de dolor. A la mañana siguiente, la abuela lo llevó al veterinario. Y él dijo que no tenía sentido hacerle sufrir más.

No pudo seguir hablando.

—¿Le puso una inyección? —pregunté.

Mamá asintió.

Me eché a llorar. ¡Timothy, el fiel Timothy! No podía imaginar que ya no estuviera. Nunca volvería a lamerme la mano, nunca volvería a pasear con

él, nunca volvería a mirarme con sus ojos pardos...

—No te entristezcas —trató de consolarme mamá, sollozando ella misma—. Ha sido mejor así. Al menos no ha tenido que sufrir más.

Claro, ya lo sabía, pero no era ningún consuelo. Yo estaba triste porque no volvería a ver a Timothy. Ni siquiera me había podido despedir de verdad de él. Aunque probablemente se me hubiera roto el corazón.

Me quedé mirando el vacío. No podía creerlo del todo. Timothy... Me dolía hasta el fondo del alma.

—¿Y la abuela? —pregunté al fin.

—Está casi tan triste como cuando murió el abuelo —respondió mamá.

—¡Dios mío! —la voz de papá sonó irritada—. No era más que un perro. Y además, Timothy estaba viejo y enfermo. Naturalmente, hemos propuesto a la abuela comprar otro perro, pero no quiere. ¡Por Dios, qué teatro por un animal!

Acababa de alegrarme de que papá viniera a recogerme, pero ahora deseaba que no hubiera venido. Odiaba la suficiencia con que pisoteaba los sentimientos de los demás.

—Hay que querer a alguien o algo en la vida —grité—. ¡Pero tú no puedes entenderlo! ¡Todos te somos completamente indiferentes!

¡Bang, diana! Papá no dijo una palabra más en todo el camino a casa.

—¿Traerás el equipaje de Miriam? —le preguntó mamá cuando paramos delante de casa.

Intentaba hacer como si no hubiera pasado nada. En

ese momento la desprecié. ¿Por qué siempre le daba la razón? ¿Por qué nunca le contradecía? ¿Por qué se doblegaba y se sometía siempre?

¡Era insoportable! ¡Ojalá nunca llegara a ser como ella!

Corrí primero a la cocina. El lugar en que Timothy solía tumbarse estaba vacío. La manta y el cuenco de su comida habían desaparecido. Ya ni siquiera olía a Timothy. Era como si nunca hubiera existido.

Todo se contrajo dentro de mí. En mi garganta había una gran bola. Tenía ganas de gritar y expulsar a gritos mi angustia y mi pena. Lo que más me había perturbado era ver lo rápido que alguien podía desaparecer sin dejar rastro. ¿Qué sentido tenía la vida? Nacer, vivir unos cuantos años y luego convertirse en apesotosa tierra... ¿Eso era todo?

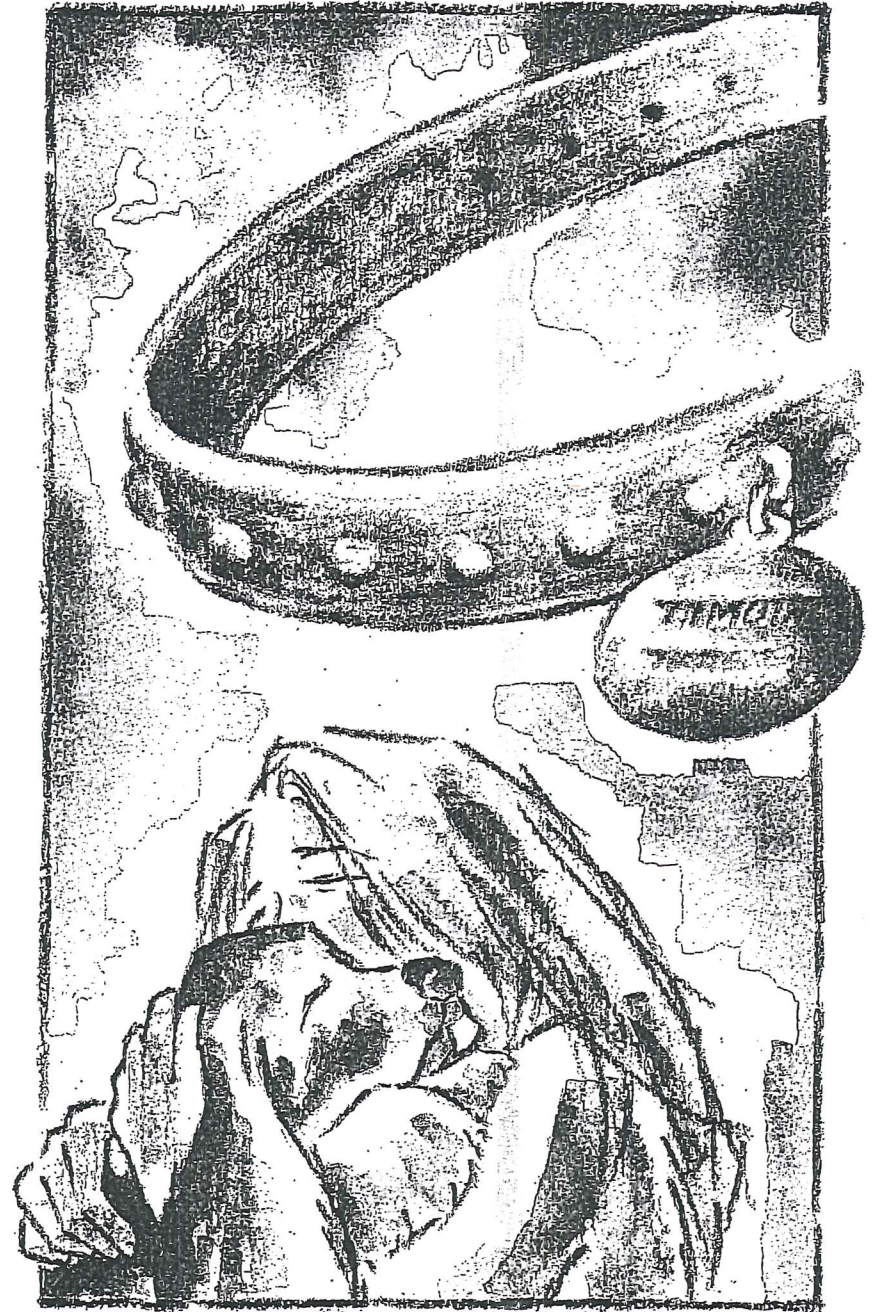
¡Oh, maldita sea!

—No te lo tomes de una forma tan trágica —dijo mamá detrás de mí—. Estoy segura de que tarde o temprano la abuela volverá a querer un perro. Quizá le compremos un cachorro para su cumpleaños, falta poco para eso.

*El mayor Tom se plantó delante de mí y dijo:*

*—Miriam Peters, tenga en cuenta las reglas fundamentales de la central estelar: todo el mundo es sustituible. Todo lo que se ama es intercambiable. Si no puede manejar sus sentimientos, no es adecuada para este trabajo, lo siento.*

*Me hubiera gustado pegar al mayor, pero me limité a sonreír fríamente. Una vez que estuviera en el es-*



*pacio, jamás volvería a la Tierra. Pero él no tenía por qué saberlo.*

No pude seguir en la cocina y me precipité al baño. Allí me arranqué la ropa y me subí a la báscula.

«Cuarenta y cinco kilos, cuatrocientos gramos.»

¡Había perdido cuatro kilos, en una sola semana! ¡Qué maravilla! ¡Antes nunca había conseguido tanto! ¡Pronto habría alcanzado mi objetivo!

Me miré al espejo con ojo crítico. Casi me da un infarto. ¡No se notaba nada, nada! Mi tripa estaba gorda y fofa como siempre, mis pechos se habían vuelto aún más feos y los muslos estaban llenos de hoyos. ¡Gorda, más gorda, gordísima!

«Dios mío, Miriam, ¡eres la criatura más espantosa que hay sobre la faz de la Tierra! ¿Has pensado en serio ni por un momento que entre Bobby y tú podría haber algo de no ser por la idiota de Strang? ¡Qué error, monstruo fofa! ¡Mírate! ¡Bobby no quiere una novia de tocino!»

Lloré a moco tendido. Todo era en vano. ¡Me esforzaba tanto, y la grasa no desaparecía! Claro, era porque había dejado de hacer *jogging* durante una semana. Esos pecados se pagan de inmediato. ¿Había imaginado que podía permitirme relajar la disciplina?

«Te está bien empleado, Miriam. Si realmente hubieras querido, hubieras podido correr también en Londres. Por ejemplo en Hyde Park, mientras el resto de la clase escuchaba al hombre tatuado. ¿Y por qué no has hecho gimnasia? ¡De noche, en la cama, tenías una oportunidad de oro! ¿Las camas chirriaban? No, Miriam, no te acep-

taré semejantes excusas. ¿Por qué no te tumbaste en el suelo para entrenar? ¿Quieres que conteste? ¡Porque eres demasiado comodona para eso! ¡Pedazo de vaga!»

Me miré al espejo, de arriba abajo. Luego contraje el vientre y contuve el aliento. ¡Qué diferencia! ¡A mi tripa le sobraban por lo menos tres kilos! También en otros sitios podía quitarme más grasa aún.

Sólo sería feliz cuando pesara cuarenta kilos. O mejor aún, treinta y nueve kilos. Sí, treinta y nueve estaría bien. Un número mágico. Treinta y nueve kilos... Sonaba magnífico.

Respiré hondo. Ahora volvía a tener una meta. Podía conseguirlo si quería. Hasta ahora había perdido ya trece kilos, lograría perder otros seis. Ya sabía cómo se hacía. Y de ningún modo podía descuidar mi gimnasia.

Los otros quedarían maravillados: «Miriam, tienes un aspecto fantástico», me diría Iris. «¿Cómo lo haces?» Pero yo me limitaría a sonreír misteriosamente y no revelaría ninguno de mis trucos. ¡Que los descubrieran por sí solos!

Mamá llamó a la puerta.

—¿Estás ahí, Miriam? ¿Qué ocurre? Si he hecho algo mal, lo siento. ¿Me oyes, Miriam? Comprendo que estés triste por Timothy. No tenemos que comprar en seguida otro perro si tú no quieres.

Abrí la ducha.

—¿Qué dices? —grité—. ¡No entiendo una palabra, estoy en la ducha!

¡Mentira! Pero la culpa era de mamá, ¿por qué tenía siempre que sacarme de quicio de ese modo? ¿Por qué no comprendía que a veces quería estar sola?

—Bueno, entonces ponte guapa —canturreó alegremente ante la puerta del baño—. Quítate el polvo de Londres. Voy a echar un vistazo a la comida. ¡Hasta luego!

¡Comida! ¡No tenía hambre! Seguro que mamá volvía a montarme el número a costa de eso. Tenía que ocurrírseme algo.

Para ganar tiempo, me duché de verdad. Me enjaboné a fondo y me lavé el pelo a conciencia. Maldición, se me estaba cayendo. Verdaderos mechones se quedaban colgando del peine. Miré irritada los rubios mechones. Luego examiné mi cabeza. No, aún no llamaba la atención, por suerte. Como máximo en las sienes. En ellas el cabello era ya muy escaso. Si no tenía cuidado, acabaría con unas entradas de intelectual. ¡Repugnante!

Miré con desconfianza la botella de champú. Llevaba medio año empleando esa marca, pero podía ser que ya no tolerase su principio activo. Mañana mismo compraría un champú especialmente suave. ¡No quería quedarme calva! ¡Gorda y calva era mucho peor que sólo gorda!

Me puse ropa limpia y seguí trasteando un rato, luego salí por fin del baño. ¡Quizá mientras mamá hubiera quitado ya la mesa!

¡Pero no, en la cocina me esperaba un auténtico banquete, incluso con velas y flores! Y toda la mesa estaba llena de comida: ensalada de pasta con pollo, espárragos, tomates, jamón, pan recién hecho, crujientes panecillos...

—¡Vaya! —dije, sorprendida.

Me hubiera gustado escapar. Pero todos estaban sen-

tados en torno a la mesa. Jenny, la abuela, papá y mamá. Era imposible retroceder.

—Tenemos que celebrar tu regreso —dijo mamá—. Además, he pensado que no vendría mal que te empapuzáramos un poquito. Los ingleses son famosos por su mala cocina.

Me senté en el banco de la esquina. La abuela me saludó con la cabeza. Tenía una expresión triste. En el acto pensé en Timothy.

—No puedo comer nada —murmuré—. Lo siento, pero no puedo tragar. Timothy... —quise apartar mi plato vacío, pero mamá me lo devolvió con suavidad.

—No va a resucitar porque tú te mueras de hambre —dijo.

—No, Miriam, seguro que eso no le gustaría —intervino la abuela—. Come tranquila, hija mía. ¡Sírrete de una vez!

Miré a papá y Jenny en busca de ayuda.

—Debes tener mucha hambre —dijo papá—. Habéis hecho un largo viaje con el autocar.

Y Jenny me puso el cestillo del pan delante de las narices.

Comprendí. Era una conspiración. ¡Querían obligarme a comer!

Me puse rígida.

—Estamos esperando —dijo papá, y el cestillo de Jenny tembló ligeramente—. Hoy te toca a ti empezar la comida.

—Para celebrar el día —recalcó mamá—. Porque has vuelto.

Empecé a sudar. ¿Qué debía hacer? Me miraban, observaban cada uno de mis movimientos. Era imposible engañarlos. No podía echarme algo al plato y luego hacerlo desaparecer con rapidez.

—¡Vamos, coge ya, Miriam! —dijo Jenny—. Me va a dar un calambre en el brazo.

Cogí la rebanada más pequeña de la cesta del pan.

—Gracias.

—Toma la mantequilla.

Mamá me alcanzó la tarrina de mantequilla por encima de la mesa.

—No, yo...

—La margarina está aquí —dijo papá.

El cuenco venía del otro lado.

—Gracias —dije sin voz.

Me unté una capa fina, muy fina en el pan. La margarina tenía tantas calorías como la mantequilla.

—Qué ahorrativa —dijo mamá.

—No quiero tomar demasiada grasa —repuse.

—¿Jamón? —preguntó papá alargándome el plato.

—Nada de embutido.

—¿Queso quizá?

Recorrí la mesa de un vistazo. ¿Qué era lo que tenía menos calorías?

—Mejor un tomate.

El tomate era grande, sano y de un rojo reluciente. Lo corté en finas rebanadas, le eché pimienta y sal y me lo puse en el pan. Mordí.

—Que aproveche —dijo alegremente papá.

—¡Sí, que aproveche! —dijo mamá.

Los demás se sirvieron de una vez.

Quise comerme la rebanada lo más despacio posible. Quería masticar a conciencia cada bocado, tal como me había acostumbrado en los últimos tiempos.

«¡Bueno, Miriam! ¡Qué bien, cómo te estás poniendo! ¡Te felicito! ¿Y tú eras la que hace un momento querías adelgazar seis kilos? Parece que ya no. El peso que has perdido en Londres volverás a cogerlo, es algo que pasa en un cero coma cero segundos, ¡ya lo verás! No me cuentes que no querías bronca. ¡Eres igual que tu madre, débil! Admítelo de una vez: ¡te gusta comer! ¡Estás ansiosa de hacerlo! ¡Qué asco!»

Si hubiera elegido el embutido... Hacía tiempo que ya no me gustaba. Pero me había decidido por el tomate. Siempre me habían gustado los tomates. Éste estaba jugoso y tenía un sabor exquisito.

¡Los tomates tenían tan pocas calorías!...

Cogí otro más.

Y luego un tercero.

Mi cuerpo me traicionaba. Ya no lo tenía bajo control. Se me escapaba.

Hacía lo que quería.

Y sólo quería una cosa: ¡tragar!

Mis manos se volvieron independientes. Echaron mano al pan, cogieron la mantequilla, untaron rebanadas, cortaron tomates, rayaron queso, y finalmente acabaron cogiendo hasta el jamón.

¡Oh, si me hubiera cortado cada uno de los dedos!

Mi boca era igual de mala, es decir, insaciable. No podía llenarla lo bastante aprisa. ¿Masticar con cuidado? ¡Érase una vez! Mi lengua probaba placeres lar-

gamente prohibidos, disfrutaba de la mantequilla, gozaba del queso, la pasta, el pollo. Me zampé, engullí y tragué todo... Exactamente igual que los otros. ¡Y estaba bueno, estaba bueno!

Mamá estaba radiante. El ambiente en la mesa era tan alegre como hacía tiempo. Papá incluso contaba chistes. Yo hablé de los muchos decapitados y ahorcados en la Torre de Londres. A Jenny le pareció graciosísimo cuando dije que la señorita Strang era una sádica y que por eso quería casarse con Bobby. Hasta la abuela sonrió mientras se comía la ensalada.

Seguí enloqueciendo progresivamente. Me inventé una historia de estupenda camaradería y fiestas a medianoche en las habitaciones. Ahora Michelle e Iris eran mis mejores amigas. Eso le gustó incluso a papá.

—Empezábamos a tener miedo de que te apartaras un poquito de las otras.

Me caí de la higuera. ¡Precisamente papá se preocupaba por eso! Nunca hubiera pensado que se fijara siquiera en esas cosas. ¡Hacía mucho que yo le era indiferente! ¿O empezaba a tener remordimientos por haberse preocupado exclusivamente de Jenny? Quizá me había echado de menos mientras estaba en Londres. Imaginé que un día le había llamado la atención mi asiento vacío.

«Cariño, este asiento de aquí... ¡Normalmente aquí se sienta alguien! ¿Me equivoco? ¿Quién era?»

No pude evitar sonreír.

—Nos alegramos por ti de que tu viaje haya sido tan bonito —dijo mamá, y se fue a la nevera—. ¿Quiere alguien pudín de chocolate?

Nadie quería, ni siquiera Jenny.

La expresión *pudín de chocolate* disparó todas las alarmas en mi cabeza. Por el amor de Dios, ¿qué había hecho? ¿Es que me había vuelto loca? ¡Tenía que pesarme a toda costa! ¡En seguida!

—¿Puedo levantarme? —pregunté apresuradamente.

—Vete.

Mamá sonrió con suavidad, hacía mucho no había comido tanto como hoy.

—Seguro que estás cansadísima.

Salí de la cocina y corrí al baño. Allí me arranqué la ropa y salté sobre la báscula.

Cuarenta y seis kilos, doscientos gramos.

¡No! ¡No! ¡No!

¡No podía ser cierto! ¡Una sola comida y había engordado ochocientos gramos! Fue como si me hubieran dado un golpe en la cabeza.

¡Todo el ayuno había sido en vano! ¡Nunca alcanzaría los treinta y nueve kilos, nunca, nunca!

Totalmente desesperada, apoyé la cabeza contra la pared. Dios mío, ¿por qué había comido de ese modo? ¿Por qué me había traicionado a mí misma? ¿Dónde estaba mi fuerza de voluntad? Sentí asco de mí misma. Toqué mi vientre, llena de repugnancia. Un auténtico tambor, gordo, ¡gordo!, ¡gordo! ¡Un vientre de tomate, pan, mantequilla, jamón, qué asco!

¡Oh Dios!, ¿qué me había pasado? ¿Por qué me había comido todo eso, por qué?

¡Porque era estúpida y retrasada!

¡Porque comía como un animal!

¡Porque era un monstruo codicioso!

Sollocé. Estaba tan amargamente defraudada conmigo misma. ¡Había fracasado, fracasado, fracasado!

¡Si pudiera borrarlo! ¿Por qué en la vida no había posibilidad de repetir una escena?

De vuelta a la mesa de la cocina. Todos me miran expectantes.

Yo muevo la cabeza. «Gracias, comeré más tarde.» Luego voy a mi cuarto y descanso tranquila.

Así de fácil hubiera podido ser. No hubiera engordado ni un gramo.

En vez de eso, ahora tenía una tripa pesada, fofa, informe, gorda, gorda, gorda, y me sentía mal de tanto comer. Tenía punzadas, el estómago se me hinchaba, tenía la tripa a punto de explotar.

¡Maldición!

Me sentí recorrida por escalofríos. La comida pressionaba dentro de mi vientre. Tomates, pan, jamón y mantequilla eran ahora una masa gorda y espesa que se revolvía pesadamente dentro de mi estómago. Las partes gordas chocaban, dolorosas, contra sus paredes. Había engullido, sin masticar en condiciones. Me dolía si me apretaba la tripa. Sentía una bola grande como la palma de la mano. Era mi estómago, dentro estaba todo. Me atraía hacia abajo, me hacía más pesada. ¡Y cuando hubiera digerido la comida, no tardaría en tener repugnantes capas frescas de grasa en los pechos y el trasero!

¡Oh, qué mal me sentía! ¡Debería vomitar, así me libraría de toda esa basura! Miré al váter. ¡Vamos, fuera la comida!

Pero no funcionó. No funcionaba nunca volunta-

riamente. Nunca me había funcionado. Cuando me sentía mal, me pasaba horas con dolor de estómago y náuseas. Mamá siempre me decía que me metiera los dedos en la boca. Nunca había podido. Siempre tenía miedo al vómito, aunque lo deseara.

Los dedos en la boca. Tocar la campanilla con el índice. Eso provocaba el vómito. Un truco muy fácil.

«Rayos, Miriam, ésa es la solución. ¡Así te librarás de esa basura! Puedes arreglarlo todo: Sólo tienes que superarte. ¿Qué tiene de malo? ¡Vamos, mete los dedos, atrévete! Ah, ¿vuelves a ser demasiado cobarde? ¡Entonces déjalo, princesa de las grasas!»

Incliné la cabeza sobre el inodoro. Quizá pudiera sola. Con pensar firmemente en ello...

¡No, no podía!

«¡Vamos, Miriam, echa una mano! Los antiguos romanos lo hacían constantemente, empleaban para ello plumas de pavo!»

¡Plumas de pavo! ¿Sería más fácil con un objeto que con los dedos? Miré a mi alrededor. ¿Qué podía utilizar? ¡El mango del cepillo de dientes? No, aggg. Mejor los dedos.

Me lavé las manos, abrí la boca y me metí los dedos. Cuando me toqué la campanilla, sólo me hizo cosquillas. Lo sabía. ¡No funcionaba!

«¡Naturalmente que funciona, tienes que meter los dedos más adentro! Es un reflejo que funciona en todas las personas. ¡Así que, valor! ¡Vamos, inténtalo!»

Me metí más los dedos en la garganta. Tuve la sensación de ahogarme. ¡Más hondo! A la primera arcada,

saqué los dedos. Sudaba, me temblaba todo el cuerpo.  
¡No podía!

«¿La reina de los fofos es demasiado delicada? Sólo tienes que concentrarte y motivarte. Será más fácil. Piensa en algo que te dé asco. Piensa en Bobby. Imagínatelo haciéndolo con la señorita Strang. ¿Funciona así?»

Funcionó.

Una arcada por el odio.

Otra, por el amor perdido.

Y otra más por la nostalgia, tan dura que no podía soportarla.

Por fin estaba todo fuera.

Tiré de la cadena y me incorporé, agotada. Agotada y aliviada por haberlo logrado.

Me enjuagué la boca y subí a la báscula.

Cuarenta y cinco kilos, cuatrocientos gramos.

Me apoyé en la pared, feliz. ¡Todo volvía a ir bien!

## Capítulo doce.

*Volvía a tenerlo todo bajo control. El extraño ya no se dejaba ver. La choza parecía deshabitada. En el techo yacían hojas caídas. Plantas enredaderas habían penetrado en el interior. Quizá el extraño había muerto en algún lugar de la jungla de Orquídea o se había trasladado a otra zona del planeta. En cualquier caso, su presencia ya no me daba miedo. Cuando estaba caminando, ya no pensaba constantemente en él. Mis sentimientos ya no me dominaban. Los tenía bien controlados.*

*Me había llevado sus libros y cuadernos. Aprovechaba las páginas vacías para mis propias anotaciones. Fueron días buenos en Orquídea.*

Hacia buen tiempo y volvía a dar mis paseos diarios por el parque. Podía correr durante horas sin apenas cansarme. A menudo repetía mentalmente voca-

blos o pensaba en problemas de Matemáticas. Correr me liberaba. De vez en cuando, me cruzaba con otros corredores. Pasaban jadeando junto a mí con la cara roja. ¡Qué pesados sonaban sus pasos! ¡Qué profundas eran sus huellas en la arena! ¡Qué forma de correr tan atormentada!

Yo no dejaba huellas. Cuando corría, mis pies eran ligeros, mis pasos largos y elásticos. A veces ni siquiera sentía las piernas. Entonces me parecía estar deslizándome entre los árboles, como si flotara ligera y sin esfuerzo sobre las praderas y caminos.

Pesaba cuarenta y tres kilos. Ahora adelgazaba con horrible lentitud, aunque me subía casi continuamente a la báscula para controlarme. Con frecuencia me descubría unos cientos de gramos más que la vez anterior. Entonces me sentía totalmente abatida. A veces tenía la impresión de engordar tan sólo con respirar.

¡Debía mantener un cuidado infernal!

Lo peor era que a mamá y a papá se les había medido en la cabeza cebarme. Ahora, a menudo papá estaba en casa por las tardes. ¿Habría roto su amiguita con él, y descargaba en mí su frustración?

Mamá aún era tierna. Con ella podía llegar a acuerdos. Cuando le decía que tenía que estudiar y que prefería tomarme la merienda en mi cuarto, se lo creía. Naturalmente, yo hacía desaparecer el bocadillo. No en la papelera, porque mamá lo habría encontrado al día siguiente. No, lo metía en la cartera y lo tiraba de camino al colegio.

Papá no se dejaba engañar tan fácilmente. Insistía en que me quedara sentada a la mesa y me comiera

todo lo que había en el plato. Era una idea fija por su parte.

Los trucos que valían con mamá y la abuela no servían con él. No podía levantarme tranquilamente, buscar un vaso de agua y devolver a la vez una parte de la comida a la cazuela. Ni envolver restos de comida en la servilleta y tirarlos. Ni distribuir lo poco que me ponía en el plato de forma que pareciera mucho más.

¡Me ponía furiosa cómo me vigilaba papá, mirando siempre mi boca y mi plato!

—¿Dónde está el queso que había aquí? —preguntó una noche.

Había metido el queso con rapidez en una piel vacía de embutido, mientras papá estaba ocupado con su té.

Estallé:

—Maldita sea, ¿por qué no te has hecho detective? —le rugí.

—Porque casualmente soy ingeniero.

No se dejó provocar y mantuvo la calma. Eso me hizo perder los estribos.

—¡Ya soy lo bastante mayor como para saber qué quiero comer!

—Está claro que no.

¡Ah, qué suficiencia! Bueno, pues que creyera que podía controlarme. Seguía quedándome un medio que él no conocía: ¡los dedos en la boca!

Cuando vomitaba todo lo que me había obligado a comer, tenía una sensación de infinito triunfo.

¡Nadie podía obligarme a nada! ¡Que refunfuñaran y criticaran! ¡Yo hacía lo que quería! Y al hacerlo me sentía bien, porque sabía que tenía poder.

Mis notas fueron muy buenas. Mi esfuerzo y mi orgullo fueron elogiados, y mejoré en varias asignaturas. Volví a casa satisfecha de mis calificaciones.

¿Valorarían de una vez lo que tenían en casa? ¿Se darían cuenta de que me habían subestimado?

Mamá se asombró de que hubiera mejorado en tantas asignaturas.

—¡Fíjate, hay un pequeño Einstein dentro de ti, y no sólo en Jenny!

¡Me hubiera gustado matarla! ¡Su observación lo echaba todo a perder! Pero mamá ni siquiera se dio cuenta de mi mal humor. Tampoco mejoró nada el billete que me dio.

En cambio, la abuela se alegró de verdad conmigo. Quiso invitarme a celebrarlo en el café. Logré vencerla de que prefería ir al cine.

También papá me dio dinero.

—Bien, bien, sigue así —dijo al ver mis notas.

Me propuse ser la mejor de la clase el año próximo. Por desgracia, antes había dejado colgando algunas materias, así que seguía teniendo ciertas lagunas. Pero podía superarlo. Durante las vacaciones repasaría esos vacíos.

¡Las vacaciones! Hubiera preferido ir al colegio. Como ese año no nos íbamos de veraneo, en casa reinaba un aburrimiento total. Continué con mi programa de entrenamiento, ¡pero tampoco podía pasarme todo el día corriendo! Me aburría y estaba de mal humor. Todos los días pasaba un par de horas inclinada sobre mis libros. Hasta que a mamá le pareció que estaba exagerando.

—¿Por qué no sales con tus amigas? —preguntó—. ¿Qué pasa con Michelle e Iris? Pensaba que te entendías bien con ellas. ¿Por qué no han venido nunca a casa?

—Porque están de viaje —respondí.

Aunque ignoraba lo que Michelle e Iris estaban haciendo durante las vacaciones, no podía decirle a mamá que ninguna de las dos tenía motivos para venir a verme, que lo de la amistad había sido un invento.

Cuando Michelle me llamó dos días después y mamá cogió el teléfono, quedé en ridículo. En fin, me daba igual lo que pensara. Me interesaba más saber qué quería Michelle. ¿Por qué me llamaba?

—¿Sí? —dije cuando mamá me pasó el auricular.

La voz de Michelle sonó aliviada.

—Menos mal que no estás fuera. Oye, he oído decir que Silke está en el hospital. Creo que alguien de la clase debería visitarla. Yo voy a ir. ¿Vienes?

Desde que regresamos de Londres, Silke no había vuelto al colegio. Su silla vacía apenas había llamado la atención.

—¿Al hospital? —pregunté a mi vez.

Los hospitales no me atraían especialmente.

—Claro —dijo Michelle, impaciente—. Seguro que a Silke le vendrá bien un poquito de ánimo. Si tú no quieres venir, iré sola.

—No, voy contigo —respondí—. ¿Dónde está?

—En el Clínico. Las horas de visita son por la tarde, de dos a cuatro; ya me he informado. ¿Qué te parece mañana?

—Perfecto.

—Te pasaré a buscar a las dos —dijo Michelle, y colgó.

Fue puntual. Yo había comprado un pequeño ramo de flores y un perfume para Silke. Ojalá le gustaran. Michelle admiró mi habitación.

—¡Es fantástica! Ojalá yo tuviera tanto espacio.

Se encandiló especialmente con el pequeño cuarto de baño.

—Si un día no sé dónde ir, me mudaré contigo —dijo—. Aquí puedes organizar unas fiestas estu-  
pendas.

Sonreí débilmente. En teoría sí, pero, ¿a quién iba a invitar?

Michelle se me quedó mirando.

—¿Has adelgazado aún más?

—Puede ser —contesté fingiendo indiferencia.

—Oye, ten cuidado —dijo Michelle—. Creo que hace mucho que estás súper delgada. Una prima mía era anoréxica. No podía dejar el régimen. Al final no era más que piel y huesos. La llevaron al hospital y la alimentaron artificialmente. Aún sigue en tratamiento.

Me eché a reír.

—Te aseguro que yo no soy anoréxica.

¿Qué se había creído Michelle? ¡Si ella supiera el trabajo que costaba no engordar! ¡Si no fuera por la disciplina y el autocontrol, no lo conseguiría nunca! Si quería, podía volver a comer normalmente en el acto. ¡No era ningún arte!

Fuimos en autobús hasta el Clínico. Había estado muchas veces allí cuando la abuela estuvo tan enferma.

Delante de la entrada había un chico tomando el sol en una silla de ruedas. Le habían amputado la pierna por debajo de la rodilla. Casi me puse enferma al verlo.

—Tiene que ser horrible —susurró Michelle—. Tan joven y ya un inválido.

Tragué saliva.

—¿Tienes idea de lo que le pasa a Silke?

—Le han quitado el páncreas.

Eso no me decía mucho.

—Sin páncreas tienes que inyectarte insulina toda la vida —explicó Michelle.

Recordaba remotamente que habíamos tratado de ello alguna vez en clase de Biología.

—Imagínate. Silke tiene nuestra edad. ¡Décadas inyectándose insulina! ¡Y todos los días!

—¿Y por qué han tenido que quitárselo?

—Creo que tenía cáncer.

Respiré hondo y pensé en Timothy. De pronto, tuve miedo de visitar a Silke. ¿Qué iba a decirle? Nunca había mantenido una relación con ella especialmente buena. ¿Y si no encontraba las palabras adecuadas?

Pero Michelle me arrastró hasta el mostrador de información. Allí preguntó el número de la habitación de Silke.

El hombre del cuarto acristalado miró en su ordenador.

—Está en cuidados intensivos —nos dijo—. Por desgracia allí no podéis verla. Sólo se permite entrar a los parientes.

Michelle me miró, una mirada rápida y angustiada. ¡Cuidados intensivos! Sonaba dramático. Conocía las

unidades de cuidados intensivos por las películas policíacas. La gente que iba a parar allí siempre estaba muy mal.

¿Tan mal estaba Silke? Me costaba creerlo.

—¿Puede al menos decirnos cómo está? —preguntó Michelle.

El hombre sonrió con cara de lástima.

—El ordenador no da ninguna información sobre eso.

La gente ya estaba formando cola detrás de nosotras. Nos echamos a un lado

—¿Ahora qué? —pregunté, insegura.

Michelle se mordió el labio inferior.

—Probemos, sencillamente —dijo entonces—. Quizá nos dejen pasar. O al menos sabremos algo más.

Nos orientamos por el gran directorio. Subimos en un ascensor de cristal y tratamos de no perdernos en la maraña de pasillos. Michelle señaló una pantalla luminosa.

—Aquí.

Había carteles de advertencia por todas partes: «Cuidado, puerta para el traslado de camas», «Prohibido el paso a las personas no autorizadas», «Cierren las puertas». Me sentía cada vez más insegura.

—Lo mejor es que nos vayamos.

Pero Michelle no se dejaba impresionar.

—Son horas de visitas y los familiares pueden llegar hasta aquí. ¡Así que vamos, no te pongas así!

Por fin estábamos ante la puerta correcta. Una placa nos informaba de que los visitantes debían llamar.

Michelle pulsó el botón con decisión.



Pasó un rato largo, luego abrieron. Un enfermero asomó la cabeza por una rendija.

—Queríamos ver a Silke Simon —dijo Michelle.  
Yo asentí.

—¿Sois parientes? —preguntó el enfermero.

—Amigas —dijo Michelle.

El enfermero negó con la cabeza.

—Lo siento. Sólo pueden entrar parientes, y además tiene que estar presente un adulto.

Detrás de él se oían extraños ruidos que me atemorizaron. Aparatos que pitaban. Luego sonó una alarma y alguien corrió por el pasillo.

En el fondo me alegraba de que el enfermero no nos dejara pasar. Probablemente no lo habría soportado.

—¿Podría decirnos cómo está Silke? —insistió Michelle—. ¿Se curará?

—Lo siento, no puedo daros ninguna información —dijo el enfermero.

Michelle probó con ruegos. En vano, no consiguió nada. Mientras tanto, llegaron otros visitantes. Los dejaron pasar, y alcancé a ver cómo se desinfectaban las manos y se ponían una larga bata.

—Tengo que volver al trabajo —nos dijo el enfermero—. Siento no poder ayudaros, pero son las normas.

—Entonces por lo menos salude a Silke de nuestra parte, si puede —dijo Michelle, ácida.

—Saludos de Michelle y Miriam —añadí.

El enfermero se fue y volvimos a encontrarnos ante la puerta cerrada.

—Menudo fracaso —dijo Michelle.

Lentamente, desandamos el camino. Me alegré de

volver a estar fuera, bajo el sol. La atmósfera del hospital era tan agobiante...

—Tengo la impresión de que a Silke le va fatal —murmuró Michelle—. ¿Por qué está en cuidados intensivos? ¿Por qué no nos dejan pasar? ¿Por qué no nos dicen una palabra de cómo está? ¡Tanto secretismo!

Miré el ramo de flores que llevaba en la mano.

—¿Y qué hacemos con los regalos?

Michelle se encogió de hombros.

—Lo mejor es que te lleves las flores a casa. Ponlas en agua, se conservarán bien. Tal vez podamos visitar a Silke dentro de unos días.

Pero unos días después Silke había muerto.

## Capítulo trece

**M**e enteré por el periódico. Mamá me lo dejó abierto junto con el desayuno.

En la página de esuelas descubrí al instante la foto de Silke. Reía y tenía el aspecto que siempre había tenido: amable e insignificante.

Esperó, combatió y, sin embargo, perdió.

Silke.

Silke Simon.

Era más joven que yo; ni siquiera había cumplido los quince años.

Muerta.

Estaba totalmente estupefacta. Me temblaban las manos de tal modo que me tiré el té encima de las piernas.

—¿Ésa es la Silke que fuisteis a visitar hace poco?  
—me preguntó mamá.



Yo asentí.

—Dios mío —dijo mamá en voz baja—. Morir tan joven.

«Morir tan joven.» La frase no se me quitaba de la cabeza. Eso era lo peor. Tenía remordimientos de conciencia, porque me había ocupado poco de Silke y eso ya no se podía remediar. Pero lo que más me afectó fue que Silke ni siquiera tenía mi edad. Y ahora estaba muerta.

Era inconcebible.

Silke nunca más nos miraría en la clase de Gimnasia. Ya no ofrecería a nadie sus eternos caramelos. No volvería a pedir a los profesores, con su voz aguda, que le repitieran lo que acababan de decir.

Nunca la había apreciado especialmente, pero aun así lo sentí muchísimo.

—¡Dime que no es cierto, mamá! —lloré.

Mamá quiso abrazarme y consolarme. Hacía mucho que no lo hacía. Sin embargo, cuando me abrazó, sentí cómo se estremecía.

—¡Dios mío, estás en los huesos! —se le escapó—. ¡Esto ya no es normal!

Inmediatamente la rehuí. De todos modos, no me gustaba que nadie me cogiera. Siempre empezaban las observaciones idiotas: ¡demasiado gorda, demasiado flaca, demasiado sabe Dios qué! ¡Que me quitaran las manos de encima! ¡Yo tampoco andaba agarrando a nadie!

Mamá seguía asustada.

—¡Por eso llevas siempre prendas de manga larga, en pleno verano! ¡Para que nadie se dé cuenta de lo esquelética que estás!

—¡Tonterías! —grité—. No estoy esquelética.

Llevaba camisas anchas porque me gustaban, y porque con ellas podía esconder mis monstruosos pechos.

Pero mamá no hacía más que mirarme con los ojos muy abiertos.

—Oh, Miriam, ¿qué te pasa? Empiezo a no saber qué hacer.

¡Qué hacer! Eso tenía gracia. ¿Qué quería saber? ¡Siempre había sido una hija cómoda! Nunca había tenido problemas conmigo. No fumaba, no tomaba drogas, no me atiborraba de alcohol y siempre dormía en casa por las noches. ¡Oh sí, era asquerosamente buena! ¡En otras familias las cosas eran distintas, y a pesar de ello mamá andaba siempre metiéndose conmigo!

—No hace falta que me mires con esa cara —mamá cambió de tercio con rapidez—. Sólo sugiero que deberíamos ir al médico.

Eso ya era el colmo. ¿A qué venía este numerito? Estaba sana, me sentía de fábula. Estaba completamente en forma, de lo contrario no podría correr todos los días. Eso sólo lo lograba alguien cuyo cuerpo funcionara bien. Papá se hubiera puesto a jadear si hubiera intentado seguir mi ritmo.

Como mamá no dejaba de hablar de que tenía que hacerme un chequeo, tiré el periódico al suelo de la cocina y corrí a mi cuarto. Maldita sea, ¿por qué tenía que molestarme de ese modo? ¡Estaba totalmente traumatizada porque Silke había muerto, no necesitaba más estrés!

Entrada la mañana llamó Michelle. Estaba totalmente desecha. Nuestra clase pondría una esquelita en

el periódico. Michelle me preguntó si iría al entierro. Seguro que asistirían varios alumnos y profesores de nuestro colegio, por lo menos aquellos que no se habían marchado de vacaciones.

—Claro que iré —era lo último que podía hacer por Silke.

De alguna manera, tenía la sensación de que se lo debía.

—Bien, yo también iré. Ahora voy a hacer varias llamadas. Veré si encuentro a algunos compañeros de nuestra clase.

—¿De qué ha muerto Silke? —pregunté.

Michelle titubeó.

—Tenía cáncer de páncreas. Es algo muy raro a su edad. La mayoría de las veces uno se muere relativamente rápido. Silke no tenía ninguna oportunidad.

—¡Precisamente Silke! —murmuré.

Era inconcebible.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Michelle—. ¿Te importaría preguntarme algo más fácil?

Y colgó.

Durante todo el día, no pude pensar más que en Silke. Intenté imaginar cómo sería estar muerta y enterrada. No lo logré.

¿Se acababa todo con la muerte? ¿Qué venía después? ¿El cielo? ¿El infierno? ¿Había una vida detrás de la muerte? ¿Se volvía a nacer? ¿Se volvía a tener una oportunidad?

Preguntas a las que nadie podía darme una respuesta razonable.

Probablemente todo era muy sencillo. El corazón dejaba de latir y ya estaba. Se acabó, punto. Una se convertía en un montón de tierra.

Lo de Silke me había afectado de veras.

Ese día, no tuve que esforzarme para ayunar. No tenía apetito. No me costó nada no comer. Sencillamente no tenía hambre.

La mayor parte del día me lo pasé tumbada en la cama, mirando fijamente frente a mí y reflexionando, mientras en mi cadena atronaba la música. No tenía ganas de nada, ni siquiera de correr. Por primera vez desde hacía semanas abandoné mi entrenamiento diario. No me sentía bien.

Sólo al atardecer, cuando fuera ya había oscurecido, vino el remordimiento. Me levanté para ir al baño. Naturalmente, me subí a la báscula. ¡Pesaba trescientos gramos más que la noche anterior!

¡Mierda!

Claro, estar tumbada también engordaba. Ni siquiera había podido ir al baño. Volví a buscar pastillas laxantes. Primero no encontré más que una y me entró un ataque de pánico. Pero luego, por suerte, descubrí más abajo un tubo de otro laboratorio. Al parecer, lo había pasado por alto todo ese tiempo. El tubo estaba prácticamente lleno. Respiré. ¡Había salvado los próximos días!

Ya no me atrevía a ir a la farmacia. Tenía la impresión de que me miraban de una forma extraña, aunque siempre contaba que mi abuela tenía problemas con la digestión. La última vez había mandado a Jenny.

Estudié el prospecto, me tragué la cantidad máxima y bebí mucha agua. A mitad de la noche tuve que ir al baño, porque el medicamento estaba haciendo efecto. Incluso tan fuerte, que tuve verdaderos dolores de vientre, como sólo tenía durante el período. Pensé que iba a volver a verme. Hacía una eternidad que no lo tenía. Naturalmente, mamá había preguntado. Yo le había contado que me había venido en Londres. Cuando preguntó la siguiente vez, le dije que ahora utilizaba tampones. No sé si se lo creyó. En todo caso, me insistió en que no los tirase al inodoro. Por precaución, siempre bajaba mis bolsas de basura, para que mamá no pudiera controlarme.

Por la noche, tuve pesadillas con Silke. En uno de los sueños volvía a estar delante de la unidad de vigilancia intensiva y salía una cama tapada con una sábana. Yo asaltaba al sanitario, tenía que decirme si era Silke. Pero él no me daba información alguna, aunque yo le rogaba y lloraba. Me desperté bañada en sudor.

Al día siguiente, me sentía mal. Al levantarme me mareé y estuve a punto de vomitar sin necesidad de meterme los dedos. Me quedé la mitad del día en la cama. Sólo por la tarde me levanté a dar mi paseo por el parque. Esta vez fue horrible. Ni siquiera conseguí hacer una cuarta parte del recorrido. Eso me puso totalmente furiosa. Comprobaba lo importante que era entrenar todos los días. Si no hubiera estado holgazaneando el día anterior, habría cubierto el tramo sin esfuerzo, como siempre.

Abatida, me senté en un banco del parque. Me pe-

saban los pies como el plomo. Intenté convencerme de que era la pena por Silke. Simplemente, me estaba hundiendo psíquica y físicamente.

Me espantaba la idea del entierro del día siguiente. Hubiera preferido no ir. Pero se lo había prometido a Michelle.

Encima esa mañana hacía un bochorno agobiante.

—¿Quieres salir así vestida con este calor? —me preguntó mamá cuando ya me iba.

Naturalmente, tenía que volver a meterse conmigo. Me cuestionaba que le quedase tiempo para hacer algo más que rondar a mi alrededor.

—No tengo ninguna otra cosa oscura.

Llevaba *leggings* negros y una camiseta de chandal casi negra. En mi opinión el negro me sentaba bien. Contrastaba con mi pelo rubio. Me lo acababa de lavar, pero últimamente me quedaba lacio y no se dejaba peinar. Además, se me caía cada vez más, aunque hacía mucho que había cambiado de champú. Poco a poco, empezaba a ser un verdadero problema.

—¡Manga larga con esta temperatura! —mamá meneó la cabeza—. ¡Estás loca! ¡Sólo para que no se vean tus brazos esqueléticos!

—¡Déjame en paz de una vez! —le grité, y cerré de un portazo a mis espaldas.

Había mucha gente en el cementerio. De mi clase vi a Félix, Volkmar, Tania y Ángela. Y por supuesto a Michelle. De las otras clases también habían venido muchos alumnos. Vi también a algunos profesores, pero no a Bobby ni a la señorita Strang. Seguro que se habían ido juntos de vacaciones.

Es curioso cuánta gente se preocupaba de pronto por Silke... Ahora que estaba muerta.

En la capilla ardiente, estaba el ataúd. Estaba cubierto de flores, pero aun así me costaba trabajo mirarlo. No hacía más que pensar que Silke estaba dentro.

¿Sabría cuántas personas habían venido por ella?

Delante del todo estaban sus padres. El padre lloraba, mientras la madre parecía contenerse. Quizá, simplemente ya no le quedaban lágrimas.

Me sentí fatal cuando caminamos por el cementerio con el ataúd. Un grupo de músicos jóvenes tocaba una canción de Elton John; se suponía que era la canción favorita de Silke. Era tan triste que me eché a llorar. Se me pasó por la cabeza que en mi entierro seguramente tocarían *Mayor Tom*. Al instante me estremecí por haber pensado una cosa así. ¡Por nada del mundo quería estar aquí, entre las otras tumbas! ¡Y tampoco quería que Silke estuviera aquí!

Cuando bajaron el ataúd a la tierra recién excavada, sentí un velo delante de los ojos. Podía oírlo todo, pero ya no veía nada.

El sacerdote dijo lo estupenda que había sido Silke y que nadie podía entender por qué había perdido la vida tan joven.

El resto ya no pude entenderlo.

*Desde mi nave espacial vi que el espacio ya no tenía estrellas. Alrededor todo estaba oscuro como la boca del lobo, y supe que había caído en un agujero negro. El torbellino tenía una fuerza infinita, y no había escapatoria...*

## Capítulo catorce

— Otra que quiere matarse de hambre. Volvía a oír, pero aún no veía nada. Me sorprendió el comentario. ¿Es que no sabía que Silke había muerto de cáncer?

Entonces me di cuenta de que estaba tumbada en algún sitio. Al mismo tiempo, tuve la impresión de estar moviéndome hacia adelante.

¿Aceleraba la nave espacial?

¡Tonterías, no tenía ninguna nave!

Pero en alguna parte rugía un motor.

Abrí los ojos. Alrededor las cosas palpitaban y los contornos no querían volverse del todo nítidos.

La charla proseguía sin bajar el volumen. Eran dos hombres los que hablaban. El primero tenía una voz bastante grave, la del segundo sonaba más clara y joven.

—Da pena. No es más que piel y huesos.

—¡Cuéntaselo a una anoréxica! Incluso cuando están en el esqueleto se encuentran demasiado gordas.

—¿Tú crees?

El de la voz grave se rió brevemente.

—No es la primera que llevo al hospital.

¿Al hospital? Me costaba trabajo aclarar mis ideas.  
¿Quién iba al hospital?

—Y la verdad es que sería muy guapa si no estuviera en los huesos. Se le está cayendo el pelo; en la sien está calva.

¡Esos hombres hablaban de mí! ¡Maldición, estaba convencida de que la calva aún no se notaba!

Fui a tocarme la sien. No pude, no logré levantar el brazo. Seguía sin poder ver bien.

—Probablemente tendrán que alimentarla artificialmente por un tiempo. Está bastante deteriorada físicamente.

Entonces sentí pánico. ¡Debían dejar de hablar así de mí! ¡Yo no era anoréxica! ¡Me hubiera dado cuenta!  
¿Qué se creían?

¡Alimentación artificial! ¡Por Dios, estar ahí tumbada y embutirse de comida por vía intravenosa, qué espanto!

¡No quería, en modo alguno!

Deseaba protestar en voz alta, defenderme, librarme del cinturón con el que me habían sujetado a la camilla. Pero no tenía fuerzas. Mi cabeza quería, pero mi boca, mis brazos y mis piernas no colaboraban.

Mi cuerpo me dejaba en la estacada. Tenía que que-

darme allí tumbada, sin decir nada, aguantando todo lo que aquellos dos hombres dijeran de mí.

¿Anorexia?

¿Una enfermedad mortal?

¡Eso no era cierto!

«Otra que quiere matarse de hambre.»

¿Matarme de hambre... yo? ¡No! ¡Sólo quería estar delgada y guapa!

No tenía intención de morir.

Para nada.

La muerte me daba miedo. No quería quedarme en el cementerio como Silke.

Nadie debía caminar detrás de mi ataúd y llorar. ¡Y no quería que me bajarán a una fosa oscura!

¡No, no, no!

Lo tenía todo bajo control. Seguro que no me iba a matar de hambre.

«¿Todo bajo control? ¡Entonces, levántate y vete, Miriam! ¿Por qué no les gritas a la cara que paren y te dejen bajar?»

No tenía fuerzas para eso.

¿Todo bajo control, cómo?

Sin fuerzas.

Tan débil...

¿Qué harás en el próximo agujero negro?

Podéis conmigo.

¡Tienes miedo, Miriam!

Sí.

Tenía miedo.

Un miedo horrible.

Porque no podía levantarme.

Porque me llevaban al hospital.

Porque no quería morir.

¿Estaba realmente tan enferma?

La sangre susurraba en mis oídos. No, atronaba en toda regla. Sentí que iba a perder el conocimiento otra vez.

¡No!

No quería. Me aferré a la camilla con las dos manos.

*Y me lancé a velocidad de vértigo al agujero negro, entré y volví a salir, y, a lo lejos, vi las estrellas.*

## *Nota de la autora*

Miriam es anoréxica. Pero puede curarse, si ella quiere. Probablemente, tendrá que pasar unas cuantas semanas en el hospital. Los médicos decidirán si tiene que ser alimentada artificialmente. Después se pondrá en tratamiento para descubrir los motivos de su anorexia. Lo mejor será una terapia familiar, en la que participarán sus padres, su abuela y su hermana menor. Miriam tiene que reconocer que sufre una grave enfermedad y necesita ayuda.

Especialmente las chicas y las mujeres jóvenes se ven afectadas por la anorexia. Se encuentran demasiado gordas y comen cada vez menos. A veces, pierden hasta la cuarta parte de su peso. Las afectadas tienen una imagen deformada de sí mismas y se encuentran siempre gordas, sin importar lo que hayan adelgazado. A menudo apoyan la dieta con medicamentos (inhibidores del apetito, laxantes). Las afectadas suelen emplear excusas y trucos para no tener que comer. Empiezan a engañar a su familia.

Las chicas anoréxicas consideran la pérdida de peso como un triunfo frente a los demás. Están orgullosas de tener controlado su cuerpo. Creen que podrán dejar de adelgazar en cualquier momento, si realmente quieren. Cuando lo intentan, no suele funcionar, porque hace mucho que el deseo de adelgazar se ha convertido en adicción.

Muchas anoréxicas practican gimnasia y deporte, hasta el total agotamiento. Tienen miedo a volver a engordar sólo con sentarse. Cada aumento de peso (por pequeño que sea) es entendido como un fracaso personal.

Algunas anoréxicas son o se vuelven bulímicas (bulimia es la adicción a comer y vomitar). Comen (por ejemplo bajo fuerte presión de sus allegados) e inmediatamente después se provocan el vómito para no engordar.

La anorexia puede desarrollarse lentamente y durar años.

Las consecuencias para la salud son graves, por ejemplo: síndromes carenciales, como la desaparición del período; graves daños orgánicos, como la contracción cerebral; propensión a las infecciones; cansancio crónico; caída del pelo; trastornos funcionales del riñón y alteraciones del ritmo cardíaco; trastornos metabólicos, de ahí esa constante sensación de estado de embriaguez; caries y caída de los dientes por los frecuentes vómitos; depresiones.

En casos extremos, la anorexia puede incluso llevar a la muerte.

Las razones de la anorexia son múltiples: rechazo a hacerse adulta y, por tanto, a la responsabilidad; no

querer ser como la madre; abuso sexual; celos de los hermanos, etc.

La anorexia se presenta a menudo en familias que desde fuera están consideradas especialmente armoniosas. Algunos psicólogos califican la anorexia como «la rebelión de la niña buena».

La rebelión avanza sigilosamente: adelgazar, matarse de hambre sin llamar la atención. El ayuno es un silencioso grito de socorro, una forma silenciosa de llamar la atención.

Muy pocas afectadas se curan por sí solas. No basta con tratar los síntomas físicos de la anorexia, sino que hay que preguntarse por las causas psíquicas de la enfermedad. Para eso, a menudo es necesario un largo tratamiento psicoterapéutico.

*En España, en el año 1993, cuando los casos de anorexia aún eran incipientes, se creó la Asociación contra la anorexia y la bulimia (ACAB). Esta asociación agrupa principalmente familiares y amigos de los afectados. Uno de sus principales objetivos es la difusión de información y la sensibilización sobre la bulimia y la anorexia.*

Asociación contra la anorexia y la bulimia  
Tel. 902 11 69 86

